



Ni
Leña
Ni leches

Sweet Melibea

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.
Todos los derechos reservados.

Título original: Sweet Melibea©, Ni leña ni leches

Diseño de portada: Melibea Ramos

Maquetación: Melibea Ramos

A mi hijo, para que lo lea cuando sea mayor.

Capítulo 1

—No puedes pedirme eso, Hannah —le dije a mi hermana en una súplica.

No, es que ni de coña lo haría.

—Puedo, y de hecho lo estoy haciendo —me contestó Hannah de forma seria.

Ni en sus sueños.

No podía creermelo que mi hermana me estaba pidiendo. ¿En qué cabeza cabía que accediera a aquello? ¡Mi hermana estaba loca!

Sí era cierto que en los últimos meses estaba tomando varias pastillas recetadas por un profesional, ya que había entrado en un estado anímico nada favorable, además de algunos tranquilizantes, pues la tensión la tenía por las nubes.

Sí, Hannah estaba sufriendo bastante desde que su marido la abandonó y la dejó sola con sus dos hijos, pero de ahí a que yo accediera a su petición, pues...

No, no podía. Mi hermana se recuperaría, no podía dejarlo todo sin mirar atrás.

—¿Mamá lo sabe? —le pregunté arrugando el ceño. Si mi madre estaba al tanto de aquello y todavía no había ardido Troya, es que estaba de acuerdo, de lo contrario, no estaba enterada.

—Sí —me contestó mirándome a los ojos.

—¿Y?

—Está de acuerdo, claro.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué pasa con los niños? —insistí.

Quemaría todos los cartuchos que me hiciera falta con tal de poner todas las pegadas posibles, a ver si así a mi hermana se le quitaba aquella idea absurda de la cabeza.

—Bueno, eso... —titubeó Hannah y arqueó una ceja.

«Ay, Dios, ¿no pensará meterlos en un internado?», pensé escandalizada. No es que mis sobrinos fuesen santos de mi devoción, ya que nunca me había llevado demasiado bien con ellos, eso de tener una estrecha relación tía/sobrino/a conmigo como que no, pero de ahí a verlos internos en uno de esos colegios horribles con monjas que pellizcan los brazos, pues...

—No consentiré que los internes —le dije de pronto a Hannah.

«No los soportas, ¿qué haces?».

Hannah dejó escapar una pequeña carcajada.

—¿Quién ha hablado de internarlos?

Algo que sí había dejado en casa el marido de Hannah al marcharse eran deudas, por lo que la muchacha tenía el dinero justo para poder vivir.

—Es verdad —dije asintiendo con la cabeza—. ¿Entonces?

—Ese es el favor que me tienes que hacer. —Hannah se mordió el labio inferior, nerviosa, pues no sabía cómo reaccionaría.

Yo la quería mucho y todo eso, pero lo que Hannah iba a pedirme, sabía que me iba a dar mucho miedo, pero también que era importante.

—¿Favor? —parpadeé un par de veces—. Pero creía que el favor que tenía que hacerte era

darle el visto bueno para marcharte a ese sitio, Hannah.

—También.

—Venga, suéltalo entonces —le pedí poniéndome nerviosa.

—Los niños se quedan contigo.

—¿Cómo? —Mis ojos se tornaron redondos por la sorpresa.

«Perdona, ¿qué?».

—Mamá es mayor para lidiar con ellos —intentó convencerme Hannah.

—Y yo soy nula. ¡Los niños se me dan fatal! —me quejé haciendo aspavientos con las manos, estaba a punto de petarme la patata.

—¡Ya no son niños! Billy es adolescente y Emily preadolescente. —Hannah se encogió de hombros y yo la miré condescendiente.

Como si aquello me consolara, no te fastidia.

—¿Me estás vacilando? —le pregunté con altanería—. Hannah, por nuestra madre, por el bien de esas criaturas, yo...

—Lottie, por favor —suplicó mi hermana.

Negué con la cabeza fervientemente, como cuando de pequeña no me quería comer las lentejas y mi madre me amenazaba con ponerme el plato de legumbres a modo de sombrero, a ver si así me entraba el apetito.

—No puedo, Hannah, no soy capaz. ¡Ni siquiera sé cuidar de mí misma! Soy un paquete y lo sabes —lloriqueé—. Además, no querrán venir conmigo.

—¡Eres su tía favorita! —exclamó Hannah con fingida emoción.

Rodé los ojos.

—Deja de vacilarme, te lo suplico —le pedí poniendo las manos con las palmas hacia delante—. No tienen otra tía.

—¡Por eso! —siguió insistiendo Hannah.

Resoplé, me crucé de brazos y miré hacia otro lado.

—Lo harás, Lottie, porque me quieres y yo a ti. Necesito ponerme bien y quiero hacer ese viaje, estar en ese lugar para hacerlo.

Al decir aquello, volví a fijar la vista en mi hermana. Sabía que Hannah tenía razón y que realmente necesitaba volver a ser la misma de antes, sonreír y tener ganas de vivir sin el efecto químico de ninguna píldora.

Hizo una mueca y Hannah me tendió su mano.

—De pequeñas prometimos hacer todo lo que estuviera en nuestra mano para hacer feliz a la otra.

Asentí despacio.

En aquello Hannah también tenía razón. Nos llevábamos cinco años de diferencia, siendo Hannah mayor que yo, que en aquel momento tenía veintiocho años y Hannah treinta y tres. Pero la edad nunca se inmiscuyó entre nosotras, pues fuimos inseparables desde el primer momento y nos dedicamos todo el cuidado y cariño del mundo la una a la otra.

Éramos totalmente distintas, tanto física como psíquicamente, y habíamos elegido vidas muy diferentes.

Yo me dedicaba a la traducción literaria y, la verdad, ese momento del que muchas personas hablan en el que sienten que ya han sentado la cabeza, pues oye, que yo ni lo conocía todavía.

Hannah, por su parte, tuvo a Billy muy jovencita, a sus diecisiete años y se conformó con un puesto de cajera en un supermercado que encontró un año después. En aquel momento estaba fija en ese puesto de trabajo, otro punto a favor por el que me parecía una completa locura que lo

dejara todo para hacer aquel retiro espiritual, a ver si así se le alegraba el alma y el corazón. La estoy citando, por supuesto.

Y estuvo durante muchos años con el mismo hombre, el primero del que se enamoró, el padre de Billy y Emily, el mismo que la había abandonado desde hacía un tiempo a esta parte y por el que estaba deprimida.

Y, bueno, si me preguntasen a mí por mi vida amorosa, diría que soy otro paquete. Nunca me había enamorado. No, porque tenía la sensación de que era posible que no encajara con nadie, así que no sabría en ese momento describirte las sensaciones que el amor despierta en el cuerpo.

Ni tampoco los sentimientos.

Ni nada.

Básicamente, no sabía nada del amor.

Pero, volviendo al tema de mi hermana, quizá aquello era lo especial de nuestra relación. A pesar de nuestras diferencias, éramos uña y carne, siempre lo habíamos sido y aquello no cambiaría nunca, estaba segura.

Pero el problema no era que no me entendiese con Hannah, ya que con quien no lo hacía era con mis sobrinos. Siempre estábamos como el perro y el gato, nunca se me dieron bien los niños. ¿Lo he dicho ya? No lo sé, por si acaso lo repito.

—¿Lo harás? —insistió Hannah.

Bufé.

—¿Qué tengo que hacer exactamente?

—A ver... esta casa es de alquiler y como yo voy a irme a mi retiro...

Volví a bufar.

—Sigue, quiero saber a qué tengo que atenerme para hacerme a la idea.

—Con el dinero que me ahorraré del alquiler pagaré las tasas.

Parpadeé varias veces.

—¿Pretendes que viva con tus hijos en mi casa? ¿En mi mini casa?

Lo decía muy en serio, en la casa en la que vivía casi no había ni yo muchas veces cuando tenía mucho desorden.

—Pues...

—Repito, ¿en mi mini casa? —insistí.

Hannah se rascó la barbilla, después me miró.

—Bueno, no tendrías demasiado problema en mudarte, ¿no? Digo... como tú eres una hoja movida por el viento.

Hizo una mueca muy graciosa que me hizo sonreír.

—¿Mudarme? —pregunté.

—Sí, a un sitio más grande. Quizá, en las afueras de la ciudad, al aire libre, en el campo... Los niños han sufrido estos meses, puede que les venga bien. Además, tú te acabas adaptando a todo.

—¿Me estás convenciendo? —le pregunté torciendo el gesto.

«Me está convenciendo».

—¿Yo? Para nada, pero... solo digo que tú siempre has tenido mucho espíritu aventurero, mucha capacidad de adaptación y yo te lo agradecería tanto.

—El chantaje emocional no está permitido —le dije poniendo morritos.

Ella me hizo una caída de pestañas.

—Lottie, por favor...

Me mordí el labio inferior.

—Así, yo que sé, al igual que yo, cambias de aires. Siempre te estás quejando de lo pequeña que es tu casa, del bullicio de la ciudad... Y, para que veas, he encontrado una casa de campo que es perfecta para los tres.

Arrugué el ceño.

—¿Has buscado una casa antes de decirte yo que sí? —le pregunté perpleja.

Hannah soltó una risita nerviosa y tecleó en su teléfono móvil hasta dar con la foto de mi supuesto nuevo hogar. Bueno, mío y de Billy y Emily.

«Qué maravilla», pensé ironizando.

—Mira.

Y eso hice, mirar, y la verdad es que me gustó lo que vi.

—Está a una hora en coche del pueblo más próximo, su alquiler es barato y —pasó a la foto siguiente y volvió a mostrarme la pantalla de su teléfono —, mira qué vistas.

Lo cierto es que las vistas eran espectaculares y seguramente se respirase mucha paz viviendo en aquel entorno, rodeada la casa de naturaleza.

—Es más barato que lo que pagas aquí, además, te daré manutención de los niños. Ya me han dado la excedencia en el trabajo.

—¿Qué? ¿Ya tienes la excedencia, bueno, pensabas pedirla y no me has dicho nada?

—Lottie, crees que esto es una decisión precipitada, pero la he meditado bastante —me explicó, como excusándose de su decisión, cosa que yo no le había pedido en ningún momento.

—Hannah, no tienes obligación de darme tantas explicaciones...

—Pero tampoco quiero que te sientas obligada a ayudarme sin saber realmente por lo que estoy pasando. —Se encogió de hombros.

—Sé por lo que estás pasando —posé una de mis manos sobre las suyas, que las tenía entrelazadas sobre el regazo —, de verdad, Hannah. Así que... no sé...

—¿Eso es un sí?

Sopesé un momento mi respuesta, aunque en mi interior ya la había decidido desde el minuto uno en el que Hannah me había pedido ayuda. Era mi hermana, nunca me negaría a ayudarla, aunque eso significara cuidar de mis sobrinos, así que obviemos el principio de este capítulo y, por ende, de esta historia.

—Debo de haberme vuelto loca... —musité y ella casi gritó de júbilo para después esbozar una sonrisa.

Me alegré de verla sonreír de nuevo de manera sincera, sin duda, parecía desear bastante ese tiempo para ella.

—¿Te he convencido?

—No hacía falta, tampoco...

«Que comience la fiesta».

Capítulo 2

—¿Cuánto queda? ¿Cuánto queda? ¿¡Cuánto quedaaaaaaa! —Emily alargó ese último “queda” y terminó de romperme los nervios, de por sí crispados por el viajecito que me estaban dando mis queridos sobrinitos.

Había pasado una semana desde que tuve aquella conversación con mi hermana Hannah, y durante aquellos días nos habíamos ocupado de alquilar la casa, hacer las maletas, hablar con mi antiguo casero... ya sabes, puros papeleos y formalismos.

Fue Hannah quien se encargó de hablar con mi nuevo casero, recoger la llave de mi nuevo hogar de sus manos y tenderla en las mías, como también de preparar todas las pertenencias de sus hijos para que las trajeran con ellos.

Todo aquello lo hizo en un intento de hacerme a mí las cosas más fáciles, lo sabía. Y, de alguna manera, también me sabía mal que lidiara con todas esas cosas que me parecían, personalmente, lo más *mierder* de gestionar.

—Solo será un mes, Lottie, pasará rápido —me dijo para que cambiara mi semblante nervioso e inseguro el día en el que nos despedimos de ella, en su antigua casa, esa que había dejado por marcharse a su retiro espiritual.

Me salió una mueca, muy mal disimulada, por cierto.

—¿Qué harás dentro de un mes? ¿Dónde vivirás? —le pregunté no sin cierta preocupación por el futuro de Hannah.

Hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia a mis palabras.

—Me iré a casa de mamá.

Asentí, aunque no estaba nada convencida de esa inestabilidad que de pronto se había adueñado de ella.

—Mamá... —Emily se asomó por la ventanilla del asiento trasero de la vieja camioneta de mi padre, la cual mi madre me había dicho que cogiera para mudarnos porque, total, nadie la utilizaba.

Mi pobre padre murió años atrás y mi madre se había apropiado de mi Vespa.

Sí, joder, de mi jodida Vespa.

Arrggg, era imposible. Hannah estuvo durante aquella última semana advirtiéndome sobre mi vulgar forma de hablar, pero, coño, ¿si sabe cómo me pongo para qué me llama? No, mejor, ¿para qué me mete en ese marrón?

Mi no entender.

Pero, bueno, eso, eh... ¡Recorcholis, mi putita Vespa!

Nada, imposible por el momento.

Hannah se alejó de mi ventanilla del coche, justo la del asiento del piloto y rodeó el vehículo hasta llegar a la altura de Emily.

—Emily, cielo, has de portarte bien con tía Lottie, ¿sí? —le dijo dulcemente mi hermana acariciando las manitas de la niña, que las tenía sujetando por arriba el cristal de la ventanilla.

Emily me miró entrecerrando los ojos durante un instante en el que yo tragué saliva y después

asintió tristemente mirando a su madre.

La niña del exorcista era mi sobrina, real que sí.

Mi hermana besó una de sus manos y se acercó a la ventanilla del copiloto, donde Billy miraba hacia el frente, con una pierna subida al salpicadero y unos cascos enormes colocados con la música a tope en sus oídos.

Otro hueso bien duro de roer, ya lo sabía yo.

—Billy, cariño —le llamó su madre.

El chico se quitó los cascos y la miró. Por la cara de Hannah deduje que era una mirada llena de dureza.

—¿Por qué me haces esto? —le preguntó en un susurro.

Ahora fue Hannah la que tragó saliva.

—Cariño...

—Primero papá y ahora tú.

—Billy, yo...

—Billy, tu madre... —intenté hablar, pero Hannah me miró y negó levemente con la cabeza, así que supuse que quería ser ella la que se encargase también de eso.

—No lo intentes —le dijo Billy.

—Billy, has de entender que...

—No. Te odio.

Y subió la ventanilla y a mí me dio un no sé qué en el estómago al escuchar aquello.

—Te has pasado —le dije al chico.

Él me miró a los ojos.

—Que te jodan —me dijo.

—¡Oye, niño! —exclamé indignada—. Uy, uy, uy, aquí a la única que se le permite hablar mal es a mí.

—A ti tampoco —me recriminó Hannah sonriendo en mi ventanilla de forma triste.

—Hannah, intentaré hacerlo lo mejor que pueda —le dije, y fui sincera.

Ella arrugó su nariz sin quitar la sonrisa de sus labios.

—Lo sé. Yo intentaré curarme lo más pronto posible, también.

Supe en aquel instante que Hannah no estaría solamente un mes en aquel lugar, no me preguntes por qué.

—Te quiero, Lottie —me dijo despidiéndose—. Os quiero a los tres.

Besé su mano y arranqué el motor del coche, metí primera, y por el retrovisor central miré a mi hermana, diciéndole adiós con los ojos y despidiéndome también de la ciudad.

Y ahí estábamos, unos minutos después, en pleno camino hacia nuestra nueva vida.

—¡Solo está a una hora de la ciudad! —le contesté a Emily malhumorada.

—¿Y piensas conducir todos los días para que podamos estudiar? —preguntó Billy.

«Vaya, pensaba que se había quedado mudo del disgusto».

—Tu madre estará de vuelta para cuando empecéis las clases —le dije mintiéndole, pues sabía perfectamente que aquello no sería así.

—Lo dudo...

—Vaya, si hablas —le dije mirándole de reojo—. En el caso de que tu madre se demorase en aquel lugar, iréis ambos al centro de estudios más cercano, que digo yo que alguno habrá en algún pueblo de estos de por aquí.

—Cielo santo... —lloriqueó Emily, cosa que me hizo poner los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Tenemos que cambiar de centro de estudios? —se indignó Billy.

—Así es —le dije al tiempo que miraba por el retrovisor derecho y viraba el volante hacia ese mismo lado.

Billy resopló y Emily suspiró en el asiento trasero.

Usted ha disminuido la velocidad, siga recto.

La voz metálica del programa navegador que tenía activado en mi teléfono móvil me hizo dar un respingo. No por escuchar aquella desquiciante voz, pues la llevaba sufriendo todo el camino, sino porque tenía razón, la camioneta se estaba ralentizando.

—¿Qué pasa? —preguntó Billy.

Le miré.

—Pues no lo sé, no entiendo por qué va más despacio —le contesté apreciando que cada vez íbamos más lento.

Estábamos cerca, apenas quedaban diez minutos para llegar a la casa, pero diez en coche, maldita sea, andando serían el doble y llevábamos demasiadas cosas.

Comenzaron a sudarme las manos y a latirme fuerte el corazón.

—¿Eso es humo? —preguntó Emily.

En efecto, el capó echaba humo. Y mi cabeza también. Pum. Explotó. Mi cabeza, claro, Dios nos librase de que lo hiciera la camioneta.

«Socorro».

Debo admitir que hubiera preferido escuchar a Emily quejarse durante una hora, pero en coche, con el *toto* bien sentadito, a escucharla la hora y media que tardamos en llegar a la casa empujando la camioneta entre los tres.

Y, encima, tenía que dar gracias de que aquellos monstruitos me hubieran ayudado.

A pesar de ser primera hora de la mañana, tuve que limpiar el sudor de mi frente cuando paramos la camioneta frente a la casa.

Sudábamos y estábamos pegajosos, seguramente, los tres.

Observamos la casa y después cruzamos las miradas.

—¿No era una casa de campo? —preguntó Emily.

Hice una mueca.

—Lo es, mira a tu alrededor—le espetó su hermano—. Solo que esta parece tener tropecientos años.

«Estúpida Hannah, en menuda nos has metido».

Lo cierto es que por fuera estaba que daba penita, la pobre. Toda desvencijada y pidiendo una limpieza y una mano de pintura nuevas.

—Quizá por dentro esté bien —dije para suavizar un poco la primera impresión, aunque lo cierto es que yo me encontraba igual que ellos.

Billy resopló y se adelantó.

Emily y yo nos miramos.

—¿Vamos? Tengo sed —preguntó el chico.

—Y yo quiero refrescarme —agregué a su comentario.

Emily suspiró.

—Te has coronado, tía Lottie —dijo la niña poniendo los ojos en blanco.

«Yo no, tu madre».

Capítulo 3

No obstante, cuando entramos dentro, nos dimos cuenta de que, si había una posibilidad entre un millón, por mínima que fuera, no íbamos a tener suerte de encontrarla, ya que el interior no estaba como habríamos deseado.

Tosí al abrir la puerta, pues una nube de motas de polvo volátiles, que después descubrimos que flotaban por todas las estancias, apareció ante mí.

Estaba a oscuras, todas las persianas estaban echadas hasta abajo y olía a cerrado y a cañería.

—Solo diré una palabra: ascazo —dijo Billy.

—Me quiero morir —lloriqueó Emily con las manos en la cara.

«Que Dios nos pille confesados con la repipi esta», pensé. Aun así, intenté no desanimarme, Hannah se había marchado para librarse de aquella depresión que tenía encima y ahora no podía deprimirme yo.

—Está claro que los tres tendremos que poner de nuestra parte —dije mirando a mi alrededor. Ahí había faena para rato, esa era la verdad.

—No pienso dormir aquí, está en medio de la nada y seguro que hay bichos —dijo Emily.

La miré.

—Además, mira cómo está todo —me dijo mirándome directamente a los ojos.

—Bien, “Doña soy repelente y molo mogollón”, acomódate las malas hierbas de la entrada y te haces un colchón en el que dormir —le dije poniendo los brazos en jarras.

Emily abrió la boca un tanto, pero no dijo nada.

«Ni se te ocurra replicar, monina».

—Y yo no pienso limpiar nada —replicó Billy.

«Este me está echando un pulso».

—Y tú, “enanito gruñón” —le señalé con el dedo—, deja de imitar a Blancanieves —señalé entonces a Emily, quien se indignó falsamente, llevando una de sus manos al pecho. Si es que, de verdad, cuánto drama con aquella niña — y coge una maldita escoba si no quieres comer entre porquería.

Me crucé de brazos, cansada de que no lleváramos ni un día de convivencia y mis sobrinos ya me hubieran hartado.

Eran unos impertinentes y solamente era el primer día. ¿Qué pasaría cuando lleváramos más? Fijo me mataban entre los dos y me encerraban en alguna de las habitaciones de la casona aquella, para que nadie me encontrase y me comiesen las alimañas que, estaba segura, habría por doquier, viviendo a su libre albedrío.

Me dio un escalofrío solamente de imaginarlo.

Además, la camioneta no funcionaba y debería llamar a un mecánico, quería llamar al casero y estaba hambrienta y cuando tenía hambre podía ser muy malhablada y peligrosa.

Bueno, lo de malhablada era siempre, básicamente.

No obstante, una cosa después de la otra, ya estaba bastante nerviosa.

Estaba claro que sola no podría organizar todo aquello y, además, sacar tiempo para trabajar

y estar con los niños que, digo yo, algún pasatiempo tendrían que tener esas criaturas. Aunque, de seguir así, los mandarían a tomar viento y pasaría de ellos, ya lo estaba viendo.

—Chicos, venga —dije en un intento de hacer las paces y llevarnos bien —, es tarea de todos. Vamos a vivir aquí los tres.

Emily puso los ojos en blanco y Billy resopló.

Finalmente, el chico asintió y Emily lo imitó.

«Gracias, Dios».

—De acuerdo —dijo de forma cansina Billy.

—Está bien —lo secundó su hermana.

—¡Genial, chicos! ¡*Abrazote!*

No, a tanto ya... no. Cuando dije esa última palabra y me acerqué a ellos con los brazos abiertos, ambos hicieron una mueca y me miraron con cara de “¿qué se supone que haces, pringada?”.

«Venga, hasta luego».

Capítulo 4

Suerte que, a pesar de que teníamos que ir al supermercado para hacer una súper compra, antes de recoger a mis sobrinos, había cargado el maletero con un arsenal de tupperware de mi madre para los tres, lo que me quedaba a mí en la nevera y lo que le quedaba a Hannah, como también de un súper almuerzo que nos había preparado mi hermana con todo su amor.

Sí, amor en el que me estaba cagando yo en aquel momento con todo lo que tenía encima, desde la casa hasta los niños.

Pero, por partes, ¿acaso no se le había ocurrido la genial idea de preguntarle al casero cómo estaba la casa por dentro? ¿Es que no había entrado dentro? Parecía ser que no.

De todas maneras, me obligué a pensar que demasiado tenía ella y que demasiado, otra vez, había hecho por nosotros ya.

Ahora era mi turno y, aunque, como ya he dicho, era un paquete con los niños y en otros tantos aspectos de mi vida, quería dar el callo lo mejor que pudiera, tal y como le había prometido a Hannah.

Pasé un pañuelo desechable por la isla de la cocina y extendí una toalla vieja que llevaba en el maletero sobre la encimera. Sí, el maletero de la camioneta de papá se había convertido en el bolso de Mary Poppins en versión gigante.

A continuación, puse los alimentos sobre la tela. Desde luego, Hannah se lo había currado con el almuerzo. Sándwiches vegetales para los tres, un pastel de manzana y unas sodas.

—Comed. Mientras haré una llamada —les dije al tiempo que se sentaban, no sin cierto reparo, sobre sendos taburetes llenos de polvo que espolsaron con un trapo viejo que llevaba en...

¡Sí, el maletero!

Cogí un pedazo de sándwich en forma de triángulo y me dediqué a pasear por la gran cocina mientras cavilaba y el tono de llamada sonaba al otro lado de la línea.

De primeras, el hecho de que así de sopetón la casa fuera a darme tanto trabajo me tiraba para atrás, pero después me venía a la mente la promesa que le había hecho a Hannah y, resoplando, pensaba que en poco tiempo estaría todo decente y a nuestro gusto.

—¿Señor Carter? —pregunté cuando, al otro lado de la línea, una voz masculina respondió a mi llamada.

—El mismo.

Sonreí y me aventuré a decirle cómo se encontraba la casa y si podía actuar a mi libre albedrío respecto a ella dentro de aquellas cuatro paredes.

Ya que íbamos a pegarnos una buena paliza a limpiar y adecentar aquello, qué menos que hacerlo a nuestro gusto.

—Por supuesto —dijo alegremente —, si hay que reparar cualquier cosa, iré personalmente, señorita Green. Su hermana me cayó especialmente bien y quiero que sus hijos y usted se encuentren bien.

«Usted querrá lo que quiera, pero podría haber limpiado todo antes de alquilarlo».

No se lo dije, claro, Hannah había dado la cara por mí.

Por lo visto, y de aquello nos enteramos después, la casa llevaba bastante tiempo sin inquilinos a pesar de que la vivienda la usaban para ello.

Le di las gracias y, justo cuando iba a colgarle y darle pasaporte, mi bombilla se encendió.

—Espere, señor Carter, ¿usted sabe dónde puedo encontrar un mecánico por aquí? —le pregunté.

—¿Un mecánico? —preguntó él.

Asentí con la cabeza, a pesar de que no me veía.

—Sí —dije después —, mi camioneta ha bajado la velocidad y ha comenzado a echar humo —le expliqué.

—Ajá, sobre la hora de cenar mandaré a mi sobrino Rick, si le viene bien, seguro que él la puede arreglar, es muy manitas con los coches.

—No me gustaría causarle más molestias, señor Carter.

—No es molestia, señorita Green. Nuestra casa no está lejos de la que le he alquilado a usted.

Accedí, accedí porque estaba más perdida y más sola que la una en aquel lugar y toda ayuda siempre es de agradecer.

—Espero que la camioneta tenga arreglo pronto. Tenemos comida para una semana, más o menos, pero después habría que ir a un súper. Además, no podemos estar sin vehículo aquí en medio.

—Anda, en algo me das la razón, esta casa está en medio de la nada —dijo Emily.

—¿Empezamos otra vez? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Y las que hagan falta, tía Lottie. Reconócelo —me dijo la pequeña.

Resoplé. Si es que tenía razón, la *monicaca*.

Billy reprimió una risita.

—Vaya, si sabes reírte, siempre pensé que no, Billy, querido —le dije a mi sobrino para picarlo.

Al instante, nada más mirarme, frunció de nuevo el ceño otra vez.

Suspiré.

—Bueno, es hora de ponernos manos a la obra. Creo que sería interesante comenzar por la cocina, ¿no creéis? Hay que guardar la comida que llevamos en el maletero. Si queréis, yo me ocupo, vosotros id arriba e elegir una habitación cada uno y limpiadla.

—¿*Eing?* —preguntó Emily con cara de idiota.

—Lo que oyes, linda.

—¿Y si está muy sucio? —preguntó ella angustiada.

—Para eso subes, querida, para limpiar —le sonreí falsamente.

—¿Y si hay un lagarto? —preguntó otra vez.

—Me suena que hay una charquita en el jardín —resolví.

La niña puso los ojos en blanco.

—¿Y si hay una rata? —preguntó de nuevo.

—Creo que hemos traído queso, ahora que lo dices —le respondí llevando mi dedo índice a la barbilla.

A ácida y borde no me ganaba nadie, ni siquiera mi sobrina, la cual mi madre estaba convencida que se parecía más a mí que a mi hermana.

—Esperad —dijo Billy y ambas nos giramos a mirarle.

«Vaya, el señorito tiene algo que decir. Sorpréndeme, perla».

—Dudo mucho que aquí haya cosas para limpiar —dijo como si hubiera resuelto el enigma de su vida.

Sonreí, un tanto maliciosa.

—¿De verdad? Dudo que haya problema con eso —le dije.

Fue entonces cuando me dirigí a mi bolso, que reposaba sobre la encimera medio limpia de la isla de la cocina.

Metí la mano y rebusqué hasta dar con los guantes de plástico amarillo que mi madre me había metido cuando habíamos ido a su casa a por la comida que nos había preparado.

—¡Lottie, querida, los guantes! ¡Para fregar! —exclamó justo cuando estaba arrancando el motor de la camioneta de papá y me disponía a marcharme de su casa.

«Qué sabia, mamá, me has dado una herramienta más para doblegar a esos niños».

Le tendí los guantes a Billy, después me giré y le tendí otro par a Emily.

Ambos contrajeron el gesto.

—Al *tajo*.

Capítulo 5

Si mi madre cocinaba como los ángeles, se dice y punto. Me relamí los labios después de unos cuantos bocados para darle un trago a mi refresco.

Estaba hambrienta después de la paliza que me había pegado a limpiar la cocina, que bendita falta le hacía quitarle toda la mugre que tenía encima.

Así que me había empleado a fondo en ello, echándole bien de lejía para dejarla reluciente.

Suerte que tenía todo un arsenal que había traído de mi antigua vivienda con todo tipo de productos de limpieza.

También había aprovisionado la nevera con todos los alimentos que disponíamos no sin antes higienizarla, por supuesto.

Era un paquete, sí, pero no en la limpieza.

¿Cuántas veces he dicho ya que era un paquete? No sé, pero acostúmbrate, va para rato esa palabreja.

Mis dos sobrinos también terminaron famélicos, no solo había polvo y suciedad en las habitaciones que habían elegido, sino también bastantes trastos.

«Estúpido Earl Carter».

—Estaba riquísima —dijo Emily para después limpiarse la boca con un trozo de papel higiénico.

Vale, era lo primero que habíamos pillado del maletero para limpiarnos.

La empanada de carne y el pastel de calabaza que nos había preparado para comer mi madre había caído en nuestros estómagos en un satiamén y, por fin, nos sentíamos saciados.

En resumen, Billy y Emily habían pasado el polvo de los muebles de sus respectivas habitaciones, barrido y fregado el suelo, como también habían apartado aquellos muebles y trastos que no querían o no necesitaban.

—¿Habéis terminado? —pregunté haciendo un gurrúño con mi trozo de papel higiénico sucio. Ambos asintieron.

—De acuerdo, recoged vuestros desperdicios y tiradlos al cubo de basura. Me muero por ver qué habitaciones habéis escogido —les dije sonriendo.

Fue entonces cuando pude cerciorarme de lo diferentes que eran el uno del otro. Que fueran hermanos no significaba que tuvieran que ser cagaditos y meaditos.

O iguales, también me sirve esa palabra.

Emily había elegido la habitación con el ventanal que daba justo a la charquita de fuera, en aquel momento estancada y asquerosa, y que además tenía una cama de noventa con un dosel de color rosa que, aunque no estaba del todo mal, me parecía igual de putrefacto que la charca, cosa que no dudé en decirle a mi sobrina.

—Esto da asco, Emily —le dije haciendo una mueca cuando lo cogí entre mis dedos pulgar e índice con cuidado, no fuera a estar vivo de la mierda que tenía encima.

—A mí me gusta. —Se encogió de hombros.

Lo zarandé un tanto y millones de motas de polvos saltaron por los aires, me hicieron

estornudar y de paso me cagué en todo lo que se meneaba, también.

—Vaya, qué sensible eres —comentó Emily mirándome con una mueca de arriba abajo mientras me ahogaba en estornudos.

«¿Qué ha dicho la rata con forma de niña? ¿Que soy qué?».

—Emily, esto no es sano... —le dije con los ojos aguados, recuperándome.

«Y tú eres repelente», pensé.

Ella chasqueó la lengua contra el paladar y rodó los ojos.

—Me lo llevo.

—¡No!

—Sí, Emily, esto no es higiénico.

Ella pataleó un par de veces el suelo y gritó muy fuerte.

Arqueeé una ceja, mirándola.

—Eso conmigo no te va a servir, porque cojo la puerta, me largo y os dejo aquí con los ratones y tan *pichi*.

«Malcriada».

—¿Ratones? —preguntó ella.

—Sí, ratones. Desinfecta el colchón, hay cepillos de mano y barreños abajo.

La niña no me dijo nada y salí de allí con aquel dosel andrajoso entre mis manos, en dirección a la nueva habitación de Billy, quien había escogido la que tenía una ventana pequeña que daba al gallinero y a los árboles de los que se rodeaba la casa.

Cuando entramos en ella, el chico abrió los brazos, gesto con el que me quiso indicar lo bien que lo había hecho, y lo cierto es que la había dejado impoluta, incluso se había tomado la libertad de pegar algunos posters de Star Wars en las paredes.

—¡Lo has hecho genial! Ahora has de desinfectar el colchón. Ve con Emily a buscar los cepillos de mano y los barreños. Para esta noche tienen que estar secos.

Billy bufó.

—Tú quieres tener la fibra de Internet de alta velocidad, ¿verdad? —le pregunté maliciosa.

Vale, sé lo que vas a pensar, el chantaje no era la mejor vía para que los niños me hicieran caso, pero... ¡es que yo no tenía ni idea de niños! ¡Y mucho menos de adolescentes!

Decidí pasar la tarde ordenando y limpiando la que sería mi habitación, la última en ocupar de las cinco que había disponibles en aquella gran casa que, sabía, me traería de cabeza.

Y limpié, barrí, fregué y froté mi colchón con ganas. Por Hannah y por demostrarme a mí misma que era capaz de hacer aquello por mi hermana.

Y lavé las cortinas violetas y color tierra en una lavadora rápida y las volví a colgar de nuevo.

Y llené dos jarrones de agua y ramitas de lavanda, mis favoritas, encontrada la planta en el jardín lleno de hierbas silvestres que crecían por doquier entre las malas.

Y su aroma me llenó de paz y dio el toque de plenitud a aquella habitación que sería la mía a partir de aquel momento, donde descansaría de los quebraderos de cabeza de unos niños para los que tendría que adoptar el papel de madre que nunca había desempeñado y que nunca me había planteado desempeñar.

Para cuando terminé de adecentar el dormitorio, casi era la hora de cenar, y lo cierto es que el día se había pasado volando entre tanto trabajo.

—Tengo hambre —se quejó Emily sentándose en un taburete para acordarse en la isla de la cocina.

—Lo sé, ¿pizza? —le pregunté con voz cansada.

—¡Genial! —exclamó ella.

Bueno, al menos en las comidas había ido acertando.

«Tía Lottie 1, niños 0».

—De acuerdo, bacon y queso.

—¡Esa no me gusta!

—Vaya...

—A mí tampoco —añadió Billy.

«Venga, hasta luego».

—Bueno, chicos, pues es lo que hay. ¿Preferís las malas hierbas del jardín?

Ellos negaron, con el ceño fruncido, la cabeza.

—Bien, pues al horno que va.

Capítulo 6

—¿Quién será? —preguntó Emily dejando el borde del último trozo de pizza sobre el plato vacío.

Unos golpes en la puerta habían hecho que parásemos de degustar la delicia italiana para mirarnos unos a otros.

—Eso mismo me pregunto yo, aquí no nos conoce ni Dios. —Billy se encogió de hombros.

Los miré a uno y a otra cuando hablaron, arrugando el ceño, pensando de quién podía tratarse, pero pronto caí en que el casero me había prometido que su sobrino, un tal Rick, acudiría a nuestra casa para mirar la camioneta de papá.

Me levanté del taburete en el que estaba sentada de un saltito y al tiempo que me relamía uno de mis dedos para quitar posibles restos de la harinilla de la masa de la pizza, caminé hacia la puerta.

Bermudas deportivas, camiseta básica de tirantes blanca y una gorra con la visera hacia atrás.

Rick Carter.

Ojos azules como el cielo y pestañas largas.

Rick Carter.

Brazos fuertes, torneados, morenos.

Rick Carter.

Aquel día lo conocí y, aunque no lo quise admitir en un primer momento, me impresionó.

—Hola —balbuceé como una colegiala hormonada delante de su *crush*.

Llevaba una mochila a la espalda.

—Hola, eh... —dudó unos instantes y me fijé más en sus ojos.

«Ay, Dios mío, qué rico Dios mío».

—Me... yo... Lo... ¿Eh?

Arqueé la cabeza como una idiota y él contuvo una carcajada.

—¿Eres Rick, el sobrino del casero? —La voz de Billy me sacó de la tontería que me había entrado de repente.

«Pero ¿qué diantre?».

—Sí, el mismo —le dijo el fortachón tendiéndole la mano.

—Soy Billy, ella es mi tía Lottie y está zumbada —le dijo mi sobrino, muy tranquilo él.

Abrí la boca tanto que tuve que cerrármela con las manos y después se apropió de ella una risa nerviosa.

—¡Niño! —le reprendí con dureza, echando llamas de mis ojos para después volver a mirar a Rick con cara angelical.

«Lottie, querida, céntrate. Rick ha venido por el coche de papá».

—Supongo que estás aquí por el coche de...

«El coche de papá».

—En efecto, mi tío me dijo que estaba echando humo y que podría echarle un vistazo.

«Humo estoy echando yo», dijo mi parte guarrindonga.

«El coche de papá», insistió mi parte sensata.

«Papá le haría yo y eso que no me gustan los niños».

Definitivamente mi cabeza había cortocircuitado.

—Yo me ocupo, tía Lottie —dijo Billy de forma diligente.

—¿Es la camioneta de la entrada? —preguntó Rick—. Me iré adelantando.

—¿Cómo? —pregunté asombrada.

¿Qué se suponía que estaba haciendo mi sobrino?

—Sí, así es, pero... —intenté decir, no obstante, Billy me cogió del brazo suavemente y Rick ya había salido antes de que yo empezase a hablar. — ¿Qué significa esto? —le pregunté a Billy malhumorada.

—¡Estabas haciendo el ridículo! —exclamó él—. Yo iré con él.

—¿Haciendo el ridículo? —pregunté súper ofendida. —¿Que yo estaba haciendo el ridículo? —insistí llevándome la mano falsamente al pecho.

Billy me miró, condescendiente.

—Vale —le dije a regañadientes, después me mordí una uña.

El chico tenía razón, no sabía qué era lo que me había pasado. Yo no era así, más que nada, porque prácticamente no tenía vida sentimental.

Y de ligar ni hablamos, ¿cuál sería la fórmula mágica?

—Quédate aquí, te avisaré cuando sepa algo de la camioneta —me dijo en tono tranquilizador.

—Pero...

—Tía Lottie, acabamos de llegar, vamos a dar una buena imagen —me dijo Billy.

Y me sorprendió, vaya si me sorprendió. Me sorprendió tanto que le hice caso, mira por dónde.

Así que Billy salió al exterior con el fortachón y yo volví a sentarme en el taburete del que me había levantado.

Emily me estaba mirando.

—¿Qué? —le pregunté con el ceño fruncido.

La niña suspiró.

—¿Por qué eres así? —me preguntó con los ojos entornados.

—¿Cómo soy? —le pregunté entrelazando los dedos sobre la isla de la cocina.

—Así de desastre —dijo encogiéndose de hombros.

Suspiré. Pues no lo sabía, no sabía por qué era así, por qué tendía a hacer el ridículo, supongo que era una sinvergüenza por naturaleza. Ya sabes... un desastre, un paquete.

—Porque tu madre se llevó la mejor parte —le dije sonriendo y le apreté el brazo cariñosamente con mi mano.

Emily aguantó unos segundos, pero no tardó en zafarse de mi agarre, el cual había sido, sin pretenderlo, una muestra de cariño sin lugar a dudas.

—Nos ha dejado contigo —me dijo haciendo una mueca.

Volví a suspirar, aquello no iba a ser fácil y yo lo sabía de sobra.

—Bueno, no...

Fue entonces cuando Billy entró junto a Rick a la casa, habiendo dejado antes la puerta de entrada entornada.

—Arreglado —dijo el chico sacudiéndose las manos, unas con otras, las cuales ahora tenía manchadas de grasa negra.

—¿Ya? —pregunté asombrada.

—Sí, he hecho un apaño, aunque te aconsejo que la lleves al mecánico más cercano cuando puedas.

Asentí con la cabeza y Billy me guiñó un ojo.

«Niño sabiondo».

—Bueno, pues...

—Acompáñale a la puerta —me susurró Emily bajito.

—Te... te acompaño a la puerta, sí.

Rick sonrió y deshizo sus pasos.

—Muchas gracias por haber venido y...

—¿Y? —preguntó, mirándome directamente a los ojos.

Pero ¿cómo se podía ser tan guapo? ¿Cómo? ¡Que alguien me lo explique!

Normal que no supiera hablar, ni racionalizar, ni nada de nada, si la pepitilla en aquellos momentos me hacía chiribitas, volteretas y todo tipo de piruetas.

—Y... todo eso, supongo.

Me mordí el labio inferior.

—Supones —dijo él despacio.

Después sonrió y sentí el suelo abrirse a mis pies.

«Santo Dios bendito y misericordioso».

—Sí —acerté a decir.

—Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que llamar a mi tío —dijo el chico.

—De acuerdo, gracias, hasta luego.

Y cerré la puerta. En sus narices. De golpe.

«Joder, Lottie».

Me recosté sobre ella, de espaldas y respiré de forma agitada con los ojos cerrados. Segundos después los abrí y vislumbré a mis sobrinos observándome.

—Estás pirada —se rio Billy y, de alguna manera, su risa me destensó las cervicales, cargadas por los nervios tan tontos que acababa de sufrir en presencia de aquel modelo de revista.

—Te ha gustado, te ha gustado, te ha gustado —canturreó Emily saltando por toda la cocina.

—Pero ¿qué dices, niña? Tía Lottie no tiene novios ni busca novios ni nada que tenga que ver con novios —le dije.

Y lo dije segura, que conste, pero, ay... *pobrecica* de mí, que no sabía la que se me venía encima.

—Pues babeas —me dijo la repelente Emily.

—Deja de decir tonterías, adcentemos uno de los baños entre los tres para ducharnos y nos vamos a la cama.

Nunca meterme bajo mis sábanas, aunque fuera de una casa desconocida para mí en esos primeros momentos, me produjo tanto alivio.

Y allí, con ellas rozándome la piel, pues por la noche refrescaba, me reprendí y agradecí a mí misma a partes iguales.

No había sido perfecto, pero podría haber sido peor.

Incluso el episodio con Rick Carter.

Conocerle me había impactado, porque todo él era impactante, al menos por fuera. En aquel momento todavía no le conocía por dentro, pero tampoco deseé hacerlo.

Tenía una misión más importante que el amor: cuidar de mis sobrinos sin matarlos y que Hannah se sintiera orgullosa de mí.

Capítulo 7

Algo que aprendí a la mañana siguiente, nada más despertarme fue que, viviendo en aquella casa, ubicada en plena naturaleza, todos los días sería sorprendida por algo.

Aquel primer amanecer en esa cama aprendí que, a partir de ese momento, no me haría falta ningún despertador, pues el canto de un gallo se encargaría de que abriera los ojos nada más salir el sol.

He de admitir que nunca me esperé aquello. Me refregué los ojos con las manos cerradas en puños, molesta.

Después tanteé con mi mano derecha la mesita de noche en busca de mi teléfono móvil. Miré la pantalla con los ojos bizcos por el sueño y maldije de forma mental.

Al gallo, al móvil, a la casa y a Hannah.

Tengo que ser sincera, así que diré que me cagué hasta en mi estampa en aquel momento. No estaba acostumbrada a eso, y solían molestarme mucho los ruidos al dormir, si algo me despertaba ya no cogía el sueño hasta un par de horas después, perfectamente.

Mi rutina en la ciudad era muy distinta a la que auguraba en aquel lugar y en ese instante dudé de esa brillante capacidad de adaptación de la que me habló Hannah cuando me convenció de emprender aquella aventura.

«Aquella estupidez, mejor dicho».

Si hubiese estado en la ciudad me hubiera levantado bastante más tarde, hubiera desayunado un café bien cargadito que llenaría mi mini casa con su aroma y después me hubiera puesto a trabajar unas tres horitas como mucho.

Sin embargo, en esos instantes no había mini casa, sino un caserón enorme al que todavía había que adecentar a pesar de la paliza que nos habíamos dado los tres el día anterior.

Bostecé y se me aguaron los ojos, todavía un poco entrecerrados.

Fue entonces cuando escuché unos golpecitos en la puerta de madera de mi habitación que me hicieron arquear una ceja. ¿Qué significaba aquello?

—Tía Lottie... —Emily abrió la puerta de forma lenta y sigilosa y susurró como un cachorrillo que quiere mamar.

Me quejé alto y fuerte y me puse la almohada en la cara.

«Recién levantada no puedo aguantarte, *Ricitos de rollo...*».

—Tía Lottie —susurró de nuevo, justo después de notar su peso al lado, en mi cama.

—¿Qué ocurre? —dije con la boca pastosa.

—¿Has oído a ese gallo? —preguntó.

Me aparté la almohada de la cara, lo suficiente como para poder verle la carita somnolienta y el pelo revuelto.

—Deben haberlo oído en todo el mundo... —le contesté cerrando los ojos.

—¿Tenemos que levantarnos? Yo tengo sueño.

Bostecé otra vez.

—Yo también, no te fastidia... —le dije con la voz dejada.

—¿Podemos dormir un poquito más? —preguntó con voz dulce.

—Ajá... —le contesté adormecida.

No me percaté de que Emily se había metido en mi cama hasta que me desperté, un par de horas después por la vibración de mi móvil contra la madera de la mesita de noche.

Era mi madre, pero no estaba de humor para atender su llamada en aquel momento. No era persona hasta que no tenía en el estómago al menos un trago de café.

Miré a mi izquierda después de desperezarme y ahí fue donde encontré a Emily, enrollada como un gusanito.

Le acaricié el pelo y sonreí, pensando que tampoco había estado tan mal ese primer día de convivencia, confiando, te lo prometo, ciegamente, en que cada día que pasara mi relación con mis sobrinos iría mejor y se fortalecería. Sintiendo cómo el corazón se me arrugaba un poquito por el amor que en el fondo sentía por aquella niña con voz de piojo.

No obstante, Emily abrió los ojos en aquel momento, me miró, arrugó el ceño y se levantó como un resorte.

—Tía Lottie, no te pases —dijo.

Después se marchó y eso me hizo poner los ojos en blanco.

«Pobre ilusa».

Cuando me lavé la cara, peiné mi cabello un tanto con los dedos para hacerme una coleta baja y floja, me lavé los dientes y liberé a mis ojos de legañas, me vestí con un peto de pantalón corto y una camiseta de rayas básica y bajé a desayunar.

Fue en la cocina donde me encontré a Billy y a Emily, sentados en los taburetes, acodados en la isla de mármol.

—¿Qué tal habéis dormido? —les pregunté.

Billy se encogió de hombros y Emily me miró maliciosa. No pensaba rendirme, aquellos niños me estaban echando un pulsito cada día y no pensaba dejarles ganar, por mi papo moreno que no.

—Emily, querida, ¿qué te ha pasado esta mañana? ¿Acaso has tenido un mal sueño? —le pregunté, después sonreí victoriosa.

Billy la miró.

—¿Qué te ha pasado, Em?

—Nada —contestó cruzándose de brazos.

—Resulta que...

—¡Tía Lottie! —exclamó ella súper enfadada.

—¿Tanto te cuesta decirlo en voz alta? ¿Acaso te da vergüenza? ¿O es que en el fondo no estás tan mal y no lo quieres reconocer? —le pregunté, hundiendo el dedo en la llaga.

Ella bufó y apartó la mirada, yo sonreí, triunfadora.

Tía Lottie 1- Niña piojo 0.

—Bien, hagamos el desayuno para coger fuerzas, todavía nos queda mucho por hacer.

Desayunamos huevos fritos con bacon y cereales, y el aroma del café inundó la cocina, que no la casa, pero algo era algo y con el ambiente caldeado que se había creado en la cocina me sobraba.

Decidimos acondicionar y limpiar el resto de estancias que quedaban, como el otro baño y algunas habitaciones vacías, incluido el desván, al que subimos Emily y yo, enfundadas en guantes y provistas de trapos hechos de camisetas viejas y mucho producto de limpieza.

Billy empezó por una habitación que quería emplear para transformarla en el cuarto de juegos y lectura de cómics.

Me daba lo mismo, era cosa suya, mientras ayudara a limpiar, que luego la usara para lo que le viniera en gana.

—Podemos meter todos los trastos aquí y así no nos ocupan espacio en otros sitios —le dije a Emily nada más entrar.

No obstante, me arrepentí nada más decirlo, pues allí sí que había trastos. Y polvo. Y telarañas y yo qué sé qué más. Tampoco quise pensarlo demasiado.

Accioné el interruptor de la luz y una bombilla que había visto tiempos mejores iluminó mejor la habitación, pues el único ventanuco del que estaba provisto era minúsculo y no entraba luz suficiente.

—Vaya... —susurré, sabiéndome harta incluso antes de empezar.

—*Puag*. —Emily hizo una mueca.

—Lo sé —le contesté asqueada—. En fin, manos a la otra.

Comenzamos a ordenar, limpiar, barrer, frotar y todo marchaba según como tenía que hacerlo hasta que Emily gritó como si estuviera poseída.

—¿Qué pasa?

—¡No te lo vas a creer! ¡Quiero morir, quiero morir, quiero morir! —exclamó dando saltitos y soltando el *flus-flus* quita polvo.

El bote cayó al suelo y yo me puse en jarras

—¿Qué pasa?

—Hay una rata.

Me puse pálida. Lo sentí. Lo juro. Sentí mi piel perder el color y un vuelco en el corazón.

«Sal corriendo. A mí líos los justos», me dijo mi parte cobarde.

«¿Vas a dejar a la niña sola habiendo una rata suelta? ¡Mala tía!», mi parte sensata.

—A ver... mantengamos la calma —le dije despacito, como si así la rata fuera a desvanecerse en el aire.

Me serené o, bueno, hice el intento, porque lo cierto es que estaba muerta de miedo.

—¿Era...? —tragué saliva— ¿Era muy grande? —le pregunté cogiendo una escoba.

Emily, con la cara desencajada, se acercó a mí y me cogió del peto.

«Vaya, vaya», pensé observando aquel gesto.

Tiquiti, tiquiti, sonido de patas corriendo, haciendo crujir la madera desvencijada del suelo.

Emily se armó de un matamoscas de forma rápida y volvió a engancharse de mi peto.

«Dios mío, Dios mío, Dios mío».

Entonces salió y la vi.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —exclamé intentando darle con el palo de la escoba.

—¡Por Dios, por Dios, por Dios! —Emily se soltó de mi peto e intentó darle también con el matamoscas.

Se tropezó, cayó de culo, yo intenté darle de nuevo y una caja se desplomó sobre la rata.

Tragué saliva, la poca que tenía y Emily parpadeó un par de veces.

—O vomito o me cago, tía Lottie, pero algo tengo que hacer con lo que tengo en el estómago en este momento.

Me dio la risa floja.

—Has dicho caca —le dije señalándola con el dedo.

Ella arqueó una ceja.

—He dicho me cago, no caca. ¡Céntrate!

—Es verdad, la rata. —Zarandé la cabeza, como sí así se me ordenaran las ideas. Cuando digo que era ilusa, no lo digo por decir.

—¿Crees que está...? —preguntó, después tragó saliva.

Me mordí el labio.

—No lo sé, pero ni de coña levanto esa caja.

—Vamos, tía Lottie, tú eres la mayor —dijo Emily.

—Ni de putita coña, niña piojo.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Y si llamamos a Billy? —preguntó entonces, tras mirarnos un par de veces.

Sonreí.

—Me gusta cómo piensas.

Emily se miró las uñas y las frotó contra su camiseta, orgullosa de ella misma.

Capítulo 8

—No puedo creerme que os hayáis cagado de un ratoncillo de campo. —Billy puso los ojos en blanco.

En efecto, llamamos a Billy para que levantara la caja, que fue la asesina del pobre ratón, por cierto. Y sí, se trataba de un ratoncillo que, al final, a Emily y a mí nos acabó dando penita.

Pero, de verdad, vimos al pobre ratón como si fuera una rata gigantesca.

Lo que hace el miedo, ¿verdad?

Cerca de la hora de comer prácticamente todo el interior de la casa estuvo adecentado, incluido el desván, el cual llenamos con todo lo que no íbamos a usar y que estaba en un estado decente. Lo demás, lo tiramos.

Apañé unas verduras y algo de pollo para comer, los niños se quejaron unas cuantas veces y finalmente terminamos de comer a una hora perfecta para descansar un rato mirando el televisor.

Después pasamos la tarde guardando, por fin, todas nuestras pertenencias en nuestras habitaciones.

—Sí, abuela, lo que te digo, la tía Lottie se puso de lo más idiota cuando ese chico vino a revisar la camioneta del abuelo.

Me puse en jarras cuando escuché eso de la boca de Emily, precisamente diciéndoselo a mi madre, a quien le habíamos devuelto la llamada.

Unas horas antes, Hannah me había escrito para decirme que ya estaba en el lugar en el que se realizaba el retiro y que estaba bien, con ganas de desconectar. Hablé unos cuantos minutos más con ella y después nos despedimos, pues ella alegó que debía entregar el teléfono móvil y que llamaría desde el teléfono de la residencia cuando pudiera.

Mandó besos para los niños y me indicó que les dijera de su parte que pronto podría llamar para hablar con ellos por teléfono.

Nerviosita perdida estaba por ver cómo se lo tomarían, aunque sabía que, evidentemente, no lo harían de una forma positiva.

—¿Tú qué dices? —le pregunté con el ceño fruncido.

—Vaya, abuela, la enamorada me ha pillado.

—Insisto, ¿qué dice la niña con boca de loro?

Emily ahogó una risita, la muy maldita, y eso me enfureció más.

—Dame el teléfono —le pedí extendiendo la mano delante de ella.

—Estoy hablando con la abuela.

—Sí, criticándome.

—Exacto. Bueno, abuela, lo que te decía, ni siquiera sabía hablar, la muy tonta...

—¿Por qué no le cuentas también que esta mañana has querido echarte una siestecita conmigo? —le pregunté levantando las cejitas, sabía que eso la iba a fastidiar.

Ella me miró y yo le aguanté la mirada.

—¿Me das el teléfono? —le pregunté.

—Te paso a la ridícula. Adiós, abuela.

Cuando me dio el teléfono me sacó la lengua y yo rodé los ojos hacia arriba. ¿Qué más le daba que contase aquello? No entendía a esa niña en absoluto.

Ella sí me había hecho una faena a mí. Mi madre estaba deseando que tuviese una pareja estable y seria y que formase una familia, igual que había hecho Hannah. Por alguna razón no entendía que a mis veintiocho años todavía no me sentía lo suficientemente madura para eso.

Quería seguir bebiendo a morro del cartón de leche, pasear por casa en bragas y escuchar a todo volumen a mi reina: Amy Winehouse, mientras me fumaba algún que otro pitillo esporádico, sentada en el alféizar de la ventana, porque en mi mini piso ni siquiera tenía balcón, solo un gran ventanal en el que por suerte cabía mi minúsculo panderito.

Sí, esa era mi preciosa vida antes de que Hannah me pidiera el favor de cuidar de sus niños, aun sabiendo que soy un maldito desastre incluso para cuidarme a mí misma.

—Hola, mamá.

—¿Qué dice la niña? ¿Has conocido a un hombre?

—Mamá... solo es el sobrino del casero y vino a mirar la camioneta.

—Dice que te pusiste como lela...

—Sí, porque me puse nerviosa.

—Ay, nena, esos nervios has de controlarlos. Recuerda que te sale el tic del ojo y eso no queda nada, pero nada estético ante los hombres, querida.

Puse los ojos en blanco, me rasqué la nuca y suspiré.

—¿Qué querías, mamá? —le pregunté.

O iba al grano o le colgaría el teléfono.

La escuché suspirar al otro lado de la línea.

—Ay, cielo, todo te molesta. Saber cómo estáis, ¿qué voy a querer?

«No sé, ¿buscarme marido cual doncella del siglo XIX, quizá?».

Obvié aquella respuesta, claro.

—Estamos bien, adaptándonos. Hemos limpiado ya por dentro, falta poquito para estar instalados del todo.

—Ajá. ¿Qué tal los niños?

—Bueno... no me tragan, mamá. No sé si soy realmente la indicada para esto —le dije sincera.

—Claro que lo eres.

—No me gustan los niños.

—No te gusta nada, Lottie. Nada que no sea tu trabajo o hincharte a comer tallarines chinos precocinados.

Suspiré.

—Cada uno vive su vida como quiere.

—Lo sé, cielo, no te estaba juzgando, solo quería decirte que... bueno, no importa si te gustan los niños o no, son los hijos de tu hermana.

—Lo sé, pero yo no les gusto a ellos.

—Eso es porque todavía no te conocen.

—Ni lo van a hacer...—le contesté con la voz de quien está a punto de rendirse y solo era el segundo día.

—Claro que lo harán, todavía os quedan juntos muchos días. Un mes entero, para ser exacta, antes de que vuelva tu hermana.

Me mordí el labio. ¿Era yo la única que tenía la intuición de que Hannah no volvería pasado

un mes?

—Mamá —le dije bajando la voz—, me da que Hannah tardará un poco más.

Miré a ambos lados de forma rápida, no estuviera alguno de aquellos dos monstruitos agazapados en modo espía.

—¿Por qué dices eso, nena? —preguntó mi madre un poquito alarmada.

—Porque lo intuyo.

—Ay, nena, nena, deja de procrastinar. Ella volverá como prometió, porque sus niños la necesitan.

—Hannah lleva años dedicándose a los demás.

—Lottie, te digo que vendrá.

—Bueno, si tú lo dices... —me miré las uñas, un tanto estropeadas de tanta lejía.

—Lottie, cariño, te cuelgo, tengo que hacer cosas.

—De acuerdo. Adiós, mamá.

—Hamburguesas de pavo y... ¡*Tachán!* Papas fritas al estilo tía Lottie —exclamé poniendo delante una gran fuente de patatas fritas que había hecho en una freidora maravillosa y nuevecita que encontré en uno de los armarios de la cocina.

Gracias al cosmos, por fin, todo estaba en orden y a partir de aquel momento podría centrarme en mi trabajo de nuevo, intercalándolo con el cuidado de los niños y, un ratito el fin de semana, a cuidar el exterior.

Tampoco es que por dentro todo estuviera hecho unos zorros, pero cuánta faltita le hacía aquella pedazo de limpieza que le hicimos. Mis manitas, desacostumbradas a tanto producto de limpieza, bien lo sabían, porque al final acababa de los guantes hasta el moño.

—Si el estilo de tía Lottie es medio churrascadas pues...

—Pero ¿qué dices? —le pregunté indignada. —Están buenísimas—añadí cogiendo una con los deditos.

Me la llevé a la boca y, aunque me costó un poco mastigarla, no me supo mal.

Billy me miraba directamente a la cara, estudiando mis gestos y expectante a mi opinión.

—¿Y bien? —preguntó con malicia.

—¿Pues qué? Están *ronchon*as, crujientitas. Ay, qué poco sabes de la vida, Billy, qué poquito sabes.

El niño puso los ojos en blanco y se dedicó a imitar a su hermana, que ya había empezado a partir con los cubiertos la hamburguesa de pavo y se acababa de meter un par de patatas a la boca.

—Pues a mí me gustan —dijo mirándome y encogiéndose de hombros.

—¿Lo ves, señoritingo? A ella le gustan.

Emily asintió y mojó el pinchito de hamburguesa en una mancha de ketchup que se había puesto en un lado del plato.

Orgullosa de mi sobrina, creo que, por primera vez en mi vida, por haberme dado la razón con las patatas, comencé a cenar yo también.

Aquello no se lo diría, claro, no fuera a ser que se flipase la renacuaja, bastante alto tenía ya el ego como para que llegase yo y lo inflase todavía más.

El *ding-dong* del timbre sonó a la misma vez que me metí la segunda pinchada de hamburguesa en la boca.

—Iré a ver quién es —dije levantándome del taburete.

Cuando abrí la puerta no encontré a nadie más que a Rick Carter, otra vez.

—Hola —me dijo. Después sonrió y la tierra se abrió de nuevo antes mis pies.

«Respira, esta vez no harás el ridículo. Solo es un chico. Fortachón, sí, pero un chico al fin y al cabo», me dije a mí misma para tranquilizarme, a riesgo de ahogarme por no tragar de forma adecuada un pequeño trocito de hamburguesa que no había tragado en el camino de la cocina a la puerta.

—Vaya, hola, ¿qué tal? —le dije devolviéndole la sonrisa.

«Bien, Lottie, bien».

—Bien, muy bien —contestó.

«Eso desde luego», pensé.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté.

«Vaya, Lottie, estás sembrada, chica».

—Mi tío Earl quiere saber qué tal os estáis acomodando.

—Pues la verdad es que ya estamos del todo instalados. Hablaré más adelante con él acerca del cuidado del exterior. La charca, la fachada... esas cosas, ya sabes.

—Claro, estamos a vuestra disposición. ¿Qué tal la camioneta?

—Ah, la camioneta.

«¿Acaso pensabas que había ido a verte a ti?».

Él asintió. Llevaba unas bermudas vaqueras y una camiseta negra de manga corta que le marcaba el pecho.

—Pues lo cierto es que no la he utilizado todavía, tenía pensado ir al súper más cercano mañana —dije para después soltar una risita.

—Ah, pues podría acompañarte, si quieres.

—¿Acompañarme?

—Sí o, bueno, discúlpame, quizá prefieras ir sola.

«¿Excuse me? ¿Qué ha dicho el fortachón?».

—No, yo...

—Discúlpame, solo pretendía ser amable.

—No, está bien, está todo bien, de verdad —le dije hablando a trompicones—. Estaré encantada de que me acompañes.

«¿Perdonaaaaaaaa?».

—Genial, mañana por la mañana estoy aquí, si te viene bien.

—Claro.

—Hasta luego —se despidió sonriendo.

Cerré la puerta, me encaminé hacia la cocina y observé los cuatro ojos que me miraban interrogantes.

—¿Has quedado mañana con él? Verás cuando se lo diga a la abuela.

Resoplé.

—No, no he quedado con él.

—Te hemos oído perfectamente —dijo Billy tras beber un trago de agua, al tiempo que dejaba el vaso sobre la mesa.

—No es ninguna cita —aclaré, porque así lo sentía, por mucho que las piernas me temblasen en aquel momento por lo que acababa de suceder—. Terminad de cenar.

—Sí, que a ti se te ha quitado el hambre por pensar en lo de mañana. —Emily me guiñó un ojo.

«No sé qué he hecho para merecer esto».

Aquel día vimos una peli de terror antes de dormir. Sí, todo muy zen. No obstante, mi mente

no estuvo puesta en la protagonista que acababa degollada por bajar al sótano de la casa maldita.
Supongo que podrás imaginarte en qué estuve pensando o, mejor dicho, en quién.

Capítulo 9

Seré honesta, cuando el gallo cantó a la mañana siguiente yo ya tenía un ojo medio abierto mientras que con el otro intentaba conciliar un sueño que durante la noche no fue demasiado reparador, a decir verdad.

Había dormido a saltos, imaginando cómo sería la mañana del día siguiente, si haría de nuevo el ridículo o si, de lo contrario, todo iría tan bien que me descentrase con mi nueva tarea de madre adoptiva de mis sobrinos en lo que Hannah estaba fuera.

—¿Estás nerviosa, tía Lottie? —me preguntó Emily tras su gran tazón de leche con galletitas de chocolate en forma de Simpson del tamaño de un pulgar.

Al poco de bajar yo, una vez hube hecho la cama y me hube adecentado, los pasitos descalzos de la niña se escucharon bajar por la escalera y en aquel momento la tenía allí delante.

—¿Nerviosa? Pues no sé por qué —le dije aparentando serenidad, al tiempo que vertía café humeante en mi taza.

—No te hagas la tonta, has quedado con Rick Carter.

—Sí, para ir al supermercado. ¡Toma, qué pedazo de plan! ¿Eh? —ironicé.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quieres que te traiga de comer algo en especial? —le pregunté para cambiar de tema y, de paso, sembrar el inicio de algo así como una especie de tregua entre las dos.

Suponía que con Emily sería más fácil, ya que todavía no tenía las hormonas revolucionadas por la pubertad y, además, era una chica. Digo yo, que algo en común teníamos que tener, ¿no?

Billy estaba en plena edad del pavo y se cerraba más en banda.

—Pues... nubes.

—¿Nubes?

—Sí, cuando lo de fuera no sea una pocilga, podríamos cenar y quemarlas en una hoguera. Eso lo hacía cuando me iba al campamento que me apuntaba mamá y me lo pasaba súper bien.

—Ah, pues esa idea suena fantástica —le contesté sonriendo tras dar un trago a mi café.

—¿En serio? ¿Lo podemos hacer? —me preguntó.

¿Estaba ilusionada?

—Claro que sí. ¿Por qué no? —me encogí de hombros.

—Pensaba que no querías hacer nada con nosotros porque te molestamos. Mamá nos dijo que...

—¿Qué? ¿Qué os dijo mamá? Eso... no es verdad, Emily, yo...

En aquel momento sonó el timbre y mi gozo se fue a un pozo, porque aquella conversación apuntaba maneras y había sido interrumpida.

Sinceramente, me daba igual en aquel momento que quien estuviera detrás de aquella puerta fuera Rick Carter, me interesaba mucho más lo que Emily me estaba contando.

Se había abierto emocionalmente conmigo, parecía que estábamos conectando y yo, pese a ser una ruina como canguro, por un momento había sentido que podía hacer las cosas bien.

—Vaya, debe ser él —dije.

—Bueno, pues adiós, ridícula.

PAM.

Ahí estaba de nuevo.

Cerré los ojos con fuerza, como si aquella palabra realmente hubiera tenido forma de cuchillo y se me hubiera clavado dentro.

—Adiós —le dije un poco desconcertada.

Después apuré mi café, cogí mi bolso, el móvil y las llaves de la camioneta y me dirigí hacia la puerta.

—Buenos días —me saludó Rick sonriente.

—Buenos días.

—¿Estás lista?

«Para ti, nunca, porque me infartas».

—Claro —sonreí.

«Mentirosa».

Aquello no era un supermercado, era un recinto con dos supermercados dentro, de lo grande que era.

Enorme, en serio.

—Como te he dicho, todos son productos locales, incluso podrás encontrar huevos de algunos vecinos —me explicó Rick al tiempo que cogía un carro para guardar mi compra.

Me había cerciorado de que la camioneta funcionaba perfectamente, ya que habíamos ido los dos en ella. Yo conduje y Rick me guio en el camino hacia el súper.

Lo que no sabía todavía en aquellos momentos es que me guiaría en más de una cosa a partir de aquel instante.

—¿Me dices en serio que los vecinos venden huevos de gallinas directamente aquí? —le pregunté anonadada.

Rick se rio y a mí se me rieron las bragas.

—Los que tienen muchas, sí. El dueño es uno de los vecinos de la zona, el único que tiene un rancho. Entiende que todo aquel que tenga animales ha de sacar partido de la situación.

—Pues qué interesante —dije asintiendo con la cabeza al tiempo que metía dos cajas de leche en el carro.

Rick hizo lo mismo con dos cajas de agua después de señalarlas con mi dedo.

—¿Por qué no tienes, aunque sea, cuatro o cinco? —me preguntó y una botella de zumo casi se me cae a los pies.

—¿Gallinas?

Asintió, divertido.

Nos dirigimos a la sección de la carne, según Rick de la mejor calidad.

—No me veo con el ordenador delante mientras recaudo huevos.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó entonces, interesado.

Sonreí.

—Soy traductora, trabajo para una editorial.

—Vaya, qué intelectual.

Solté una carcajada pequeña.

«Santo Dios... cálmate, Lottie».

—¿Y tú?

—Soy leñador.

Parpadeé un par de veces, asombrada, y metí en el carro un pollo grande y gordo.

«¿Qué ha dicho el fortachón? ¿Que es qué?»

—Leña...

—Leñador, sí —volvió a reírse—. Sé que asombra, pero aquí hay mucha naturaleza y en invierno hace frío, por lo que recopiló la leña y la gente me la compra.

—¿La gente prefiere pagar por leña ya cortada teniendo miles de árboles alrededor? —pregunté.

En la sección del pescado me aprovisioné lo suficiente como para que los niños tuvieran bastante.

Me cercioré entonces de que, en aquel lugar, vivían de forma muy diferente a lo que yo estaba acostumbrada. Había tranquilidad, diferentes hábitos y forma de vida, en contraposición al estrés de la ciudad y el bullicio.

Incluso el aire era distinto.

Suspiré.

—¿Saldrías con la nieve casi por las rodillas en busca de leña? No, ¿verdad?

Me reí.

—Me has pillado, lo cierto es que no. Además, tampoco tengo idea de cortar leña, así que —dije encogiéndome de hombros.

Rick se rio. ¿Podía una enamorarse de una risa? Sí, yo creo que sí.

—Bueno, puedo enseñarte cuando quieras —me dijo, después guiñó un ojo.

«Oye, mira, a mí, líos no».

—O también puedo comprarte la leña.

Tragó saliva.

—También.

Terminé de coger todo lo que necesitaba, incluidas las nubes para Emily y otra cosa que quise comprarle para darle una sorpresa, lo cargamos en la camioneta y después le pedí a Rick que me indicara dónde podía encontrar un establecimiento que se encargase de todo lo relacionado con el Internet.

Necesitábamos la fibra como agüita de mayo, Billy para entretenerse jugando a la consola y yo para, nada más y nada menos, que trabajar.

—Lo estoy pensando y, lo cierto es que no me parece una idea tan descabellada lo de las gallinas.

Rick me miró y me sonrió.

—Todos los que vivimos por la zona tenemos. Gira a la derecha —me indicó y yo viré el volante hacia aquella dirección—. Pero eso no quiere decir que tú también tengas que tener.

—No, claro, pero, estoy pensando que quizá podría ser una buena idea para tener entretenidos, aunque sea una parte del día, a mis sobrinos. Hay que limpiar y cuidar a esos animales, supongo.

—Qué mala tía eres, llamar animales a los pobres niños —se carcajeó.

—¿Qué? ¡Me refería a las gallinas! —Rompí a reír y le di un golpecito cariñoso con el puño en el hombro.

Se rio a mandíbula abierta.

—Ya lo sé, solo quería gastarte una broma.

Le miré y le sonreí.

«Cuidaooooo».

Carraspeé y me serené y Rick miró al frente, también más serio.

—Sé dónde podrías conseguir las —me dijo.

—Tampoco lo dudaba.

Las sonrisas se me escapaban de los labios a su lado, realmente me caía estupendamente, además de ser de lo más atractivo y servicial.

La mañana se me pasó volando, por suerte sí fue factible contratar la fibra de Internet, por lo que a Billy también le daría una buena noticia aquel día.

Quería, de veras, poder acercarme a ellos, que confiaran en mí, llevarnos bien porque, bastante disgusto tenían sintiéndose abandonados por Hannah, aunque la realidad no fuera que ella había abandonado a sus hijos por gusto.

—Ha sido un placer hacerte de guía por el pueblo y ayudarte con la compra —me dijo Rick en la puerta de casa, señalando las bolsas de papel grueso de color marrón, provistas de todo lo que había comprado.

Sonreí.

—Gracias, porque la verdad es que todo esto es nuevo para mí. El pueblo, la situación, hacer de madre... En fin.

Me devolvió la sonrisa.

—Insisto, ha sido un placer. Nos vemos pronto —dijo extendiendo su mano hacia mí.

La estreché y él acarició el dorso con las yemas de sus dedos.

—Sí, nos vemos pronto —le dije en un susurró.

—Adiós, Lottie.

El resto del día se me pasó entre papeles y llamadas con mi editora, la cual me estaba metiendo prisa para que enviase la traducción cuanto antes, y cuando quise darme cuenta ya se había hecho la hora de cenar.

«Pues no, mi *ciela*, eso no va a poder ser. ¿Cómo te la envió? ¿Volando?».

Le expliqué la situación y, aunque a ella le importó tres pimientos verdes que yo hubiera tenido que adecentar mi nueva casa y preparar una mudanza, mi interior se quedó tranquilo.

Todavía tenía tiempo para terminarlo y enviarlo y ella lo sabía de sobra, lo que pasaba es que la comía el ansia viva.

—Entonces, ¿has traído las nubes que te pedí, tía Lottie? —preguntó Emily. Dejó la tostada sobre su plato y se limpió las manos con una servilleta.

—Sí, las he dejado en la despensa. Me ha encantado la idea —sonreí.

—¿Qué idea? —preguntó Billy.

—Cuando lo de fuera esté bonito, haremos una hoguera para comer nubes —le contó a su hermano ilusionada.

—Para ese momento mamá habrá vuelto y todo volverá a la normalidad, Emily.

Emily le mantuvo la mirada, pero permaneció callada, sin contestarle.

—Además, deja de decir esas tonterías, eso es para niños pequeños —continuó su hermano.

Me puse seria. Por un momento vi la ilusión en los ojos de la niña apagarse. Un instante que me hizo hasta daño.

—Billy, no digas eso. No le digas esas cosas a tu hermana.

—¿Ahora vas de tía responsable? —me preguntó soberbio—. Pues a mí no me la das.

Se levantó del taburete de la isla de la cocina y dejó su plato vacío de malas maneras en el

fregadero.

Me dejó noqueada y a Emily a punto de llorar.

—Em... —le apreté el brazo.

—¿Me mentiste cuando me dijiste que te parecía bien comer nubes quemadas? —me dijo con los ojos llorosos.

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! Tú comes nubes y yo mientras me fumo un pitillo.

La niña arqueó una ceja.

—O mejor no. —Hice una mueca.

—Billy hace tiempo que ya no quiere jugar conmigo y desde que supimos que mamá tenía que irse, es un estúpido.

Suspiré y le acaricié el pelo.

—Bien. Como ya estás lavada y tienes el pijama puesto, ¿qué te parece si subimos a tu habitación y hablamos en tu cama?

—¿Como en una fiesta de pijamas?

—¡Sí! —me reí—. Exactamente así. Además, tengo una sorpresa para ti.

La ilusión pareció volver a su mirada y después de que se terminara la tostada y recogiéramos, la acompañé a su habitación.

«Un pasito p'alante, María».

Capítulo 10

—No quiero que le hagas demasiado caso a Billy, ¿vale? —le dije sentándome como los indios sobre su cama, frente a ella.

Emily estaba descalza y vulnerable, con un pijama rosa palo de pantalón corto y manga corta.

—¿Es posible que esté demasiado triste?

Asentí con la cabeza.

—¿Tan triste como para que no quiera jugar conmigo? —me preguntó de forma dulce.

Definitivamente, esa niña podía ser el mal, pero también sacar la faceta más angelical del mundo.

—A ver, es que Billy es más mayor, quizá ahora le divierta más hacer otras cosas.

—Lleva ya tiempo raro. Y ahora que hemos tenido que venir aquí, pues más. —Se encogió de hombros.

—Mira, Emily, yo tampoco quería esto.

—¿No querías estar con nosotros? Mamá nos dijo que te molestáramos lo menos posible.

Sonreí. Hannah siempre decía eso cuando tenían que coincidir conmigo.

—Es que soy un desastre, Em... —me lamenté llevándome la mano a la frente.

La vi hacer una mueca.

—Ya lo sé, tía Lottie.

Levanté la mirada y la posé sobre sus ojos.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo, yo no tengo hijos, no sé cómo hay que trataros. Os bañáis todos los días, ¿verdad? —bromeé.

Y ella se rio y, de alguna manera, su risa me hizo feliz.

—Claro. Bueno, a Billy a veces le huelen los pies, pero es porque es un chico y a veces los chicos huelen mal.

Me reí.

—Es cierto, a veces los chicos huelen mal —dije arrugando la nariz.

—¿Cómo huele Rick Carter?

—¿Que cómo huele? ¡Y yo qué sé!

Ella ahogó una risita y se tapó la boca.

—¿Te gusta?

—No, Emily, no puedo pensar en eso ahora. Tengo que centrarme en vosotros y en mi trabajo.

La niña asintió.

—¿Dónde está mi sorpresa?

—Ah, sí, es cierto. Espera aquí, lo he dejado en el salón.

Corrí como un rayo a por el dosel rosa que había comprado para Emily. Evidentemente no era igual que el que había encontrado, ese que estaba lleno de mierda y polvo, pero era muy parecido y tenía la esperanza de que le gustara.

Cuando llegué de nuevo a la habitación la encontré abrazando un cojín que tenía impresa una foto en la que salía con mi hermana Hannah.

Las lágrimas estaban a punto de pugar de sus ojos y en parte se me arrugó un poquito el corazón.

Al fin y al cabo, era una niña.

—Ey, Em, mira.

Ella levantó la vista hacia mí y una lagrimita le mojó la mejilla. Me senté frente a ella y le tendí la bolsa que portaba el dosel.

Ella se limpió la cara con el puñito cerrado y cogió la bolsa.

—¿Qué es?

—Descúbrelo.

Sacó el dosel de la bolsa y lo extendió en la cama, en medio de nuestras piernas cruzadas.

—¡Tía Lottie! —exclamó contenta.

—¿Te gusta?

—Es igual que el que estaba aquí.

—Es muy parecido, sí.

—Pero...

—¿Qué ocurre?

—Es que sé que no me he portado bien. Pero, estaba furiosa porque mamá se ha ido al sitio ese raro y...

—A ver, Emily, esto va a ser un poquito difícil para los tres, ¿vale? Pero si ponemos de nuestra parte, podemos pasarlo bien y hacer cosas divertidas.

—¿Sí?

—¡Claro! Como ese plan que me has dicho de comer nubes calentitas.

Sonrió y yo la imité.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo, ayúdame un poco, ¿quieres? Entre chicas es todo más fácil.

—*Pinkiepalabra*.

Arqueé la ceja.

—¿Qué es eso? ¿Se come?

La niña rio y luego me extendió su dedo meñique para que lo enlazara con el mío a modo de promesa.

—¡No! —exclamó—. *Pinkipalabra*, tía Lottie.

Sellamos la promesa y me sentí tranquila.

—Mañana ponemos el dosel —le dije levantándome de la cama para ir a la ducha—. Que duermas bien, Em. Y abraza ese cojín, seguro que a mamá le llega tu abrazo.

—Tía Lottie, espera.

—Dime.

—Mamá siempre me abraza y me tapa antes de dormir.

—Ah, ya entiendo.

Me acerqué de nuevo a ella, la abracé, la acosté y le pasé la fina sábana por encima.

—Buenas noches, Emily.

Aquel día quise ver un programa de cocina en el que los concursantes eran *celebrities*, pero una vez estuve duchada y hube recogido la cocina, me quedé durmiendo en el sofá.

Otro día más superado.

Capítulo 11

Dos semanas después, el carácter de Billy se había endulzado lo suficiente para hacerse soportable gracias a la instalación de la fibra de Internet.

Estábamos completamente instalados y pude ponerme un horario, cosa que no había hecho en mi vida, por cierto, para trabajar en casa en una de las habitaciones que habíamos habilitado con una mesa, una silla, un par de cuadros minimalistas y una planta de interior. Todo un ambiente perfectamente elaborado para que pensase que estaba en una oficina.

Punto a favor de mi nueva vida, pues en mi mini piso, cuando vivía en la ciudad, me repantingaba en el sofá con las piernas abiertas, el pc portátil encima de mi *floripondia* y una bolsa de *chettos* a mi derecha, ahí, siempre fiel a mí.

Lo primero que hacía era despertarme con el gallo. Sí, ese maldito gallo había podido conmigo y mis ganas de dormir. Aunque, si por lo que fuera pasaba de levantarme cuando al bendito gallo le diera la gana, era Emily quien me despertaba con un “Tía Lottie, ¿estás despierta?” y, ¿cómo podía yo negarme? Mi sobrina, mi responsabilidad.

Mi relación con Emily mejoraba por momentos y eso hacía que tanto yo, como mi madre y, sobretodo Hannah, estuviesen orgullosas de mí. Para mí era como contribuir de una forma muy activa a que Hannah se recuperase.

Sus hijos la echaban de menos y Emily lloró el primer día que pudo hablar con ella por teléfono, una vez por semana. No obstante, Billy ni siquiera quería hablar con ella y yo, llámame cobarde, pero todavía no había podido enfrentarme a su comportamiento.

Solíamos desayunar los tres juntos, aunque a veces nos quedábamos Emily y yo porque Billy se había acostado más tarde.

Después hacíamos tareas domésticas, dedicábamos un rato al exterior de la casa y comenzábamos a hacer el almuerzo.

Por las tardes, cuando los niños dedicaban tiempo a sus hobbies preferidos, yo me encerraba en el despacho.

Earl y Rick Carter permanecían atentos a todo lo que pudiéramos necesitar, incluso el joven se ofreció a ayudarnos uno de aquellos días a quitar las malas hierbas del terreno con el que contaba la casa.

Y maldita la hora, lo juro por mis ancestros.

Jamás, ojo al dato, repito, jamás, había visto un cuerpo como el suyo. Nunca. Lo juro. Suerte que llevaba una pamea vieja de mi madre con un lazo rosa desteñido y podía ocultar un tanto mi rostro y, si me apuras, también la baba que se me estuvo a punto de caer por observarlo.

Hacía sol, además picaba bastante, estaba en todo lo alto, y Rick trabajaba afanoso en quitar todo lo malo que encontrara a su paso. Arrancaba las hierbas con energía y vitalidad.

Su cuerpo, sudoroso y semidesnudo, pues no llevaba camiseta, se marcaba y tensaba todos sus músculos con cada movimiento, sobre todo cuando lo vi cortar troncos de leña que dijo que se podían aprovechar para el invierno, de árboles mal cuidados que encontramos en el jardín.

Yo plantaba unos cuantos rosales y ni siquiera me percaté cuando me pinché con una espina en un dedo.

Por la Diosa, qué dramático y novelesco todo.

Le pidió a Billy una botella de agua fría para refrescarse mientras yo chupaba mi dedo malherido, que sangraba después de sufrir los estragos de la espina de la rosa.

Una vez estuvo la botella en su poder se tiró un gran chorro por la cara, mojando su cuerpo y su cabello, moviendo la cabeza, con los ojos cerrados, deleitándose en aquel momento.

Después bebió sin apoyar los labios en el recipiente y observé su nuez subir y bajar.

—Cielo santo... —se me escapó.

—Es guapo —dijo Emily, de repente, a mi lado, haciendo que diera un respingo y me cayera de culo, pues estaba en cuclillas trasplantando el rosal.

La niña se rio y me tendió la mano.

—Me has dado un susto de muerte —me quejé al tiempo que me levantaba del suelo.

—Le estabas mirando —me dijo.

—Sí, pero no significa nada.

—Viene casi todos los días a ayudarnos, eso es de buena persona y, además, míralo, es *suuuuuuper* guapo —dijo ella casi más ilusionada que yo.

Me reí.

—Vale, es guapo —admití—, pero no me gusta.

—Lo que tú digas.

Emily se marchó de mi lado y fue de nuevo a la charca, se estaba encargando a fondo de ella con ayuda de Billy, decía que quería tener una tortuga.

Estaba equivocada, Rick Carter no me gustaba, por muy amable que fuese conmigo, ni aunque tuviera ese cuerpo de infarto y aquella cara que debería estar prohibida de ser tan guapa. Era muy trabajador y me parecía muy bien, pero no me gustaba.

Me negaba. No.

Más que nada porque no quería ni podía enamorarme, menos en aquellos momentos. Tenía que estar por y para mis sobrinos y mi trabajo. No podía distraerme con amores.

—Hemos terminado —dijo Rick cuando se acercó a mí un rato después —, creo que ha quedado bastante bien. Vaya, veo que te has adelantado plantando —añadió señalando los rosales. Sonreí.

—Sí —le dije —, me hacía mucha ilusión tener ya los rosales.

Me miré el dedo de nuevo, seguía sangrando todavía un poquito.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó entonces preocupado—. Déjame ver.

Cogió mi mano acto seguido y observó mi dedo.

—Vaya, ¿te has clavado una espina? ¿En qué estabas pensando? —se rio.

«En tu culo», pensé, pero no se lo dije, claro.

Entonces hizo algo que me dio de lleno en todo mi órgano *palpitoso*, es decir, mi clítoris.

Introdujo mi dedo en su boca y lamió la herida. La descarga de placer fue inminente y casi estuve tentada de cerrar las piernas, apretando así mi sexo.

«Madre mía, qué faltita estaba de un buen ra...».

—¿Mejor? —preguntó un instante después, sacándome así de mis pensamientos.

Reaccioné pues, parpadeando varias veces seguidas, volviendo a la realidad después de tal momentazo.

«Ay. Dios. Mío».

—Eh, sí, gracias —acerté a decir.

—¿Puedo sacar ya la limonada? Me muero de sed. —Billy apareció a nuestro lado, nuestras manos todavía unidas, pues él no había soltado la que tenía herida.

Bueno, la del dedo herido, pero en ese momento deseé tener más de una parte del cuerpo maltrecha solo para que fuera besada por él y sus labios gorditos y llenos. Seguro que los tenía suaves y besaba de locos.

—Sí, la sacamos ya —dije librándome de aquella mano que me incitaba a pecar y a ganarme un puesto al ladito del mismísimo Belcebú en el infierno por faltar a mi palabra de centrarme en lo que tenía que centrarme.

Suerte que Rick se despidió de nosotros para marcharse una vez se hubo bebido un vaso de limonada de un trago.

Sí, suerte, porque algo me había hecho click dentro. Dentro y en mi *toto* necesitado, en aquel momento entendí que de él.

Pasaba demasiado tiempo con nosotros y no sabía realmente ni tampoco entendía a qué había venido aquel gesto del dedo, pero lo que sí sabía es que me había gustado.

Un rato después recibimos la llamada telefónica de Hannah y Emily no dejó de sonreír ni en el rato que hablaron ni tampoco en el resto del día.

—¿No quieres hablar con mamá? —le preguntó a Billy cuando se despidieron.

Como venía siendo habitual, Billy hizo una mueca con la cara, arrugó el ceño y se marchó a su habitación.

Emily me miró y, negando con la cabeza, le tendí la mano para que me diera el teléfono.

—Lo siento, Hannah —le susurré a mi hermana a través de la línea.

—No lo sientas, no es culpa tuya. Él tiene que entender mis necesidades como persona, porque también soy persona, no solo soy madre.

—Vaya, qué bien te está haciendo estar allí, hasta te acuerdas de ti —le dije bromeando.

Era algo que mamá y yo siempre le estábamos recriminando, se había abandonado desde que tuvo a Billy tan jovencita, y había dedicado su vida a complacer a su marido y trabajar para su casa.

Para que luego, mira, el príncipe le saliera rana.

Hannah se rio y aquello me llenó de gozo.

—Te noto muy bien —le dije y acto seguido le levanté el pulgar a Emily, quien después de aquello se marchó dando saltitos y se tumbó en el sofá a ver el televisor.

—Estoy mejor.

—Quiero hablar con Billy, pero no encuentro el momento.

—Lo harás, estoy segura.

Sonreí.

—Tengo que despedirme —me dijo —, pero antes quería darte las gracias, Lottie.

—Estoy harta de que me las des.

—Lo haré siempre.

—Nos vemos pronto.

Entonces ella tardó en contestar y mis sospechas se hicieron todavía más hueco.

—¿No? —insistí.

—Claro. Hasta luego, Lottie, os quiero.

Y colgó.

Hannah era buena madre, siempre lo había sido, pero había sido mala persona al apartarse de

sí misma, al darse de lado y no dedicarse tiempo a ella misma, siempre tan dada a satisfacer a los demás en todo y tan poquito a su bienestar.

Aquella noche, cuando todos estuvimos acostados, además de darle vueltas a Rick Carter, también se las di a mi instinto maternal y a lo diferentes que somos las mujeres unas de otras, como también a lo maravilloso que era que aquello fuese así.

Lo estaba intentando, estaba ejerciendo de madre postiza de mis sobrinos y tampoco estaba descontenta con mi labor. Me estaba costando, tenía momentos duros, pero ahí estaba, todos los días a pie del cañón.

Tampoco era tan desastre, ¿no?

Capítulo 12

—Tía Lottie —susurró mi pequeña sobrina en mi oído, justo después de sentarse suavemente sobre mi cama, al tiempo que me acariciaba el brazo, al día siguiente.

Recuerdo haber dicho algo ininteligible, como cada mañana cuando el gallo o la niña me despertaban.

—Dijiste la semana pasada que iríamos a comprar gallinas —dijo un poco más alto.

Me froté los ojos con las manos.

—¿De verdad? —le pregunté y ella asintió.

—¿Vas a rajarte? —me preguntó con la mirada fija en mis ojos ojerosos y llenos de legañas en aquel momento.

—Pues...

—*Mentirosa, mentirosa* —canturreó la niña poniéndose de pie en el colchón y comenzando a dar pequeños saltitos que después se convirtieron en un terremoto para mi cama y para mi cuerpo, todavía un poco parado de dormir.

—Emily, para.

—Lo prometiste —se quejó ella con un mohín.

Me llevé la mano a la frente.

—Lo sé —dije con voz cansina.

—Pues venga, venga, venga, venga.

—¡Emily! —exclamé—. Basta, por favor.

Y la niña paró, porque nos llevábamos a la perfección y porque, siendo eso un descubrimiento para mí, era muy obediente.

Me levanté como un zombi y Emily me llevó de la mano a la cocina, dándome la sorpresa de que me había hecho huevos revueltos con un par de lonchas de bacón.

La cocina olía a café y aquello me abrió el apetito, a pesar de que, en el exterior, el sol tenía pocos rayitos fuera, los cuales eran bastante mortecinos.

—Vaya, cielo, qué desayuno más rico has preparado —le dije sonriéndole.

Emily se sentó en uno de los taburetes y me miró.

—También he preparado para Billy —dijo.

—De acuerdo, seguro que le encanta. Lo tomará cuando se levante, creo que anoche se durmió tarde, así que dudo que venga con nosotras.

Emily se encogió de hombros y yo me metí una pinchada de huevos revueltos a la boca.

Mastiqué una cascarita con una de mis muelas y contemplé a Emily hacer una mueca.

—Es posible que haya alguna cascarilla —dijo retorciéndose las manitas.

Me reí.

—¿Tú no desayunas?

—Ya lo he hecho, leche con galletas. Mientras tú desayunas, yo me visto y hago la cama. Quiero estar guapa para conocer a las gallinas.

Emily se marchó y yo me quedé sola desayunando.

Una vez hube terminado, me di prisa en vestirme, peinarme, hacer la cama y maquear mis ojeras de mapache, la noche anterior había terminado tarde de trabajar.

—Creo que es esta casa, Em —dije parando la camioneta de papá frente a una casa muy parecida a la nuestra, solo que con la fachada bastante más arreglada y con algunos animales en los pequeños terrenos de fuera.

—Qué bien —dijo ella desabrochando su cinturón de seguridad.

Estacioné la camioneta a un ladito, donde era imposible que molestara y bajamos de ella para dirigirnos a ver si se encontraba en casa la señora Pots.

«Se llama como la tetera de la Bella y la Bestia», pensé cuando Rick me dijo su nombre.

Adele Pots había enviudado al tiempo que se jubiló, por lo que había dedicado los siguientes años al cuidado de sus animales, entre ellos gallinas y conejos, y también de un gran huerto del que sacaba partido vendiendo sus frutos.

Nos recibió con un moño que parecía un nido de pájaros, incluso tenía alguna que otra hoja verde incrustada en él y una sonrisa.

—¿Charlotte? —dijo nada más abrir la puerta.

Sonreí, tímida y Emily me miró.

—Sí, me llaman Lottie —le contesté estrechándole la mano.

—Ah, querida, menos mal, ya pensaba que no vendrías. Rick me avisó hace días.

Carraspeé.

—Sí, lo siento, he estado ocupada.

—¿Y esta niña?

—Me llamo Emily —le contestó dulcemente.

—¡Qué graciosa! —exclamó la mujer, sobresaltándonos al tiempo que pellizcó el carrillo de Emily—. Pasad, enseguida os enseñaré las gallinas.

Emily me agarró de la mano y ambas pasamos al interior de la vivienda, toda decorada con muebles antiguos y barrocos y con demasiados cuadros de gatitos por las paredes.

Y ganchillo. Mucho ganchillo.

—Tía Lottie, mira —me susurró Emily.

Fue entonces cuando le vi. Un gato enorme con un gorrito hecho de ganchillo azul.

—Vaya...

Emily contuvo una carcajada.

—¿Cuántas vais a querer? —nos preguntó Adele refiriéndose a las gallinas.

—Pues... —dije pensando —¿cuántas es lo normal?

—Con cinco bastarán, de momento —me contestó la mujer.

—De acuerdo, pues cinco —dije sonriendo.

Después nos llevó hasta el gallinero.

—Podéis elegir las que queráis.

—Elige, Em, las que más te gusten —dije apretando de forma cariñosa su mano.

La niña se soltó y se aproximó a ellas para verlas más de cerca.

Elegió cuatro y se fijó en una que estaba en un rincón, sin relacionarse con las demás.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Adele.

—Ah, esa es *Anastasia*, tiene una patita mal, le salió una herida. Ya la vio el veterinario y está en tratamiento.

—La quiero —dijo Emily con convicción.

—¿Estás segura? —le pregunté acercándome a ella.

—Sí, quiero a *Anastasia*, le haré compañía para que no se sienta sola, porque como no puede jugar con las demás... —dijo muy segura.

Sonreí y le revolví el pelito suave y fino. Ahí descubrí que Emily apuntaba maneras a ser una persona muy altruista cuando fuera adulta y lo cierto es que me hizo sentir muy orgullosa.

—Bueno, señora Pots, muchas gracias por vendernos las gallinas —me despedí en la puerta de la casa.

—¿No queréis un poquito de té? ¿Cecina? ¿Pastas? —nos preguntó.

La verdad es que de lo que teníamos ganas, más Emily que yo, era de llegar a casa y acondicionar el gallinero para nuestras nuevas amigas.

—Lo sentimos, señora Pots, lo cierto es que tenemos que seguir acondicionando la casa, todavía tenemos muebles con los que no sabemos qué hacer —le dije para librarnos de ese té con pastas o lo que fuera que nos quisiera servir aquella señora tan extraña que no sabía de dónde había salido, a pesar de que aquella excusa no fuese mentira.

—¿Por qué no montáis un mercadillo? Yo lo hice cuando mi marido pasó a una mejor vida, tenía de trastos ese hombre... la leche, era terrible.

Me llevé un dedo a la barbilla, pensativa. Me pareció una muy buena idea.

—¿Crees que sería posible? —le pregunté interesada.

—¡Por supuesto! Estas casas lo bueno que tienen es que los jardines del exterior son muy grandes.

Asentí con la cabeza.

—Quizá le haga caso.

Terminamos de despedirnos y después de meter las cajas de madera con las gallinas en el maletero de la camioneta, deshicimos nuestro camino y pusimos rumbo a casa.

Me había gustado la idea de la señora Pots, aunque ella nos había parecido de los más variopinta. No tardaría en llamar a Earl Carter para preguntarle qué le parecería aquella idea, no todos los caseros están a favor de que los inquilinos se deshagan del mobiliario de la casa que les alquila.

Capítulo 13

El gallinero quedó impoluto, lástima que aquello no durase demasiado al meter a las cinco gallinas dentro.

En fin, aquella frase de “más sucio que el palo de un gallinero”, cobró sentido en mi cabeza.

Emily se levantaba con el canto de aquel gallo que todavía no sabíamos de qué casa provenía y se ocupaba de ellas y las alimentaba. Sobre todo a *Anastasia*, a la que aun después de estar curada, siempre dedicaba más tiempo y parecía tenerle un cariño especial. Además de eso, limpiaba sus excrementos e incluso recolectaba los huevos, toda contenta ella.

Aquello me hacía feliz y sentirme útil en mi propósito, como también tranquila.

No obstante, por otra parte, la relación con Billy se me hacía cuesta arriba. Intentaba integrarle en nuestras tareas, en nuestra rutina y nuestra nueva forma de vida, pero no había manera de que saliese de aquella habitación en la que se pasaba las horas muertas leyendo cómics de Marvel y jugando a la consola.

Ni siquiera Rick podía convencerle.

A propósito del fortachón, podrás imaginarte que nos ayudaba en todo lo que era menester por orden de su tío Earl, aunque lo cierto es que nos habíamos hecho buenos amigos.

Vale, ya lo sé, me chupó un dedo, el cual no tardó en estar en perfecto estado, gracias.

Y sentí palpitación en toda mi chirivía, también, ya lo sé, no hace falta que me lo repitas.

Pero de ahí a que me hubiese empotrado contra la pared del establo, establo que yo no tenía en aquella casa, por cierto, pues mira, hay muchos sueños húmedos míos entre medias.

Habían pasado días hasta que tuvimos la casa al completo en perfectas condiciones y ya habíamos entrado en los primeros días de septiembre.

La charca estaba impoluta, no había ni una sola mala hierba, mis rosales estaban hermosos, el gallinero a punto y, dos días antes de que decidiéramos montar el mercadillo que nos propuso hacer la señora Pots, Earl Carter compró pintura verde con la que pintamos la fachada de la casa.

Y quedó preciosa.

Y algo dentro de mí hizo click y me emocioné, porque había invertido muchas energías en aquella casa, en aquella familia que, aunque un poco extraña, me había tocado formar junto a mis sobrinos.

—Veo que me hiciste caso —dijo Adele pasando su mano nudosa y arrugada por encima de una mesita de noche desvencijada.

Sonreí.

Decidimos, no sin antes consultarlo con Earl, montar el mercadillo una mañana dominical que amaneció soleada. Los rayitos de sol, acompañados de un frescor otoñal, rozaban la piel de manera muy agradable.

—Me pareció una buena idea, solo faltaba que mi casero diera el visto bueno para vender los muebles —le contesté.

—¡Esos muebles no son míos! —exclamó el barrigudo Earl de manera jovial—. La mayoría

de muebles los han ido trayendo y dejando ahí los inquilinos. La verdad es que la casa lleva tantos años alquilada que ya no sé ni lo que hay dentro, a pesar del último parón antes de vosotros.

«No hace falta que lo jure, menudo desastre», pensé.

Asentí y sonreí, aunque no pasé por alto cómo Adele puso los ojos en blanco.

—¿Qué hace usted por aquí? —le pregunté una vez Earl se hubo alejado.

—Quería pasar a preguntarte por *Anastasia*.

Me derretí un poquito, lo admito.

—Pues... está muy bien, Emily la lleva en palmitas, imagínese.

La señora Pots se rio y ya no me pareció tan extraña.

—Me alegro mucho, hija.

—¿Querría verla? Emily estará en el gallinero, seguro. Puede pasar con ella, si quiere.

Adele no se lo pensó dos veces y me hizo caso, por lo que me quedé sola, ya que Billy seguía en su *Batcueva*.

No obstante, la mañana no se me dio tan mal y cuando Rick se acercó a mí con un vaso de plástico lleno de limonada, ya tenía bastante dinero acumulado.

Por lo visto, por aquella zona la gente solía comprar bastantes cosas de segunda mano para darles otra oportunidad.

—Gracias, está deliciosa. ¿La has hecho tú? —le pregunté después de dar el primer trago.

—Sí, sé que te encanta y... bueno.

Arqueeé las cejas.

«¿Qué mosca le ha picado?»

Rick solía ser bastante servicial, a la vista estaba, pero aquella mañana lo notaba algo extraño.

—¿Ocurre algo?

—Me gustaría hablar contigo.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Conmigo? ¿De qué?

—¿Te apetece cenar esta noche?

«AY. MI. MADRE».

—¿Cómo? ¿Me estás pidiendo una cita? —le pregunté.

Anonadada me quedé, *Mari*.

—Bueno, si quieres llamarlo así —dijo, después carraspeó.

—Rick, yo...

«Rick, yo, ¿qué?».

«Rick, yo, ¿qué?».

Pero ¿qué le decía yo ese hombre?

Me asusté, esa es la verdad. Me asusté porque no sabía cómo manejar la situación.

Que me ponía potranca, era una realidad.

Que soñaba con que me empalase ahí bien duro en el gallinero, pues también, oiga, porque una no es de piedra.

Pero me había prometido no distraerme de mi misión como tía responsable y persona capaz de cumplir con Hannah.

Ahí estaba el hándicap de mi vida.

—No estás obligada, por supuesto.

—No, Rick, no es eso...

—¿Entonces?

Todavía sujetaba el vaso de limonada con mis dedos, no sabía explicar por qué, pero me los notaba congelados, entumecidos.

Mi mano se había quedado rígida cual muerta sujetando aquel vaso fuertemente, apretándolo, como si eso pudiera sacarme del cuerpo la tensión que sentía en aquellos momentos.

Tragué saliva.

—No es que no quiera.

—¿Pero? —preguntó, después suspiró.

Tardé en contestar porque realmente no sabía qué decirle para no hacerle daño, pero tampoco quería mentirle.

Pero, lo importante del meollo era que se me estaba declarando.

O eso me pareció a mí.

Mira, no lo sé, estaba muy nerviosa.

Pero aquella situación no terminó ahí.

—Verás, Rick...

—¡Tía Lottie! —exclamó Emily viniendo hacia a mí. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

La miré entre sorprendida y asustada.

—¿Qué pasa? —me arrodillé para ponerme a su altura—. ¿Qué te pasa, Em?

—Mamá está al teléfono, dice que no vendrá. No va a venir, tía Lottie —dijo entre hipidos.

Fue entonces cuando me percaté de que llevaba mi teléfono móvil, el cual me había dejado en el comedor, en la mano.

«¿Qué dice mi pequeño monicaco?».

—¿Está al teléfono?

Emily asintió con el llanto todavía estrangulando su garganta.

—Ey, Em, tranquila... —Rick también se agachó a su altura, a mi lado.

«Cielo Santo... ¿por qué tiene que ser tan sensible y adorable?».

Me mordí el labio, hastiada.

Me tendió el teléfono y lo puso en mi oreja.

—¿Hannah?

—Tenemos que hablar, Lottie.

Capítulo 14

—No puedes hacerles esto, Hannah —dije con la voz un tanto cortada, me entró una congoja que para nada esperaba.

Y tuve un *Deja vu*, eso también, porque las palabras eran las mismas que un mes atrás, solo cambiaba la persona y había pasado de “no puedes hacerme esto, Hannah” a “no puedes hacerles esto, Hannah”.

Emily volvió dentro de la casa junto a Rick, que decidió acompañarla y, por suerte, encontré a Adele cerca, quien había salido tras Emily al escuchar su lamento.

La dejé al mando del puesto de mercadillo y me alejé un tanto para hablar por teléfono.

—Necesito quedarme más tiempo —me explicó.

—¿Más tiempo, Hannah? Dijiste que solamente sería un mes para despejarte, para intentar ser más feliz —me quejé.

No es que quisiera librarme de mis sobrinos, al menos no tanto como al principio, cuando todo se me hacía demasiado cuesta arriba por venirme de nuevas.

Mi relación con Emily era óptima y, aunque Billy se me resistía, se nos resistía a las dos porque no entendía en absoluto a su madre, estaba segura de que con el tiempo entraría en razón y comprendería que no podía pagar con su hermana y conmigo unas frustraciones que nacían de la marcha de su madre.

Lo habíamos pasado bien a pesar de todo.

—Lottie —dijo apresurada—, no me dejan mucho más tiempo al teléfono. He hablado con mamá para que arregle la baja en el centro de estudios al que acudían los niños, matricúlalos para el nuevo curso en el que quede más cerca de tu casa.

—Pero...

Parpadeé un par de veces.

«Pero ¿qué cojones me estás contando, Hannah?»

—Os compensaré por esto, te lo prometo.

Y colgó.

Y ahí me quedé yo, con el teléfono en la mano, mirándolo como una idiota, porque seguro que se me había quedado una cara de idiota digna de fotografiar.

Y, no por mí, oye, que como ya he dicho, lo había pasado bien, me sentía más adaptada a cuidarles, a no solo mirarme el ombligo y a comer algo más que fideos chinos precocinados con una lata de refresco de cola barato.

Pero sabía que los niños sufrían de alguna manera con la situación, sobretodo Billy, y no quería eso para ellos.

A finales de la semana siguiente, justamente el viernes, conseguí una tortuga para la charca y aquello hizo que Emily se pusiera muy contenta. Además, le di su parte del dinero recaudado del mercadillo, y me dijo que lo guardaría para el mantenimiento de las gallinas ahora que se quedaría

más tiempo cuidando de ellas.

Cuando Billy se enteró de la noticia, el día del mercadillo, ni siquiera bajó a cenar.

Es más, durante la semana, le llevaba bandejas con comida y se las dejaba en la puerta de la habitación que, para mi desgracia, tenía pestillo por dentro.

Realmente, a veces cundía el pánico en mi interior, pensando que podría hacer alguna tontería, pero luego me tranquilizaba pensando que él era más inteligente que todo eso.

La felicidad de Emily por la llegada de la tortuga, a quien bautizó como *Amy*, por ser Amy Whinehouse mi cantante favorita, me dio ánimos para enfrentarme a él de una vez por todas, el chico no podía seguir así, enfrentándose a solas al problema, con aquel batiburrillo de pensamientos y emociones propio de la adolescencia.

Los dieciséis años de Billy se podían hacer cuesta arriba para cualquiera. No obstante, los ocho de Emily eran bastante más llevaderos.

—Billy —susurré después de tocar a la puerta de su habitación con los nudillos.

Silencio.

—Billy, por favor, abre la puerta.

Nada.

—Me gustaría hablar contigo.

Más silencio.

Pegué la oreja a la madera de la puerta y me pareció escucharle resoplar.

—No me iré de aquí hasta que me abras y hable contigo —insistí con la voz más firme.

Imaginé que estaba tumbado en la cama, porque escuché quejarse al colchón cuando, supuse, se levantó.

Descorrió el pestillo que había en la otra parte de la puerta y abrió.

Después volvió a tumbarse en la cama.

Entré despacio y me senté junto a él, que miraba su teléfono móvil con el ceño fruncido.

—¿No crees que ya es suficiente? —le pregunté.

Él subió su mirada hasta la mía, pero después volvió a posarla sobre la pantalla del teléfono.

Era un insolente.

Agarré su teléfono móvil con suavidad y se lo quité.

—¡Eh!

—Contéstame —le pedí—. Estás siendo muy injusto.

—¿Injusto? —dijo con la voz ronca.

Sus ojos marrones me miraron fijamente, casi con maldad.

—Sí, injusto con tu madre, con Emily, conmigo...

Soltó una risita amarga.

—¿Y quién es justo conmigo? ¿Mi madre, que se marcha? ¿Emily, que es una mañaca? ¿O tú que vas de madre postiza sin tener ni idea? Crees que eres la mejor, que molas o... yo qué sé, pero en realidad eres patética y no sé qué hago aquí contigo. Emily tenía razón cada vez que te llamaba ridícula, lo que no entiendo es con qué la has comprado para que ahora te quiera.

Abrí la boca para decir algo, pero no supe qué, así que me limité a cerrarla y también a cerrar los ojos con fuerza.

Me había hecho daño, me había hecho mucho daño al decirme aquellas palabras. Solo yo sabía cómo me había esforzado sin tener ni idea de cuidar niños, sin tener ni idea prácticamente de cuidar ni a una planta.

Me había hecho daño y no sabía cómo lidiar con aquello.

—¿No dices nada?

Abrí los ojos, intentando disimular que se me habían agitado de lágrimas.

—Entonces pírate de aquí.

Se levantó de la cama y yo hice lo mismo, caminé de forma rápida hasta la puerta de la habitación y le seguí. Una vez estuve fuera, cerró la puerta tan fuerte, que el cuadro que había colgado en la pared, a mi derecha, cayó al suelo y se hizo añicos.

Di un respingo, aparté un tanto los pies de un pequeño saltito y me llevé las manos a la cara.

Los pasitos rápidos de Emily no tardaron en llegar junto a mí, como cada día, pues se había convertido en mi sombra, y sus ojos de color verde se posaron en los míos, repletos de lágrimas que no paraban de caer por mis mejillas.

—¿Tía Lottie? —preguntó en un susurro, después se enganchó a mi manita.

—Déjame, Emily, por favor —le pedí entre hipidos soltando mi mano de la suya y alejándome de allí.

—Es que Rick está aquí —dijo, pero no la escuché.

Fue entonces cuando, al bajar las escaleras de forma rápida para salir cuanto antes de aquella casa a que me diera el aire y me tranquilizara, me choqué contra su pecho.

Subí la cabeza, posé mi mirada en el azul de sus ojos y, como por instinto, me abracé a él.

Y lloré, lloré toda la frustración y el stress de todo el mes de agosto.

Y me cobijé en sus brazos, dejándome abrazar como si se tratara de una bruma que infundía calma a todo el que tocara.

Y me acarició la espalda y yo me dejé hacer, porque sus manos fueron un bálsamo en aquel momento.

«No, Rick, no hagas que me pille por primera vez de alguien y que seas tú».

Capítulo 15

—Gracias por venir —le dije a mi madre prácticamente sin ganas.

Me encontraba mejor, esa era la verdad. Haber hablado con Rick durante largo rato junto a la charca y después haber pasado la tarde con Emily en mi habitación, jugando a las peluquerías, me había mejorado el humor.

No obstante, me sentía triste.

Rick me había dado la idea de que llamase a mi madre, al menos para ese fin de semana, y lo cierto es que tenerla allí conmigo, me dio calma.

—¿Tan mala fue la conversación? —preguntó ella tras dar un sorbo de su limonada.

Era prácticamente la hora de cenar y había llegado hacía un rato. La había recogido en la parada de autobús, aunque quedaba a quince minutos andando de nuestra casa.

—Billy está imposible, aunque, la verdad es que a veces le entiendo. Supongo que la situación es difícil para todos.

Mi madre suspiró.

—Suerte que estaba Rick aquí y...

—¿Rick?

Asentí.

—Fue quien me dio la idea de llamarte.

—Ese chico es un cielo. Os ayuda mucho, ¿no?

Sonreí sin querer.

—Sí, la verdad es que sí. Es el sobrino de Earl Carter, el casero.

—Pues, hija, ahora porque estoy yo, pero me alegro de que él esté por aquí cerca para acompañaros.

—Hace unos días me propuso salir a cenar.

Mi madre abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

Asentí un tanto melancólica, recordando aquel momento.

No solo era guapo, también nos había ayudado como el que más durante el poco tiempo que llevábamos allí.

Notaba la química, aunque me hiciera la tonta, pero ya sabes mi motivo para no tener ningún romance ni encuentro sexual, no fuera a ser que me enganchara a él cual droga dura.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó mi madre interesada.

Has de saber que mi madre era la mujer más marujona que había en la tierra.

—Pues... —titubeé.

—Ay, nena, no me tengas en vilo.

—No le dije nada porque vino Emily llorando contando que su madre no vendría en el tiempo acordado —dije seria, bajando la mirada hacia mi vaso de limonada, después hice una mueca.

Mi madre resopló.

—Esta hija mía, no sé qué va a ser de ella... —se lamentó hablando de Hannah.

—Supongo que está haciendo lo que el cuerpo le pide, lo que le necesita. —Me encogí de hombros.

—Ha aguantado mucho, también.

—Lo sé, mamá, por eso hago esto, por eso no quiero desviar mi... —dudé unos instantes— atención, por eso no quiero quedar a solas con Rick.

Mi madre entrecerró un tanto los ojos, estudiándome.

—Tienes miedo.

Y no fue ninguna pregunta.

Parpadeé varias veces.

—¿Cómo dices?

—Has visto algo en Rick, algo que no han tenido tus otros... ¿cómo se dice? Amigos de cama. Solté una carcajada.

—¿Amigos de cama? —pregunté, pizpireta—. Mamá, por favor.

—¡Hablo en serio! —exclamó ella—. Pero no te desvíes de la conversación.

—No lo hago.

—Sí —insistió ella—. Queda con Rick Carter.

—¿Qué?

«Estás flipada, mamá».

—¿Cómo voy a quedar con el fortachón? —le pregunté casi asustada.

—Uy, el fortachón, dice. —Se llevó la mano a la boca, riéndose maliciosa.

—Es que tú no lo has visto —le recriminé, también riéndome.

—No me hace falta, cariño, te brillan los ojos al hablar de él.

«¿Qué está diciendo mi madre la cotilla?»

—No es cierto.

—Sí lo es. Ese Rick Carter tiene algo que te está rompiendo los esquemas. Ay, te conoceré yo a ti, pipiola, que te he parido.

«Maldita».

—Mamá, no sé....

—Queda con él, te digo.

—No puedo dejar a Emily y a Billy y...

—Nena, estoy aquí —posó su mano sobre mi brazo de manera cariñosa. Tenía la palma caliente y ese calorcito se me coló dentro—. Queda con él, conócele más.

«Pero no quiero distraerme con eso, sé que puede llegar a ser importante para mí y tengo que cuidar y estar con los niños», quise decirle.

No obstante, una parte de mí me recordó que, si estaba en esa situación, es porque Hannah jamás había pensado en ella, jamás se había dedicado un autocuidado.

No quería que a mí me pasara lo mismo.

—De acuerdo, le llamaré, a ver si no tiene planes.

Mi madre asintió, complacida.

—Esa es mi chica.

Me puse mi vestido camisero favorito y me enfundé en unas medias tupidas finitas y unas botitas sencillas de color negro y con el taconcito cuadrado.

Mi pelo rubio cayó en onditas naturales por mi espalda y di el último retoque a mis labios con *gloss* un minuto antes de que Rick tocara al timbre.

Bajé las escaleras cual colegiala hormonada, aunque, lo juro, quise controlarme todo lo

posible.

Tenía claro que a aquella noche no pasaría nada entre nosotros, porque solo quería conocerle, hablar con él, saber sobre su vida de una forma más honda.

—Vaya —se sorprendió al verme bajar las escaleras, esperando en la puerta —, estás radiante.

Sonreí.

—¿Te apetece pasarlo bien? —preguntó, después sonrió y me tendió la mano.

Mi madre y Emily, las muy cotillas, observaron desde la cocina aquella escena, ambas con las manitas juntas sobre el pecho y una sonrisilla que auguraba sus mejores deseos para mí pintada en la cara.

—Claro —contesté.

En ese momento no tuve ni idea de que ahí empezaría todo, de que ahí empezaría a comprender lo que era el amor, lo que era querer tanto a alguien como para desear estar a su lado para siempre.

Capítulo 16

—¿Te gusta la cerveza? —me preguntó tras abrir la puerta del asiento del copiloto de su coche todo terreno.

Aquella vez me había recogido él y no usaríamos la camioneta de papá.

Menudo cochazo, por cierto. No sabía yo que ser leñador daba tanto de sí, aunque, visto lo visto, ahí tenía la prueba, por lo que comprendí que, cortar leña no solo le proporcionaba a Rick aquellos brazos de infarto, como tampoco esa tabletita de chocolate en la que bien se podrían rallar tomates, sino también una estabilidad económica en aquel pueblecito.

No obstante, el fortachón debía hacer deporte. Aquel cuerpo era demasiado perfecto para ser genética, más que nada porque Earl Carter tenía una barriga en la que podías poner latas de cerveza encima mientras te repantingabas en el sofá.

—Por supuesto, la duda ofende —le dije.

Y él sonrió.

—Te he traído a la mejor taberna del pueblo.

—¿Quieres emborracharme? —le pregunté levantando las cejitas repetidas veces.

Se rio a mandíbula abierta y un pequeño latigazo de placer me recorrió el bajo vientre.

—Quizá —dijo.

—Quizá —repetí.

Dos jarras de cerveza después que, por cierto, eran enormes, sabía bastantes cosas de Rick y me sentía muy, muy cómoda charlando con él.

—¿Crees que es el momento de que pidamos las hamburguesas? —preguntó.

—¿Hamburguesas?

—No sé tú, pero yo tengo hambre —dijo con la boquita pequeña.

No pude evitarlo y se me escapó una carcajada.

—¿Qué?

—Nada —le dije llevándome la mano a la boca—. Me has parecido adorable, eso es todo.

«Estás hablado demasiado, linda».

Me mordí la lengua, literal.

Que Rick me gustaba, era un hecho. Que me hicieron falta dos jarras de cerveza gigantes para admitirlo en mi interior, también.

Quizá mi madre tenía razón y me merecía aquella cena, aquellas cervezas, aquella cita.

—De acuerdo, pidámoslas —accedí y él asintió con la cabeza.

Después levantó la mano y le hizo señas al camarero para que viniera a tomarnos nota.

—Para mí una hamburguesa grande completa, pero quítale el tomate. Y doble de queso, gracias—. Lottie, ¿tú?

—Lo mismo para mí, pero no le quites el tomate —dije al camarero.

Después le guiñé el ojo a Rick.

Observé aquel lugar, sentados en sendos barriles de cerveza enormes y costumizados para que

hicieran de asientos.

La decoración era la típica de una taberna de antaño, todo a madera.

—¿Te gusta el sitio?

«Me gustas tú», pensé, pero no lo dije, claro.

—Sí, me gusta mucho. —Sonreí—. No me has hablado de tu familia. ¿Desde cuándo vives con Earl?

Carraspeó, se puso serio y no supe en qué versión de él estaba más atractivo.

—Bueno, lo cierto es que —carraspeó de nuevo— mi padre nos abandonó a mi madre y a mí cuando era pequeño. Y ella... bueno, ella murió poco tiempo después, estaba enferma.

Entreabrí los labios, no estaba segura de qué palabras elegir para que salieran de mi boca.

No me lo esperaba. Eso no.

—Fue entonces cuando mi tío Earl se hizo cargo de mí, todavía no era mayor de edad cuando sucedió aquello.

El camarero puso las hamburguesas ante nuestros ojos y, a pesar de la pinta tan exquisita que tenían, no pude evitar que la imagen del rostro de Billy apareciera en mi cabeza, quitándome así un tanto el apetito.

Sus historias no eran idénticas, pero sí muy parecidas y de algún modo se me encogió el corazón.

—Te has quedado muy seria —comentó tras dar un bocado a su hamburguesa al ver que no contestaba.

Yo todavía no había probado la mía.

—Es que...

—¿No te gusta la hamburguesa? Ni siquiera la has probado. Todo eso está... superado, no te preocupes.

—No, no es eso —dije cogiendo la hamburguesa con mis manos—. No he podido evitar pensar en Billy.

—¿Qué tal está?

—Pues... mal.

—Sinceramente, creía que nunca me darías la oportunidad de estar contigo a solas, sé que vuestra situación es un poco difícil.

Tragué el trozo de hamburguesa que estaba masticando. Lo cierto es que estaba muy, muy rica, de las mejores que había probado.

Parecía que el ambiente que se había creado cuando Rick me había hablado de su familia, se había destensado un tanto y me permití relajarme, cosa que mis cervicales, últimamente muy cargadas del stress, agradecieron.

—Precisamente por eso no supe qué decirte cuando me lo pediste.

Sonrió, picarón.

—¿Qué ha cambiado? Acabas de decirme que Billy está mal.

—Bueno, tuve que llamar a mi madre, surgió un problema y...

—¿Un problema? ¿Qué problema?

Le miré unos instantes antes de contestarle.

—¿Por qué nos has ayudado tanto desde el principio? —le pregunté achinando un tanto los ojos.

Aquello era una incógnita que desde que le vi por primera vez, donde fui una idiota, por cierto, porque ni siquiera supe reaccionar, tenía en la cabeza.

¿Por qué Rick Carter nos ayudaba tanto?

Carraspeó de nuevo.

—Bueno, mi tío suele enviarme siempre a solucionar los problemas de la casa. Él ha estado

muchos años al frente, pero desde hace algunos, soy yo quien se encargar de estar al servicio de los inquilinos.

—Ajá.

—Me envió para revisar tu camioneta y entonces te vi.

Arrugué el ceño.

—Ya sé que hice el ridículo.

Reprimió una carcajada.

—Ridícula, pero preciosa.

Me mordí el labio y bajé la mirada avergonzada, sintiendo mis mejillas arder.

«Pero, niña, ¿qué te pasa?».

—Como todas las inquilinas, supongo.

—Créeme, no me he fijado nunca en ninguna inquilina. No miento, Lottie, no me gustan las mentiras —dijo muy serio.

—No has respondido a mi pregunta —dije en un susurro.

—Tú tampoco me has hablado del problema que te surgió —me recordó.

—¿Me cuentas y te cuento?

Sonrió como esas veces que se sonríe sin querer al tiempo que daba otro bocado a su hamburguesa.

Después dijo:

—¿Cómo te lo explico sin poder besarte?

¿Cómo explicarlo? Nunca había tenido citas. Con citas me refiero a encuentros que no fueran solamente para *frungir*.

Entiéndase ese vocablo como realizar el acto sexual.

Pero aquel encuentro con Rick Carter sí me había parecido una cita. Porque le conocí, me conoció, hablamos, reímos, le hablé de Billy y lo que había sucedido, me habló de posibles soluciones, me habló de eso que sintió al verme que ni siquiera él sabía lo que era.

¿Sentiría lo mismo que yo? Si así era, desde luego, él no lo había negado desde el principio, al contrario de mí.

Recordamos mi dedo herido y volvió a mí el recuerdo mojado de su lengua en mi piel.

Y así pasó el tiempo hasta que decidimos volver a casa.

No hubo beso, pero tampoco me hizo falta, porque sentí una energía especial en el ambiente, en la brisa fresca de septiembre que corría entre nuestros cuerpos, en el brillo de sus ojos, en la calma de los míos al mirarle.

No hubo beso, no fue necesario para conectar.

No hubo beso, pero me di cuenta de que Rick sentía algo verdadero por mí después de lo que pasó.

Sigue leyendo, no tiene desperdicio ninguno.

Capítulo 17:

¿Has tenido alguna vez un ataque de ansiedad? Es algo así como una sensación de opresión en el pecho, como si una losa se posicionara en tu esternón; te tiemblan las manos y las piernas y es probable que se te duerma alguna extremidad o parte de la cara.

He de confesar que nunca había sentido nada parecido y me asusté.

Sucedió de vuelta a casa, cuando Rick me llevaba en su todoterreno después de aquel magnífico encuentro.

Reconozco que Billy no se me quitaba de la cabeza y tuve un momento de saturación mental pensando en él y en cómo podía sentirse, en cómo podía yo hacer que se sintiera bien, cómo podía ayudarlo.

Hasta que mi cerebro decidió que no podía más y ordenó que el stress de aquel momento saliera por otro lugar, en forma de ataque de ansiedad.

Mi miedo a morir en aquel instante, porque es literal que sientes que te vas a morir en cualquier momento, me provocó más pánico y no sabría decirte en qué momento comencé a ver borroso y a escuchar la preocupada voz de Rick preguntándome si me encontraba bien más lejana de lo normal.

Lo último que recuerdo es su mano sobre mi hombro y mi cabeza caer colgada hacia delante.

El segundo sábado del mes de septiembre me desperté en el hospital, aunque yo al principio no sabía muy bien dónde me encontraba, pues estaba un tanto desorientada.

Abrí los ojos tanto como pude, ya que todavía tenía las pestañas cubiertas por la máscara negra de maquillaje.

Parpadeé varias veces y en un principio solo vi paredes blancas y ojos de buey en el techo de aquella habitación que olía a desinfectante.

Entonces le vi, Rick dormitaba en un sillón de cuero marrón desgastado. Tenía un libro abierto sobre el pecho y la cabeza echada hacia atrás.

—Rick —le llamé en un susurro.

Sentía la boca pastosa y tenía sed.

Una vía de alguna especie de suero estaba inyectada en mi brazo derecho y me impedía levantarme, aunque lo cierto es que también notaba el cuerpo bastante pesado. Seguía teniendo sueño.

No recordaba bien del todo lo que había sucedido ni por qué, tan solo que Rick estaba a mi lado.

Enderezó la cabeza de forma rápida e hizo una mueca acto seguido, llevándose una mano a la nuca.

—Cuidado —le susurré.

—Lottie —dijo llegando a mi lado rápidamente—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, solo tengo sed —le contesté atusándome la melena rubia.

—Espera un segundo.

Diligente, abrió un botellín de agua mineralizada e introdujo una pajita para que pudiera beber cómodamente.

Me lo acercó a la boca y sentí el frescor del líquido. Un par de traguitos y ya no quise más.

—¿Qué hago aquí? —le pregunté.

—¿No recuerdas nada?

—¿Tuvimos un accidente o algo así?

Él negó con la cabeza.

«No entiendo nada».

—Me diste un susto de muerte, Lottie —me dijo agarrando mi mano.

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Comenzaste a hiperventilar y después te desmayaste. Yo conducía y no sabía qué hacer ni cómo atenderte, por lo que te traje aquí —me explicó.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—El médico nos dijo que fue un ataque de ansiedad bastante fuerte.

—¿Ansiedad? —pregunté perpleja.

Era cierto que estaba un poco nerviosa con la situación y todo eso, pero...

Rick asintió con la cabeza.

—Te administró unos tranquilizantes, no es nada grave, pero tienes que trabajar en ello para que no te afecte. Delegar más, ya sabes... dejarte ayudar.

Asentí con la cabeza porque no supe qué decir.

—Lo cierto es que nos asustamos mucho.

—¿Nos?

—Billy está fuera.

—¿Billy? ¿En serio?

Rick asintió y una sonrisa apareció en sus labios. Supe en aquel instante que me había perdido algo, que algo tramaba el fortachón.

—¿Por qué sonrías así? ¿Qué me ocultas?

—¿Te gustaría hablar con él? —preguntó.

—¿Con Billy?

Asintió con la cabeza y me encogí de hombros.

—Si él quiere.

—Espera aquí.

«Sí, claro, voy a irme súper lejos», pensé con ironía.

La verdad es que en el transcurso de los segundos en los que Rick salió a buscar a Billy, me quedé pensativa, cavilando sobre el tema de conversación que se avecinaría con mi sobrino.

¿Qué había cambiado? ¿Era posible que lo que me había sucedido fuera más grave de lo que Rick me había contado?

«No te montes pelis», pensé.

—Hola, tía Lottie —dijo Billy una vez Rick estuvo de vuelta junto a él.

—Os dejaré a solas. —Rick me guiñó un ojo y cerró la puerta suavemente.

—Ey, ¿qué pasa? —le pregunté con un esbozo de sonrisa en mi rostro, después le alboroté el pelo de forma suave.

Se había sentado a mi lado y estaba cabizbajo.

No voy a mentir, todavía me dolía la última contestación que me dio, aquel comportamiento

tan agresivo no quería ni podía tolerarlo, pero en aquel momento lo vi demasiado vulnerable y, aunque todavía no sabía la razón, me ablandó un poquito el orgullo.

—Yo... —dudó, y entonces dos gruesas lágrimas emergieron de sus ojos.

—Billy, ¿qué pasa? ¿Es la abuela? ¿Emily? ¿Ha llamado tu madre? Dios mío, tengo que ir a casa.

Juro por la Diosa que en aquel momento a puntito estuve de quitarme la vía del suero ese que no sabía ni lo que era, levantarme y quitarme aquel camión que dejaba al aire mi panderito y salir de allí pitando hacia mi casa.

—No, tía Lottie, ¿qué haces? Túmbate —me dijo empujando suavemente mis hombros para que volviera a recostarme, pues me había incorporado un tanto—. El médico ha dicho que si estás tranquila iremos a casa en un rato.

Puse los ojos en blanco, yo no valía para ser enferma. Ni ama de casa. Eso tampoco. Ni madre.

«Bueno, vale ya, me están subiendo de nuevo las pulsaciones y si no me calmo no salgo de aquí».

—De acuerdo —dije intentando tranquilizarme.

Billy asintió y, para mi sorpresa, me agarró la mano.

—¿Qué pasa entonces?

—Tú —me contestó sin mirarme a los ojos, cabizbajo de nuevo.

—¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

—Tengo la culpa de que te haya sucedido esto —dijo, y esta vez sí me miró a los ojos.

Anda, que menuda cara de panda tendría, seguro.

—¿Qué? Billy, eso no es cierto.

—Siento mucho las cosas que te dije y que el cuadro se rompiera.

—¿Que el cuadro se rompiera...? ¡Billy, el cuadro me da igual! —exclamé.

—No te alteres, tía Lottie.

—Es verdad, es verdad. Joder, qué difícil es esto —me quejé llevándome la mano a la frente.

—Jolín —me corrigió.

—¿Lo ves?

Él reprimió una risita.

—A ver, Billy, es una situación distinta y difícil para todos. Cada uno tenemos nuestro proceso de aceptación de las cosas.

—Eso me ha dicho Rick.

—¿Rick? ¿Has hablado con él?

—¿Sabías que a él también lo crio su tío?

Sonreí.

—Sí, claro que sí.

—¿Te gusta?

—¿Rick?

Asintió.

—A mí sí me gusta para ti.

Chasquéé la lengua contra el paladar.

—No seas como mi madre, no quieras que me case ya, así, de buenas a primeras.

Se rio.

—Solo digo que te cambia la cara cuando lo ves.

Sonreí, melancólica, recreándome en aquella cena, en sus ojos y sus labios.

—Bueno, ese no es el tema de conversación. ¿Qué te ha dicho?

—Solo me ha recordado todo lo bueno que tengo.

—Billy, cielo, entiendo que echas de menos a Hannah. —Agachó la cabeza de nuevo—. Te prometo que estoy haciendo las cosas de la mejor forma que sé.

—Lo sé y ahora lo he entendido. Mi madre no está, en cambio tú sí y... de alguna forma me siento mal por no haberme portado como debería.

Me mordí el labio y apreté su mano.

«No llores, no seas blandita».

—Solo quería pedirte perdón, la mayoría de veces no pienso en realidad lo que digo.

Asentí.

—Entonces piensas que molo, ¿a que sí? —le pregunté alzando las cejitas repetidas veces.

Billy hizo una mueca.

—Tampoco te pases.

—Ven aquí, anda.

Le abracé fuerte y él me correspondió.

—¿Cuándo va a venir el medicucho ese? Quiero irme a casa, estoy perfectamente.

Billy puso los ojos en blanco.

—Llamaré a Rick, seguro que lo sabe.

Horas después, bastantes, por cierto, prácticamente cerca de la hora de cenar, me dieron el alta. Querían cerciorarse de que verdaderamente mis pulsaciones estaban en orden y de que los calmantes habían hecho su papel.

Me recomendaron una vida más tranquila que la que llevaba y que me tomara en serio el notarme más nerviosa de lo normal para bajar el ritmo y pedir ayuda si lo creía necesario.

Por una parte, sabía que tenían razón, pero por otra también tenía muy claro cuál era mi realidad y no podía delegar mis responsabilidades en cualquier otra persona así porque sí.

No obstante, tenía que intentarlo.

Aquel día, a pesar de todo, fui feliz, pues nada más llegar a casa, me aguardaba una sorpresa.

Capítulo 18

—¡Tía Lottie! —Emily corrió hacia mí y se abrazó a mi cintura como si fuese un monito.

—¡Ey, piojo! —exclamé y me arrodillé, poniéndome a su altura—. ¿Qué me cuentas? ¿Todo en orden?

Asintió sonriendo.

—*Anastasia* se ha comido todo el grano, incluso le ha robado un poco a sus hermanas y la abuela ha estado limpiando.

—Ah, mira qué bien.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—No vuelvas a irte, por favor. Esto sin ti es un poco desastre. Suerte que estaba la abuela —me susurró al oído para abrazarme después.

Sonreí al sentir su pequeño cuerpecito pegado al mío al abrazarme como si fuera un koala.

—No te preocupes, ya estoy aquí —le susurré al tiempo que le acariciaba el cabello.

Mi madre esperaba en la puerta de la casa, con un pañuelo entrujado entre los dedos de su mano derecha. Ella, que siempre fue muy dramática.

—Mamá, que estoy bien —le dije cuando llegué junto a ella, enganchándome a su cuello en un abrazo.

—Ay, hija, yo pensaba que era que el fortachón te había empalado demasiado fuerte en esa cita.

Abrí los ojos tanto, que se me quedaron como platos.

—¡Mamá! —exclamé, roja como un tomate.

Emily me estiró de la camiseta.

—¿Qué es empalar?

Me llevé la mano a la frente.

—¿Cómo no voy a tener stress con esta familia?

Suerte que Rick se había quedado un poco rezagado mirando la suspensión de su coche.

—Tenemos una sorpresa para ti —me dijo Emily muy contenta.

—¿Una sorpresa? ¿Cuál?

Terminamos de cenar hinchados como pavos. Mi madre y Emily, con la ayuda de Billy, que había vuelto a casa del hospital justo después de hablar conmigo en la furgoneta de Earl, el casero, habían preparado la cena en el jardín.

Suerte que guardamos una mesa rectangular portátil debido a que estaba en buen estado cuando hicimos la limpieza.

Entre los tres la habían sacado al jardín, lo habían decorado con algunas cintas de colores que ondeaban con aquella brisa que presagiaba el otoño, y habían llenado la mesa con deliciosos manjares que había preparado mi madre para cenar.

Pastel de carne, boniatos asados, ensalada de tapioca tarta de arándanos y ganchitos, los

ganchitos de queso no podían faltar en aquella casa.

Rick cenó con nosotros y no mentiré si digo que me asustaba la facilidad con la que se había metido en mi vida, en nuestras vidas.

Su capacidad de adaptación y también la mía a él y su compañía.

Decían que me cambiaba la cara cuando le veía, pero lo cierto es que me asustaban más los vuelcos que me daba el corazón cuando rozaba mi mano o agarraba mi cintura al caminar juntos.

Por no hablar de las palpitaciones de mi pepitilla al recordar cómo lamió la sangre de mi dedo herido por el rosal.

Me tendió el palito de madera con un par de nubes ensartadas que acababa de sacar del fuego de la pequeña hoguera que prendió Billy por petición de Emily en una carretilla vieja.

Y todo me pareció maravilloso; espléndido a pesar de tener a Hananh lejos.

A pesar de que sus hijos la echaban de menos y yo tenía que lidiar con aquel sentimiento que, de alguna manera, se volvía contra mí.

A pesar de que por su necesidad de encontrarse en paz y curarse, nosotros estuviéramos en aquella situación que tampoco era tan mala, solo diferente, capaz de hacer que nos adaptásemos a cualquier circunstancia, pero unidos.

Y me lo pareció así porque realmente así lo era. Porque, pensándolo bien, ¿qué tenía de malo aquella situación?

Hannah estaba donde quería estar.

Mi madre nos acompañaba para ayudarnos aquel fin de semana.

Emily y Billy habían aprendido a quererme, me habían conocido más y yo a ellos. El sentimiento era recíproco.

Con Rick podíamos contar en cualquier momento, para cualquier cosa y me estaba proporcionando cosas, sin siquiera haberme besado, que ningún tío con los que había *frungido* —te acuerdas del significado de esa palabra, ¿no? —me había dado.

Insisto, en momentos me aterraba lo rápido que había ido todo, cómo de deprisa me había acostumbrado a su presencia.

Y yo, bueno...

Yo, por mucho que me las diera de mujer libre y solitaria, supongo que de alguna forma también había llegado a sentirme sola en ocasiones, cuando vivía en mi mini piso de la ciudad.

Así que, sí, todo era genial.

Los primeros acordes de *Castle on the hill* me sacaron de mi ensimismamiento y Billy reprimió una risita al tiempo que sus dedos volaban sobre las cuerdas de su guitarra.

Sí, algo de Billy que descubrí en aquel mes que llevábamos conviviendo fue que tocaba la guitarra muy bien, aunque él no quisiera reconocerlo.

Observé a mi madre asentir, como si hacerlo le diera fuerzas a Billy para seguir tocando.

Rick acarició mi muslo desnudo. Me había cambiado de ropa y aseado nada más llegar del hospital y llevaba pantalón corto y zapatillas *Converse* de color blanco con una camiseta ancha y rosa en la parte de arriba.

Casi me estremecí por el contacto por su mano ruda de trabajar cortando leña.

La miré y después subí mi mirada hasta sus ojos azules.

Supe que estaba perdida, que ni Ed Sheeran podría escribir nunca una canción tan bonita como lo que Rick Carter me hacía sentir dentro.

—No sabía que a Billy le gustaba Sheeran —dijo Rick una vez todo estuvo recogido.

Mi madre se había metido dentro de la casa con mis sobrinos, pero yo todavía tenía ganas de

respirar aire fresco.

Me encontraba cansada, pero necesitaba ese espacio de tiempo ahí fuera para mí, junto a él, porque no quiso marcharse todavía.

Se sentó a mi lado en aquel banquito de mimbre del porche para acompañarme.

—Yo tampoco —reconocí con una sonrisa.

Él reprimió una carcajada.

—¿Qué? —pregunté, mordiéndome el labio.

Le observé desviar la mirada de mi cara y arqueé una ceja.

—¿Por qué no me miras?

—Porque si vuelves a hacer eso, me volverás loco.

Me reí.

—¿El qué?

—Morderte el labio de esa forma.

Volví a hacerlo, toda provocativa, porque así era yo, jugar con fuego siempre me había gustado, aunque sabía que podría quemarme mucho con Rick Carter.

—¿Así? —le pregunté.

Él negó con la cabeza, riéndose.

—Eres malvada.

—¿Por mordirme el labio o por no saber que a Billy le encanta Ed Sheeran hasta hoy?

—Supongo que por las dos cosas —dijo cogiendo la manta fina que había sobre el sillón y poniéndola sobre mis hombros—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —dije asintiendo con la cabeza—, tan solo fue un susto.

—Una advertencia, diría yo —apuntó él.

—Supongo que tienes razón —le dije encogiéndome de hombros.

—¿Me pedirás ayuda? —me preguntó muy serio, mirándome de frente.

Le aguanté la mirada sin saber muy bien qué contestarle porque, ¿pedirle ayuda qué implicaba exactamente?

Además, tampoco quería cargarle con las mochilas que tenía en mi vida.

—No sé qué implica pedirte ayuda.

Ahora el que tardó en contestar fue él.

Me agarró la mano y se pegó más a mí. Tanto, que no existía espacio entre los dos y la manta nos cubría perfectamente.

—Implica lo que tú quieras —me susurró.

—Nunca... —dudé, carraspeando.

—¿Nunca? —repitió él.

—Nunca nadie me había hecho sentir así.

—¿Eso es malo?

—No lo sé, a veces me da miedo.

—¿Miedo?

Asentí.

—¿A qué?

—No lo sé, supongo que a ser dañina o que me hagas daño tú a mí.

—Nunca haría nada que pudiera hacerte daño, Lottie. Cuando... —se humedeció los labios con la lengua— cuando te vi desmayarte a mi lado, en mi coche, sin que yo pudiera hacer nada porque tenía que estar pendiente del volante y de la carretera, casi se me sale el corazón por la boca.

—Lamento haberte asustado, de verdad, no era mi intención.

—Lo sé —sonrió—, pero me asusté y mucho, además. Pensé... no sé, lo peor y me cagué vivo.

Tragué saliva, le miré los labios, sentí mi corazón dar un vuelco y no por stress.

—No sé cómo ha podido pasar, pero...

—¿Pero?

—... creo que te quiero, Lottie.

Me mordí el labio sin querer, como por inercia, como si de esa forma pudiera controlar mi desbocado corazón.

—Te lo advertí antes, Charlotte —dijo antes de estampar sus labios contra los míos e indagar con su lengua dentro de mi boca.

«¡Wow! Fuegos artificiales, música celestial, diversión, pajaritos».

Capítulo 19

Las dos últimas semanas de septiembre no fueron fáciles, pero pronto nos encontramos en octubre y las hojas de los árboles cayeron como el otoño, el cual nos trajo cambios que tuvimos que asumir como, por ejemplo, que mis sobrinos estuviesen matriculados en los centros de estudios más cercanos a nuestro nuevo hogar porque, aunque el proceso de matriculación fue algo complicado, lo conseguimos gracias a la ayuda de mi madre y de Rick, aunque Billy, como ya sabes, no estuviera demasiado de acuerdo.

Pero, ah, mi cielo, aquí no podemos estar de acuerdo en todo, ¿verdad? Había que aguantar el chaparrón como sea.

Emily se adaptó genial, a los tres días ya me estaba preguntando si podía traer a casa a una tal Jane para enseñarle a *Anastasia* y jugar cerca de la charca con la tortuga *Amy*.

Pero, Billy, bueno, era otro cantar.

Le costaba, porque era tímido y porque tampoco estaba de acuerdo en aquella decisión.

No obstante, parecía estar más abierto a compartir sus inseguridades con nosotros.

Por otra parte —sé que estás deseando que llegue a este punto—, Rick pasaba bastante tiempo en casa.

Aquel beso que nos dimos en el banquito del porche supongo que me hizo terminar de tomar la decisión. Una decisión que estaba en mi cabeza casi desde que nos conocimos aquel día, cuando hice la idiota.

¿Cómo podría explicártelo? Durante ese mes pasando tiempo con él sin que sucediera nada entre los dos, conteniendo nuestras ganas y nuestros deseos, supongo que aprendí que el amor se forja así, a fuego lento.

¿He dicho amor?

Efectivamente, *Mari*.

He dicho amor, porque quería a Rick, sí, y también me sentía querida por él. Al menos apreciada, desde el primer momento en el que estuvo dispuesto a ayudarme.

En cuanto a mi trabajo, mi jefa no estaba tan descontenta conmigo como yo había supuesto en un principio, antes de llegar allí, cuando pensaba que no tendría prácticamente tiempo para dedicar a las traducciones con dos niños.

Pero, para ser más exactos, Emily tenía ocho años y Billy, dieciséis, por lo que la verdad es que me daban bastante tregua, al menos cuando empezaron de nuevo a estudiar.

De cualquier modo, aprendí que el tiempo se puede organizar y gestionar y que podía sacar ratitos para mí sola y darme un baño con aroma a lavanda siempre que quisiera, por ejemplo.

O, también, pasar tiempo con Rick a solas.

Dedicaba las mañanas a trabajar, cuando estaba sola, tiempo que él también empleaba en cortar leña, pero, algunas veces, se presentaba en mi casa y me cortaba la rutina.

Y el aliento.

Y carbonizaba mis bragas.

Y formaba una catarata naciente de mi chirivía.

Como aquel día, a mediados de octubre, cuando apareció sudoroso con una camisa roja de cuadros y unos tejanos largos.

Tenía las manos ásperas, como siempre, pero aquel día me lo parecieron más que de costumbre y, llámame masoquista, pero me gustó.

—¿Rick? —pregunté desde la puerta, cuando la abrí para recibirle, aunque no le esperaba.

—He hecho un descanso —dijo entrando al recibidor de mi casa.

Me reí, ya sabía yo lo que significaban sus descansos.

—Pareces cansado, tengo limonada en la nevera.

Asintió con la cabeza, se deshizo de la camisa roja y se secó el sudor de la frente con el gurrúño que hizo con ella.

—¿Qué tal tu día?

—Estoy harta del italiano, prefiero mil veces traducir al francés.

Asintió con la cabeza.

Que supiera italiano me abría más puertas, pero lo cierto es que me gustaba más trabajar con el francés o con el inglés. Incluso el español.

Era lo que tenía saber idiomas, siempre se me habían dado muy bien.

¿No te lo había dicho? Uy, pues lo hago ahora.

—Así que, prefieres el francés —dijo con una sonrisa ladeada, mirándome fijamente.

Me mordí el labio, desviando su mirada y riéndome.

—¿A qué has venido tú? —le pregunté acercándome, él sentado en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

—Ya te lo he dicho —me cogió de la cintura—, estoy haciendo un descanso.

Me sonrió con picardía y yo posé mis manos sobre sus hombros.

—¿Seguro? —le pregunté acercando mi rostro al suyo.

Rocé mi nariz con la suya de forma sutil repetidas veces, después asintió con la cabeza.

—¿Has terminado tu limonada? Deberías volver al trabajo, entonces —le dije, malvada.

Me separé un par de pasos de él, distanciándome y dejando a sus hombros desnudos de mis manos.

Se levantó acto seguido y cogió mi mano para atraerme hacia sí.

—De eso nada.

Me comió la boca, literalmente. Rick solía besar así cuando estaba excitado y, por lo que parecía, aquel día lo estaba mucho, así que no tardó en ponerme a tono, tal y como él estaba.

Jugueteó con mi lengua y saboreó mis labios mientras subíamos las escaleras hasta mi habitación.

Una vez allí despojamos el colchón de mi ordenador portátil —aquel día me había apetecido trabajar en la cama—, como también del diccionario de italiano que descansaba a su lado, junto a un par de folios garabateados y un bolígrafo de color azul.

Me tumbó sobre la cama y me sacó los pantalones de forma rápida. Iba descalza, así que los calcetines no tardaron en caer al suelo también.

Después se acostó sobre mí y manoseó mis pechos, pellizcando los pezones de vez en cuando, sorteando la copa del sujetador.

Toqué su miembro sobre el pantalón tejano, estaba duro, muy duro. Gordo. Grande. Esperándome.

Se levantó entonces de forma abrupta y sentí frío cuando lo hizo.

Se quitó entonces la camiseta blanca, toda sudadita que llevaba bajo la de cuadros rojos que se había quitado en la cocina y se despojó también de los pantalones, los calzoncillos y los

calcetines.

«Ay, Dios mío, qué rico, Dios mío».

Ahí estaba. Expectante, húmeda y preparada para mí. Lo cierto es que aquella polla me había dado mucho, mucho placer.

—Quítatelo todo, Lottie, por el amor de Dios.

Le hice caso, le hice caso porque me moría porque me mordiera mis pezones, deseosos de su lengua y su boca.

Volvió de nuevo a la posición de antes, no obstante, se quedó más abajo, a las puertas de mi sexo, mis piernas abiertas para él.

Comenzó a lamer mi clítoris y a introducir sus dedos en mi interior, sacándolos y metiéndolos al compás de su maravillosa lengua, haciendo virguerías en todos mis bajos.

Cerré los ojos, bueno, más bien se me pusieron del revés.

Otra cosa no, pero eso de comer el coño a Rick se le daba de miedo.

Sí, estoy hablando fatal, pero te lo estoy contando a ti, no hablando con mis sobrinos.

Un ratito después, cuando le pedí que parara porque si no, no aguantaría el asalto, pude cerrar mi mano en torno a aquel pene del demonio.

Sí, debería estar prohibido ser tan beneficioso para mí y tan bonito.

Lo masturbé durante unos segundos, pero no tardó en pedirme ponerse el preservativo. Quería empalarme y, para qué mentir, yo también, así que...

Deseo concedido, princesa.

Subió mis piernas sobre sus hombros y le sentí en lo más profundo.

Gemí muy fuerte y él cerró los ojos con fuerza.

Me pegó una cachetada en la nalga derecha que me hizo volver a gritar.

—Dios... cómo me pones.

Comenzó aquel ritmo frenético que me llevaba al cielo.

Apretaba mis muslos con sus manos grandes y fuertes y no paró ni un segundo para descansar hasta que los dedos de los pies se me contrajeron como garras, me desgañité en gemidos y mi vagina se contrajo del gustito.

Unas cuantas embestidas más bastante más suavitas que las anteriores hasta que él terminase y...

—Ha sido increíble —dijo echándose bocarriba a mi lado, sonriendo.

Me giré hacia él y le miré.

La respiración agitada, la frente perlada de sudor, los ojos azules cerrados, la boca entreabierta, respirando.

—Rick...

—¿Mmm?

Pasé mi dedo índice por su labio inferior y abrió los ojos suavemente.

—Te quiero mucho.

«Pues ya está el lio *liao*'».

Me miró, se acercó a mí y me besó con pasión de nuevo.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Lottie.

Supongo que fue ahí cuando el destino se marcó un tanto.

Capítulo 20

La situación del capítulo anterior, como ya sabes, se repetía con asiduidad.

Aunque la mayoría de veces que Rick y yo hacíamos el amor...

Uy, hacíamos el amor, cuidado. Eso yo no lo había hecho en mi vida, madre mía, dónde me había metido yo.

En fin.

Bueno, el caso es que la mayoría de veces que Rick y yo teníamos sexo era por las noches, cuando se quedaba a dormir en mi camita los fines de semana.

No obstante, como he dicho, aquellas situaciones también se repetían de forma asidua y cuando llegó la siguiente, un polvo maravilloso en la bañera, por cierto, mi teléfono móvil sonó estridente entre nuestra ropa, tirada en el suelo.

Aparté mi tanga rosa para cogerlo y me extrañó, por lo que arrugué el ceño, ya que el número de la llamada entrante era desconocido para mí.

—¿Quién es? ¿Hannah? —preguntó Rick saliendo del baño de mi habitación con una toalla blanca enrollada en la cintura.

Nos encontrábamos a principios de noviembre. ¿Ese hombre es que no tenía frío?

—No, lo cierto es que no conozco el número —le dije volteando el aparato para que él lo viera.

—Cógelo, no vayan a colgar.

Asentí con la cabeza y descolgué la llamada del número misterioso.

—¿Diga?

Fue entonces cuando todos los sudores me vinieron de golpe.

Minutos después, todo lo rápido que pudimos, nos vimos en la camioneta de papá, Rick al volante, pues yo me encontraba un tanto nerviosa para conducir, de camino al centro donde estudiaba Billy.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al director una vez nos vimos dentro de su despacho.

Billy tenía restos de sangre en la nariz y el chico, de su misma edad, que estaba a su lado, el labio partido.

—Lamento haberla llamado, señorita Green —dijo el director del instituto de Billy de forma amable—, pero lo he creído necesario.

Rick se acercó a Billy y le miró la nariz, cogiéndole la cara suavemente con ambas manos, pero Billy no tardó en zafarse de su agarre ladeando el cuello. Después se apartó a un lado con el ceño fruncido y la actitud hosca.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? —pregunté angustiada.

Miré a Billy, pero él no me devolvió la mirada, la tenía fija en las cordonerías de sus zapatos.

—Billy, ¿qué ha pasado? —le preguntó Rick amablemente.

—¿Ahora vas a ser tú quien va a hacer de padre? —le preguntó de forma despectiva.

Rick no se lo esperaba, por lo que abrió mucho los ojos y no dijo ni una palabra.

—¿Va a decirme ya qué es lo que pasa? —le dije al director exasperado.

—Billy se ha peleado.

—¿Cómo que se ha peleado? —le pregunté sin poder creérmelo—. Billy, ¿qué significa esto? Pero Billy no me contestó y, mira, casi que lo preferí. Preferí ese silencio insoportable a una contestación como la que le había dado a Rick.

—Se ha pegado con Peter —dijo el director señalando con la cabeza al otro chico.

—Pero ¿por qué? —insistí.

Hannah nunca había tenido problemas con Billy en el colegio ni tampoco en el instituto. Serían insoportables, pero mis sobrinos no eran agresivos, no al menos hasta que fuimos a vivir a las afueras.

Me martirizó de nuevo la idea de que fuese culpa mía, de que no estuviera haciendo las cosas bien.

Suspiré, aterrada.

—Eso no lo sabemos.

—Bien, de acuerdo —dije de forma nerviosa—. Billy, nos vamos a casa.

En aquel momento sí que me miró.

—¿Y las clases? —me dijo.

—He dicho que nos vamos a casa —dije de forma cortante.

Ninguno de los dos se atrevió a decir ni una palabra en lo que duró el transcurso del camino en la camioneta hasta llegar a casa.

Pero cuando llegamos, Billy bajó rápidamente y dio un portazo al salir.

Cerré los ojos con fuerza y apoyé la cara en el volante.

—Creo que no deberías consentir ese tipo de comportamientos.

Le miré.

—¿Qué?

—No puede tratar así a la gente por mucho que esté frustrado, Lottie. ¿Qué va a ser lo próximo?

—¿De qué vas, Rick?

—Solo te digo que la última vez que discutiste con él, te tuve que llevar al hospital por un ataque de ansiedad —dijo suavizando su tono de voz.

Tragué saliva, respirando, controlando la rabia que se estaba apoderando de mi cuerpo en aquellos momentos, pues me estaba molestando bastante que me dijera qué era lo que tenía que hacer cuando, desde mi opinión, él no tenía ni pajolera idea de lidiar con un adolescente.

—Está pasándolo mal, Rick.

—¿Y qué? Tiene que aprender a controlar sus emociones, no puede pagar su mierda con la gente de su alrededor. Contigo. ¿Qué hará? ¿Levantarte la mano?

Abrí mucho los ojos, mirándole, alucinada.

—¿Qué estás diciendo, Rick? ¿De qué mierda hablas? No tienes ni idea... —le dije.

Él me miró.

—¿Has visto cómo me ha hablado en el despacho de su instituto? ¿Cómo te hablará a ti cuando entres en casa? No sabes controlarlo, Lottie, y se te va a subir a la chepa, una vez más.

Resoplé, estaba a punto de colmar mi paciencia. ¿Quién se creía que era para decirme lo que tenía que hacer? ¿Quién se creía que era para opinar así sobre Billy?

—Ese es mi problema, Rick, y no tienes derecho a hablarme así ni a hablar así de Billy, ¿vale? —le dije todo lo calmada que pude.

—¡Si es mi problema! ¡También es mi problema si te desmayas en mi coche y soy yo quien te lleva al hospital! —exclamó.

«No, bonito, no, por ahí sí que no paso».

Apagué el motor del coche y di un golpe al volante, el cual hizo sonar el claxon.

—¿Me lo estás echando en cara? —le pregunté de malos modos.

—No, Lottie, no estoy echando nada en cara.

—Sí, sí lo has hecho, Rick, lo has hecho.

—Solo quiero que entiendas que...

—Bájate del coche.

—¿Cómo dices? —preguntó atónito.

—Bájate, Rick.

No movió ni un dedo. Se quedó quieto. Vaciló y a mí se me llevaron los demonios.

—¡Rick, bájate del maldito coche! —le grité.

Fue entonces cuando sí se movió, sí se bajó y, al igual que Billy, dio un portazo al salir.

Le vi alejarse sin siquiera echar una mirada hacia atrás.

No quise asumir en aquel momento que aquello sería el principio del fin de algo que, tal y como yo había pensado en un principio, quizá nunca habría tenido que empezar.

Aquel día Billy no quiso abrirme la puerta de la habitación, ni siquiera me contestó cuando toqué con los nudillos y le pedí que me hablase.

Sabía que algo le estaba sucediendo, algo de lo que nadie tenía idea, algo que estaba sufriendo en silencio.

Me extrañaba que fuese lo de Hannah, ya que para bien o para mal, ambos lo estaban llevando bastante bien en los últimos tiempos, por lo que deduje que era algo más.

Y debía ser grave para que Billy golpease a alguien, para que volviera a las malas contestaciones, a los malos modos.

Rick tenía razón, él no podía pagar sus problemas con nosotros, con su familia, conmigo, pero Billy no gestionaba bien sus emociones cuando el malestar se apoderaba de él, y yo solo quería ayudarle.

Decidí en aquel momento que mis prioridades eran ellos, los niños, algo que nunca se me tuvo que olvidar, algo que siempre tendría que haber estado recordando.

Lo admito, en aquellos instantes, me faltaba entender que había cosas que no dependían de mí, ni mucho menos de mis relaciones sentimentales, como tampoco de mi propia felicidad.

Capítulo 21

Es posible que te moleste, pero necesito unos días, tiempo para centrarme con los cinco sentidos en Billy, porque me necesita.

Espero que lo entiendas. Más tarde podremos resolver lo que hay entre nosotros.

Dos días después del incidente de Billy, escribí aquellas palabras para mandar un mensaje a Rick, pero a pesar de ellas, los días siguientes a aquel mensaje, no paré de recibir llamadas que no respondí y mensajes que ni siquiera me molesté en abrir.

¿Te parezco dura?

Es posible que desde fuera sí lo pareciera, que simulara una piedra sin sentimientos, sin capacidad para sentir la ausencia de Rick, sus besos, sus manos, su risa junto a la chimenea.

Había sido poco tiempo, pero había sido intenso, contenido durante aquel primer mes en el que medimos nuestras ganas mediante miradas.

Había sido intenso, sí. Me había arriesgado, me había lanzado a un precipicio con un paracaídas que podía ser defectuoso.

Ese paracaídas era mi situación, las circunstancias que estaba viviendo en aquellos momentos.

Una vez más me recalqué que tenía razón cuando en un principio no quise complicarme la vida con sentimientos, cuando quise centrar toda mi atención en los niños, mis sobrinos, esos a los que no soportaba en un primer momento pero que, después, tal y como dijo mi madre, nos conocimos realmente y llegamos incluso a apreciarnos.

Emily fue mi primera aliada, pero Billy era especial y, a pesar de que nuestras primeras veces fueron complicadas, cuando todo aquello estuvo superado forjamos una unión distinta a la que tenía con Emily.

Billy era sensible, muy suyo, emocional. Tenía un don en las manos para la guitarra y era un hacha en los videojuegos.

Y ahora algo le ocurría, algo en su interior no estaba yendo bien, él nunca había sido agresivo, pero tampoco sabía a ciencia cierta cómo ayudarlo.

Más o menos a mediados de noviembre, cuando tuve un poco controlado el comportamiento de Billy, pero todavía no sabía qué era lo que estaba pasando, comencé a coger las llamadas de Rick y a volver a tener contacto con él.

Ninguno de los dos pidió disculpas, ninguno de los dos hizo especial mención a nuestro último encuentro, que fue intenso tanto en lo bueno como en lo malo, pero ambos estábamos distintos, para ambos habían pasado los mismos días de echarnos de menos, para ambos se había anestesiado aquella discusión.

Lo que no sabía es si también se habrían anestesiado nuestros sentimientos, pero era algo de lo que tampoco podía preocuparme en aquellos momentos, porque para mí lo primordial en ese noviembre era entregar la traducción de la novela que tenía entre manos en el plazo establecido y descubrir qué pasaba con Billy.

Colgué el teléfono con Rick y me re Coloqué la chaqueta de punto. Pensé en ese instante que tuvo razón cuando tiempo atrás me explicó la utilidad de su trabajo. Cualquiera salía con ese frío a buscar leña. Por lo menos, yo, no.

Ni de coña, vamos.

Así que le había llamado para pedirle que trajera unos cuantos tocones para la chimenea. Se notaba el fresquito, y las brasas de solamente un tocón que se quedaban en la chimenea por la noche se agradecían bastante.

De paso me preguntó por Billy, él era el tema de conversación que más nos animaba a hablar a pesar de ser el que nos había separado aquellos días.

Me preguntaba mucho en aquellos momentos cómo me hubiera tomado yo que la decisión de pausar aquello fuese de él y no mía. Seguramente, mal, pero aquí la inexperta en el amor era yo y, se suponía, que la mente más cabal de las dos, era la suya.

Por ahí me salvaba, pero, ya te digo, mi mente solo podía pensar en qué estaba sucediendo, porque las peleas de Billy no hicieron más que aumentar su asiduidad y yo ya no sabía qué hacer para conseguir sacarle qué era lo que estaba pasando.

Así que, una cosa llevó a la otra y empecé a frustrarme.

Me frustré con aquella vivencia y también con Hannah.

Empecé a juzgarla a pesar de que por nada del mundo quería hacerlo y aquello me llevó a que llegasen a mi mente pensamientos nocivos como, por ejemplo, culparla de mi malestar, cosa que compartí con mi madre.

—No puedes rendirte a la primera, cielo —me contestó.

Puse los ojos en blanco.

—Y no me estoy rindiendo —recalqué con retintín —, solo digo que se me está haciendo cuesta arriba. Hannah no sabe nada de las peleas de Billy, ¿verdad? No le habrás dicho nada.

No podía verla, pero sabía que mamá estaba negando repetidas veces con la cabeza.

—No, nena, no lo sabe. Llama poco, ¿cómo vamos a decirle eso?

Asentí con la cabeza despacio. Mamá tenía razón, Hannah llamaba solamente dos veces por semana. Una de las llamadas era tan solo de cinco minutos, que utilizaba para hablar con mi madre, y la otra de veinte, que utilizaba para hablar conmigo y con los niños.

Así que no, Hannah no debía saber nada, se supone que estaba allí para encontrar su paz, así que no podíamos darle más batallas.

«Las batallas para ti, maja».

¿Lo ves? Ese tipo de pensamientos eran los que llegaban a mi cabeza para darme ansiedad y hacerme sentir mal.

—Ya, por eso —le contesté entonces.

—¿Quieres que os haga otra visita? No me importa si así estás más tranquila.

—No, no —negué con la cabeza repetidas veces, decidida, pues no podía depender de la presencia de mi madre cada vez que la cosa se ponía chungu o, al menos, no era mi intención —, lo solucionaré. No te preocupes, mamá.

—Tía Lottie, tía Lottie —Emily tiró de mi chaqueta con su pequeña mano.

—Mamá, espera un segundo —dije para a continuación alejar un poco el teléfono—. ¿Qué pasa? Estoy hablando con la abuela.

—Hay un animal en el jardín.

Arqueeé una ceja.

«¿Qué dice la piovita?».

—¿Cómo? —La miré extrañada y ella asintió con la cabeza—. Mamá, tengo que dejarte. Me despedí de mi madre y seguí a Emily hacia el jardín.

—¿Seguro que no te lo has imaginado? —le pregunté al tiempo que caminaba tras ella. Emily daba pasitos cortos y rápidos hasta llegar al jardín.

Todavía había luz natural, aún no había atardecido y se veía con claridad.

—¿Y bien? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

—Te prometo que estaba aquí —dijo señalando con las palmas de las manos abiertas un lugar justo al lado de la charca.

Arqueé las cejitas.

—Y, ¿cómo era? —le pregunté oteando a mi alrededor.

—Pues... lo he visto de lejos —se rio —, pero creo que negro y blanco.

—¿Negro y blanco? —pregunté.

Emily asintió, sonriendo como una granuja. No obstante, aquella dulce y traviesa sonrisa no le duró mucho, pues su expresión pronto se volvió de espanto y no tardó en taparse la boca con sus manos.

—Ey, ¿has visto un fantasma? —le pregunté soltando una pequeña carcajada, pero Emily no tenía ganas de juegos, y eso lo entendí a la perfección cuando observé que sus ojos se llenaron de lágrimas—. Em, ¿qué pasa?

Rompió a llorar y salió corriendo de mi vista. Fue entonces cuando me giré y sentí mi corazón pararse en seco.

Una paliza. A Billy le habían dado una paliza y Rick lo traía casi a rastras.

Capítulo 22

—Deja de llorar, por favor, me estás poniendo más nerviosa de lo que estoy —le pedí a Emily, que lloraba a moco tendido—. Se pondrá bien, ¿vale? Billy se pondrá bien.

Acto seguido la cogí de la mano y la saqué de la habitación de Billy y cerré la puerta tras de mí.

Di gracias al cielo por la presencia de Rick.

—Compórtate, por favor —le pedí presa de los nervios.

—Pero... —señaló la puerta.

—Lo sé —la abracé—, pero nos necesita, Emily. Y nos necesita sin llorar —le dije acariciándole el pelo.

Nos separamos y ambas asentimos a la vez con la cabeza, Emily se limpió las lágrimas y yo fingí una calma y una serenidad que en el fondo no sentía en absoluto.

Billy sangraba por la nariz, la boca y su ojo derecho empezaba a tener un aspecto deplorable.

Cuando volvimos a entrar a la habitación, lo encontramos sobre la cama, posicionado de lado y sin camiseta, Rick se había encargado de quitársela por los brazos con cuidado.

Magulladuras aquí y allá adoraban su abdomen y su espalda.

—Patadas... —susurró. Después tosió y me llevé una mano al pecho.

Rick me agarró entonces de la mano y me sacó de la habitación, dejando a Emily agarradita de uno de los dedos de la mano de su hermano.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lo has traído tú? —le pregunté acongojada, luchando contra el miedo y las lágrimas que estaban llenando mis ojos.

—Lo encontré de camino, venía en mi coche y él andaba a trompicones por la carretera —me explicó. Tenía la respiración agitada, y eso me demostraba que estaba tan nervioso como yo.

—¿Cómo? Se suponía que debía ir a buscarle en un rato, tenía que hacer un trabajo para el instituto en casa de un compañero.

Rick puso los brazos en jarras y suspiró.

—¿Crees que necesita un médico? —le pregunté agarrándole de la camiseta, en la zona del abdomen.

Para él ese gesto no pasó desapercibido, pues posó su mirada en mi mano.

No obstante, no tardé en retirarla.

—No —negó con la cabeza—, creo que solo son golpes. La sangre es muy escandalosa.

Asentí con la cabeza.

—Mañana no irá a clase —susurré—, prefiero que se quede aquí.

Emily no se separó de su hermano en ningún momento.

Entre Rick y yo le limpiamos las heridas y le preparamos un baño de agua caliente.

Después le subí una bandeja con un par de emparedados para que cenase en su habitación y le dejé a solas un rato.

Cuando me senté en uno de los taburetes de la isla de la cocina estaba exhausta.

Demasiadas emociones y todavía sin saber un motivo concreto para que se diera aquella situación.

Estaba claro que alguien se la tenía jurada a Billy, alguien le estaba molestando, pero ¿por qué?

—¿Estás bien? —me preguntó Rick, quien me había ayudado a preparar la cena de Billy y la de Emily, ya de paso, quien daba cuenta de ella sentada en el salón, viendo una película en la que la protagonista era Selena Gómez en un canal infantil televisivo.

Negué con la cabeza.

—No —susurré.

Entonces se levantó, se acercó a mí y estrechó mi cuerpo entre sus brazos.

Me di cuenta en aquel instante cuánto le había estado echando de menos y cuánto había ignorado, también, aquel sentimiento.

—No sé cómo puedo ayudarte, Lott —susurró con su barbilla sobre mi cabeza.

Inhalé el aroma de su sudadera. Olía a él y aquello me tranquilizó.

—No tienes por qué hacerlo —le susurré todavía ahí, sobre su pecho, descansando, porque en esos instantes encontré la paz con la orejita pegada ahí, escuchando sus latidos.

—¿Qué hago si me nace?

Le miré tras levantar la cabeza.

—Aun así, no tienes obligación ninguna —me dijo, y me dio la sensación de que aquello volvía a empezar, una especie de *deja vu*, ese comienzo que ya había vivido y que no podía en aquellos momentos permitirme volver a disfrutar.

—Gracias, Rick, por traer a Billy.

Asintió al tiempo que soltó un suspiro, entendiendo que me estaba despidiendo de él.

—Llámame si necesitáis cualquier cosa.

Asentí con la cabeza y ambos caminamos hacia la puerta, él para marcharse, yo para acompañarle y no sentirme tan culpable.

—Bueno...

—Bueno... —repetí yo.

—Adiós, Lottie.

—Hasta la vista, Rick —le dije a media voz.

Me di la vuelta, quise cerrar la puerta al mismo tiempo que estaba cerrando mi corazón, pero algo me lo impidió y la puerta se quedó entreabierta por la mano de Rick.

Mi corazón se limitó solamente a dar un vuelco y le miré fijamente, sin saber qué decirle.

Me humedecí los labios con la lengua y él observó ese gesto.

Carraspeé, abrió la puerta del todo, la cerró tras de sí y cogió mi rostro entre sus manos.

Acercó sus labios a los míos y me besó.

Y yo me dejé besar.

Y entonces sentí una extraña sensación recorrerme la columna y pasear por todo mi cuerpo, desde la coronilla hasta los pies.

Su lengua se abrió paso entre mis dientes y se adentró en mi boca, dejándome saborearla.

Agarró mi cintura y me pegó contra la suya, notando cómo su miembro parecía endurecer por momentos.

Segundos después se deshizo de mis labios y se separó un tanto de mí.

Ambos con la respiración agitada y los labios enrojecidos.

Ambos con el mismo deseo en la mirada.

Carraspeé de nuevo.

No dijo nada, tan solo abrió la puerta y, ahora sí, se marchó.

Capítulo 23

Supongo que me crees cuando te digo que aquella noche no pegué ojo.

El día anterior estuvo plagado de emociones que todavía tenía que trabajar en mi interior.

Por un lado, el problema de Billy, con el que no tenía ni la más remota idea de qué hacer.

Me pregunté durante la noche cada dos por tres por qué la vida me estaba poniendo tantas trabas.

¿Sería porque era ya de por sí un desastre y me estaba dando una buena lección para que aprendiera a ser responsable de verdad?

Era posible, pero yo ya, en realidad, no sabía ni qué pensar.

Por otro lado, el beso de Rick Carter en la puerta de mi casa.

Ese chico, desde luego, tenía complejo de boomerang, siempre volvía como en *El cartero que llama dos veces*.

O algo así.

El beso.

Todavía lo sentía en mis labios cuando me levanté de la cama con el canto del gallito.

Ese cosquilleo, esa sensación de que había vuelto a sentir los suyos después de aquellos días en los que mi cuerpo lo extrañaba.

No mentiré más, lo extrañaba en todos los aspectos, pero algo se había quebrado entre nosotros.

Esa discusión que aconteció todo lo que vino, aquella separación que dejaba de lado para que no me hiciera daño, sus palabras, lo que me dijo....

No me gustó.

No me gustó en absoluto.

No era nadie para hablarme así ni meterse en mi vida ni en mi forma de criar a mis sobrinos, como si él fuese el padre del año, cuando ni siquiera tenía retoños de los que cuidar.

¿Ves? Me acordaba de eso y me hervía la sangre, pero también recordaba ese último beso y lo que me hervía era la hendidura que tenía entre las piernas, todo mi órgano palpitoso.

Me puse un chándal y bajé a la cocina a hacerme un café y, ¿a que no sabes qué? Billy estaba tomando un tazón de cereales.

Tenía pequeños arañazos en la cara y un ojo bastante morado. Por no hablar de los nudillos, abiertos, supongo, de dar puñetazos.

Me ponía enferma. Enferma, de verdad, por verlo así.

—Buenos días —le dije—, sí que has madrugado. ¿Qué tal te encuentras?

—Hola —me contestó—. Claro que he madrugado, quería estudiar lo que no estudié ayer por la tarde y llegar puntual a clase, como siempre.

Arrugué el ceño.

«¿Qué es lo que ha dicho mi sobrino el del ojo morado?».

—No vas a ir marcado al instituto, eso tenlo claro. Es más, quien va a ir voy a ser yo. Ese director de las narices no soluciona ningún problema.

Abrió mucho los ojos y acto seguido hizo una mueca, lo más probable es que se hubiera hecho daño con el gesto.

—Pero, tía Lottie, he de ir a clase.

—No, no irás, te digo.

—No me parece bien —dijo cruzándose de brazos—, no puedes prohibirme estudiar.

—No, no, no —negué con mi dedo índice en el aire—, yo no estoy prohibiéndote que estudies, lo que te estoy prohibiendo es que vayas a ese instituto.

—Pero ¿por qué? —Se levantó y puso los brazos en jarras.

—Porque no sé qué es lo que está pasando, Billy, y hasta que no lo sepa, no irás. No puedes seguir peleándote. Llevas así demasiado tiempo, no lo voy a permitir.

Después asentí con la cabeza, orgullosa, al menos un poco, de mí misma.

Resopló, frustrado.

—Lo de ayer colmó el vaso de mi paciencia. Lo siento mucho, Billy.

Él suspiró, parecía derrotado. Se sentó en la silla y apoyó los codos en la mesa, colocando así las manos en sus sienes.

—Voy a arreglarme un poco, no quiero parecer una lunática delante de ese hombre.

—Espera —me pidió.

Le miré, alentándole así a que hablase.

—Si hablamos y te cuento la verdad, ¿te estarás quieta?

En silencio, me senté frente a él, en otro taburete de la isla de la cocina.

—Me lo pensaré.

Billy chasqueó la lengua contra el paladar, luego bufó.

—¿Qué pasa? ¿Tan malo es?

—No, no es... bueno, yo no pienso que sea malo.

Descrucé mis brazos y posé mis manos sobre las suyas.

—Desembucha.

Suspiró y bajó la cabeza.

—Esto me cuesta mucho, tía Lottie.

De alguna manera me compadecí de él, aun sin saber nada.

—Sea lo que sea, estoy aquí, Billy. Y Emily y mamá, y la abuela.

Asintió, tragó saliva y levantó la cabeza para mirarme.

No miento si digo que estaba hasta un poco pálido.

—Soy...

Me acerqué más para escucharle mejor, apenas hablaba en susurros.

—¿Qué pasa?

—Me...

—Billy, por favor, soy yo.

Carraspeó.

—Me gustan los chicos, tía Lottie.

Me separé de él, enderezándome, pero no solté sus manos, sino que las apreté todavía más.

—Vaya, creí que sería grave.

—¿No lo es? —preguntó sorprendido.

—Pues no, Billy, claro que no. Te gustan los chicos, ¿y qué? A mí también me gustan.

—Pero tú eres una chica.

—No, no soy una chica, soy una persona. Y tú también, y a las personas nos gustan las personas.

Asintió, aunque poco convencido.

—¿Es por ese motivo por el que te pegan?

Suspiró y se deshizo de mis manos para llevarse una de ellas a la frente.

—Ayer defendí a... bueno, es un chico que... nos estamos conociendo. Hay un grupo de chicos del instituto que se meten con todo el mundo. Supongo que durante este tiempo nos ha tocado a nosotros.

Me llevé una mano a la boca.

—Vaya... ¡Me parece fatal! —exclamé súper indignada.

Aquello hizo sonreír a Billy.

—Lo es.

—Por supuesto. Iré al instituto y les demandaré por homófobos.

—No, tía Lottie, eso no funciona así —me frenó Billy—. Eso sería peor.

—Pero, Billy...

—Tía Lottie, por favor, te lo he contado y me ha costado. Esto está siendo difícil para mí.

Rodé los ojos hacia arriba.

—De acuerdo, no iré, pero no pienses que voy a quedarme quieta.

No me contestó, así que supongo que me dio por perdida.

—He flipado en colorines, Billy. Bueno y, ¿cómo es ese chico?

Levanté las cejitas repetidas veces, haciéndome la interesante y consiguiendo que Billy soltase una carcajada.

—¿Quieres que te enseñe una foto?

—Hombre, por favor y gracias.

—Yo también quiero verlo.

La vocecita de Emily nos sobresaltó.

—Oh, Em, cotilla —dijo Billy con voz cansina.

—¿Te gustan los chicos? Te entiendo, a mí también —dijo sentándose a su lado y dándole un besito en la mejilla.

—Pues anda que a mí —les dije guiñándoles un ojo.

Capítulo 24

—¿Por qué no esperamos a que venga Billy? —lloriqueé, aunque sin éxito, pues Emily era tozuda como ella sola.

Habíamos pasado una semana entera intentando cazar ese animal blanco y negro del que Emily no paraba de hablar y que yo había visto solamente una vez.

Claro que, después de haberlo visto, aunque fuera de refilón, la creía.

No me malinterpretes, no es que antes de verlo pensase que Emily era una mentirosa, pero, es que, a ver, tantas veces me había dicho que estaba ahí y luego no, que...

—¿Tienes miedo, tía Lottie? —preguntó burlona.

Ambas estábamos tumbadas bocabajo sobre la hierba del jardín, guantes enfundados, matamoscas en nuestras manos y unas gafas de sol.

Ya me dirás tú todo eso para qué servía. Pues para nada, si ya lo sé yo, pero mira, así éramos de ridículas.

—No, miedo no, pero es que siendo tres...

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —exclamó poniéndose de pie y echando a correr tras él.

—Em... ¡Em!

Madre mía, esa niña no sabía lo que estaba haciendo.

Me levanté y salí corriendo detrás de ella. El animalejo pareció abalanzarse sobre ella, pero Emily dio un golpe con el matamoscas en la hierba.

—¡Para que te vayas de aquí! —exclamó.

—¡Emily, para! ¡Para, no!

Demasiado tarde, su hedor chocó contra nuestro cuerpo. Era una mofeta, una bien grande.

«Pues ya está el lío *liao*».

Nos hicimos un moñito apretado en lo alto de la cabeza y nos metimos a la bañera, el agua teñida de zumo de tomate.

—Vaya tela, Em, vaya tela —dije cuando ya estuve dentro, haciendo una mueca.

Encima no tenía zumo de tomate en casa, por lo que tuve que llamar a... ¿Adivinas?

Maldito leñador que siempre estaba en mi camino, pero ¿a quién más podía acudir?

Además, no podía subirme a la camioneta de papá con esa peste, mucho menos entrar al supermercado.

Rick, por supuesto, llegó con varias cajas de zumo de tomate, no sin desternillarse y taparse la nariz ante nosotras.

No supe que se quedó esperándome en el salón, porque me centré en llenar la bañera de agua y zumo, hacer el moñigo de Emily con su pelo y desvestirla para bañarnos las dos juntas.

—Y, ¿cómo pretendías que supiera yo que era una mofeta? ¿Eh?

Resoplé, poniendo los ojos en blanco.

Ambas estábamos con las piernas encogidas dentro de la bañera, una frente a la otra, ambas rojitas de frotarnos con el zumo de tomate.

—Nena, pues sabiéndolo, sabiéndolo —le repliqué.

Ella se rio con esa boca de ratón que ponía y me hizo sonreír a mí también.

—Nunca me he bañado con mamá —me confesó con la mirada puesta en el agua, que movía un poco con las manos.

—¿De verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No, siempre era yo la primera en bañarme, ella me frotaba con la esponja. Luego iba Billy, y luego ella.

—Vaya.

—Sí.

—Y, ¿te gusta? —le pregunté.

—¡Sí! ¡Mola! Aunque, claro, mejor si no olemos así de mal.

—Maldito bichejo, sí que es cierto, ¿cómo puede oler tan mal? —dije arrugando la nariz.

Emily se rio y acto seguido escuchamos unos golpes en la puerta del baño, que anticiparon que se abriera.

Billy apareció tras ella y su cara de asombro no pasó desapercibida.

—Madre mía, ¿qué ha pasado aquí?

Respiré tranquila, como cada día que volvía del instituto o regresaba de quedar con ese chico con el que se veía, como era en aquella ocasión.

Parecía que aquella semana habían cesado las peleas, no obstante, lo que Billy no sabía era que había urdido un plan que llevé a cabo unos días atrás, sí, justo cuando me dijo que me estuviera quieta, en ese mismo instante, y parecía haber surtido efecto.

Llámame loca, pero gracias a Brush, el chico con el que quedaba Billy, me enteré de quiénes eran los idiotas que estuvieron maltratándolos y allí que fui yo, con todo mi papo.

Sabía que aquel día Billy entraba una hora más tarde, por lo que le dije que me marchaba a arreglar unos papeles del banco —to' mentira, claro—, y fui en la camioneta de papá al instituto.

Brush me había enseñado un par de fotos, que les había hecho disimuladamente, pues sabía mi plan de cantarles las cuarenta.

Qué lástima, pobre Brush, aferrándose a mi autoridad. No es que tuviera mucha, pero quería hacer algo para que no volviesen a molestar a mi sobrino y a Brush por algo tan normal como ser homosexual.

Lo cierto es que descargué toda mi rabia contra ellos, todo lo que no pude descargar contra Rick en su momento, lo pagaron ellos.

—Pero ¿quién es esta señora? —le preguntó uno de ellos, tan rubio que parecía albino, a otro con unas gafas de vista horribles.

—Uy, uy, uy, ¿señora? ¿Has dicho señora? ¿Me ves cara de señora? —le pregunté señalándome la cara con mi dedo índice, que temblaba de rabia, de uña pintada de rojo.

—Eh... ¿sí? —preguntó confundido.

—Mierda, joder, ¡no quería que contestases a eso! —exclamé llevándome la mano a la nariz, pellizcando el puente.

—Una pregunta —dijo el que quedaba, pues eran tres, y que más cara de idiota tenía.

—Dispara.

—¿Quién es usted?

—¿Que quién...? —me reí —¿Que quién soy yo...? Pues mira, guapito, soy quien te denunciará a la policía por acosador y pegón si no paras de meterte con la gente.

O, mejor, iré por la noche a tu casa, porque sé dónde vives, ¿eh? No te creas... —hice un

gesto con la mano, moviendo mi melena rubia —. Iré por la noche a tu casa y te meteré un palo por tu jodido culo.

El chico pestañeó un par de veces.

—Repito —dijo otro —, ¿quién es usted?

Resoplé.

—Mira, chaval, sé lo que hacéis, sé que hacéis bullying a otros niños —le observé tragar saliva—. Como me entere de que no paráis de ser personas tan despreciables, seré yo quien os pare —le dije pegada a su cara, tras acercarle a mí cogida mi mano suavemente a su camiseta.

Estaba tan cerca que pude oler su aliento mentolado al mascar chicle.

Asintió con la cabeza.

—¿Lo has entendido? —le pregunté.

Asintió de nuevo con más ímpetu.

—Ahora, a clase.

Los tres me miraron de arriba abajo con cara de pocos amigos, pero no se atrevieron a replicarme porque, por lo visto, les había infundido respeto, o eso quería pensar yo.

Me miré las uñas, orgullosa de mí misma, y me metí de nuevo en la camioneta de papá, directita a mi casa a hacer caquita de los nervios que había pasado.

—Hemos conseguido echar a la mofeta, Billy—le dijo Emily devolviéndome a la realidad.

—¿Mofeta? —preguntó él confundido.

—El famoso animal negro y blanco.

—Ah, entiendo. Estáis feísimas, por cierto.

Emily le sacó la lengua.

—Y aquí huele horriblemente mal.

Puse los ojos en blanco.

—¿De verdad? ¡Casi ni nos habíamos dado cuenta! —ironicé.

Billy se rio.

—Vaya, parece que ha ido bien con ese chico —le dije picarona.

Billy hizo un gesto con la mano como queriéndole quitar importancia, pero al tiempo se puso un poquito rojo.

—No haré declaraciones.

—Pues vaya rancio —comentó Emily.

Yo la miré y asentí repetidas veces con la cabeza, sonriendo.

—Rick está abajo, por cierto.

Miré entonces a Billy, borrándose mi sonrisa.

—Me voy —dijo, y cerró la puerta tras de sí al hacerlo.

—Pensé que te habías marchado —le comenté a Rick una vez me vi vestida con ropa limpia después de aquel baño en zumo de tomate.

Inhaló aire repetidas veces, olisqueando a mi alrededor, guasón.

Enarqué una ceja.

—Creo que te hará falta otro baño, el olor se ha ido en parte.

—Ja, ja, ja —reí irónica—. Qué gracioso. Repito, pensé que te habías marchado.

Se encogió de hombros.

—Supongo que he esperado a que salieras del baño para que me dieras las gracias.

—¿Las gracias?

—Por el zumo de tomate y... —se hizo el remolón acercándose a mí—... por el beso del otro

día. No me has dicho nada.

—¿Por qué tendría que hablarte de algo que me dio igual? —le mentí.

Y me dolió, me dolió a mí más que a él, pero no podía volver a cometer el mismo error. Esta vez no.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—No me lo creo, Lottie —dijo socarrón.

—Pues hazlo, es la purita verdad.

—¿Sí?

—En efecto.

—Comprobémoslo.

—¿Cómo dices?

Entonces se acercó a mí y me besó de nuevo en los labios, un besito casto, cortito, pero lo suficiente para mí.

—Rick, para.

—¿Por qué? —me preguntó—. Porque de lo contrario se demostraría que mientes, ¿no?

—No miento —mentí, valga la redundancia.

—Lottie, no te entiendo, de verdad que no te entiendo —me dijo molesto.

Era la primera vez que lo veía molesto conmigo por algo concerniente a nosotros, a nuestra relación, o lo que fuera que hubiéramos tenido en ese tiempo.

—No hay nada que entender, Rick —le dije con la boquita pequeña.

—Dejaste que te besara, correspondiste mi beso. Te deseada, Lottie, deseaba volver a besarte —dijo subiendo el tono de voz.

—No quiero que los niños te escuchen.

—Los niños...

—Sí.

—¿Qué pasa conmigo?

—Ya te expliqué lo que había en estos momentos, lo que ha habido siempre y no he querido ver.

—Lo sé, sé que no soy tu prioridad y lo entiendo —dijo más calmado—, pero ahora sí creo que me utilizas, Lottie, y más después de lo que me acabas de decir.

—¿Qué? Yo no te utilizo, Rick.

—Me temo que sí, Lottie —dijo casi en un susurro, parecía triste.

Se dio la vuelta, dispuesto a marcharse de mi casa y hacerlo de aquellas maneras.

—¿Dónde vas? —le pregunté cogiéndole del brazo.

—Yo aquí sobro, Lottie. Solo soy bienvenido para hacerte favores, favores que hago porque me nacen.

—Favores que luego me echas en cara —le recordé, molesta por su victimismo.

Suspiró.

—Sé que aquel beso te hizo sentir tanto como a mí, tu problema es que no lo quieres reconocer. Me parece bien que tu prioridad sea tu familia, pero no me uses como se te venga en gana y cuando necesites favores.

—Rick...

—No, Lottie, se acabó. Se acabó de verdad.

Se marchó, le dio lo mismo que le cogiera de la mano, pues se deshizo de ella.

Le dio lo mismo que suplicara que esperase, que hablaríamos tranquilamente.

Le dio lo mismo.
Le DIO lo mismo.
Se había terminado.

Capítulo 25

Los días sucesivos a diciembre fueron extraños, supongo que se basaban en la rutina de cuidar de los niños, hablar con Hannah, quien vendría a casa por Navidad, al igual que mi madre, entregar los proyectos y apartar a Rick de mi memoria.

Eso último era lo que peor llevaba, le echaba terriblemente de menos y ya no sabía si culparme a mí o culparle a él por su pasotismo en cuanto a mí.

Había llegado el frío, pero frío de verdad, no ese frescor de campo que pensaba que duraría todo el invierno, inocentita de mí.

Solía nevar bastante y la charquita se congelaba, para desgracia de Emily. Suerte que el gallinero estaba construido a prueba de nieve, pero a *Amy* tuvimos que acondicionarla en la cocina, en un gran terrario.

Me gustaba ver caer la nieve, era aquel vicio mío indescifrable que ahora estoy compartiendo contigo, así que miraba por la ventana. Siempre miraba por la ventana por si lo veía pasar cargado de leña, sudoroso a pesar del frío, y terriblemente atractivo, tanto como lo era cuando me recreaba recordando los momentos que habíamos pasado juntos.

Supongo que esa era la parte mala que estaba viviendo en aquellos momentos: echarle de menos. Echarle terriblemente de menos, sintiendo frío sin él, y no porque no tuviera leña o hubiera venido aquel frío, sino porque me sentía desnuda sin sus brazos a mi alrededor.

Adelante, llámame loca. Hazlo, porque lo estaba, estaba loca por Rick Carter, supongo que había llegado el momento de reconocerlo, de aceptar de una maldita vez que hasta quien no creía en el amor o se consideraba un desastre, también se podía enamorar.

Y eso me había pasado a mí, pagando las consecuencias de abrir el corazón en aquel momento.

Pero era mi deber, era mi deber centrarme en ellos, al menos hasta que volviera Hannah, aunque también entendía que Rick no me esperaría siempre.

Por otro lado, había una parte positiva en mi vida y es que Billy y Emily iban maravillosamente bien en los estudios, los veía contentos, cada uno en lo suyo, con sus movidas, sus pasatiempos, su forma de ser.

Los notaba felices, y eso para mí era un logro muy grande del que sentirme orgullosa.

Cuando me daba cuenta de cómo habían evolucionado en actitud desde el primer día que llegamos allí hasta esta parte, sentía que había merecido la pena mi esfuerzo y trabajo, como también dejar de lado a Rick, aunque mi corazón palpitara de dolor cada vez que lo pensaba.

Capítulo 26

Días después

Hacía un frío horrible, el propio de un veintitrés de diciembre. Hacía dos días había vuelto a nevar y la prueba era una capa de nieve que me sobrepasaba un tanto los tobillos al caminar por el jardín.

Agradecí enormemente entonces tener la suerte de que un grupo de vecinos que se habían ofrecido voluntarios hubieran despejado la carretera de nieve.

Me subí a la camioneta de papá, dispuesta a hacer una compra grande, en parte porque la fecha lo merecía, en parte porque acababa de cobrar la entrega de un proyecto bastante amplio.

Además, Hannah y mamá vendrían a pasar aquellos días tan especiales con nosotros.

Lo cierto es que la casa había cambiado y se había vuelto todavía más acogedora con los adornos de Navidad que habíamos comprado hacía poco y habíamos colocado por el salón y la entrada entre los niños y yo.

También habíamos puesto un trineo de tamaño mediano con renos alrededor que tenían en la nariz una luz roja.

Sí, la casa estaba muy bonita y seguro que a Hannah le encantaba.

Lo cierto es que estaba nerviosa, pues volvería a ver a Hannah después de aquellos meses y, sobretodo, estaba nerviosa por el encuentro que tendría ella con los niños.

Hannah estaba mucho mejor y aquello me alegraba sobremanera. No obstante, un nuevo cambio en la vida de mis sobrinos era lo que no me daba demasiado buena espina, tantos cambios a esas edades no debían ser muy positivos.

No tardé en llegar al aparcamiento del supermercado, aquel al que la primera vez que acudí no iba sola, sino con Rick.

Tragué saliva.

No podía seguir así, no podía dejar que el recuerdo de aquello tan intenso que tuvimos me atormentara de aquella forma.

Aparqué y quise de alguna manera centrar mi mente en otra cosa, como podía ser intentar aprender de memoria la lista de la compra.

Pavo, carne de res, carlotas, masa para hacer empanada de carne, pudín, huevos...

Cogí un carro enorme en el que meter toda aquella compra digna de un banquete de Navidad y me centré en elegir los mejores productos del lugar, mirando meticulosamente todas las marcas que había disponibles, aunque lo cierto es que solía decidirme por productos locales, los cuales sabía que eran de primera calidad.

En esas estaba cuando alguien me tocó con la punta de los dedos por detrás, en el omóplato.

Me giré y allí estaba él.

Tan guapo.

Tan musculoso.

Tan radiante.

Tan... ¿Quién era esa?

—¿Lottie? —preguntó sonriendo. — Estaba seguro de que eras tú, ese gorrito es inconfundible —añadió señalando con su dedo mi gorrito de lana.

Vale, de acuerdo, era inconfundible porque, ¿quién demonios sería capaz de llevar un gorrito en forma de cara de osito pardo con orejas?

Real que tenía dos orejitas de oso de color marrón en lo alto de mi gorro.

Tragué saliva, poniéndome nerviosa. Me había impactado verlo y, sobretodo, me había impactado verlo con otra chica que no fuera yo.

—Sí, supongo que es inconfundible —dije con un hilito de voz.

Él se rio.

—A mí me gusta —dijo ella, sonriendo también.

Qué guapa era, la condenada.

—¿En serio? —Rick se rio—. ¡Qué frikis sois!

La chica reprimió una risa cómplice.

—Aunque lo cierto es que me encanta —dijo él.

No sabría decir a cuál de las dos miró exactamente, pero sí sé que me molestó.

Me molestó verle con otra chica que no fuera yo.

Me molestó ver que se reían juntos, que había complicidad.

Me molestó que él sonriera de aquella manera cuando yo todavía seguía llorándole algunas noches.

—¿Todo bien, Lottie? —preguntó tras aquello.

Sentía la sangre hervir dentro de mi cuerpo. Me iba a desmayar de rabia, me desmayaría y ya tendría otro desmayo más que echarme en cara.

¡Maldito! ¡Maldito y estúpido leñador de pacotilla!

—Estupendamente, gracias —le contesté de forma educada, con una sonrisa fingida.

«Maldita tú, por mentir así», pensé.

Respiré despacito para controlar los latidos de mi corazón, pero estaba rabiosa, me había molestado lo que había visto y tuve que marcharme de allí, porque de lo contrario no sabía lo que era capaz de hacer.

—Ha sido un gusto, pero tengo que seguir comprando —dije en un susurro.

Fue entonces cuando a él se le borró la sonrisa de la cara.

—Claro, por supuesto. Me alegro de haberte visto, Lottie. —Dijo eso último en un pequeño murmullo.

—Hasta la vista, Rick Carter —me despedí.

—¿Sobre qué hora estaréis aquí? —pregunté a mi madre por teléfono.

Cuando terminé de hacer aquella compra y me vi de nuevo dentro de la camioneta de papá, necesité todavía unos segundos para respirar a solas y controlar mis sentimientos.

Pero ¿qué se creía aquel leñador de pacotilla? ¿Quién demonios se pensaba que era para estar ya con otra mujer?

¿Acaso ya se había olvidado de mí?

¡Maldito él y maldita ella!

Una vez me hube entretenido colocando los alimentos en sus respectivos lugares de la cocina, llamé a mi madre al tiempo que me tomaba un café y daba caladas de un pitillo.

—Por la mañana, cielo, a primera hora. Hay que aprovechar el tiempo con Hannah —me contestó ella.

Asentí, aunque no podía verme.

—¿Cuándo vuelve a ese sitio?

—No lo sé, nos lo dirá cuando la veamos. Al menos, eso me dijo a mí.

Suspiré.

Casi que prefería que se tirase unos meses más en aquel retiro, por lo menos hasta que los niños terminasen el curso escolar, estaban muy bien y no quería que nada trastocase su felicidad.

—He pensado en decirle a los niños que solamente vienes tú y que se den una sorpresa cuando vean a Hannah. ¿Qué te parece?

La escuché suspirar a través del teléfono.

—Ay, Lottie, cariño, me parece una idea de lo más estupenda. Estas Navidades los niños van a tener una ilusión distinta.

Sonreí.

—Claro que sí, mamá. Van a ser muy felices.

«Espero que yo también», pensé.

Y no sabía si sería feliz o no, lo que sí sabía es que aquellas Navidades serían de lo más especiales.

Lo que todavía no me imaginaba era cuánto.

Capítulo 27

Atacada, me desperté atacadita el día veinticuatro.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —exclamé andando de un lado a otro, limpiando esto, cogiendo aquello y barriendo lo de más allá.

—¿Por qué estás así? ¡Solo es la abuela! —exclamó Billy poniendo los brazos en jarras.

Suerte que los niños estaban poniendo de su parte y estábamos adecentando la casa entres los tres.

—No, Billy, tú no lo entiendes. ¡Es mi primera comida de Navidad! ¡La primera que voy a preparar en mi vida!

El chico arqueó las cejas, seguramente perplejo ante mi locura matinal, pero claro, no podía contarle la verdad. Además, lo que le había dicho de la cena era cierto.

Es más, me había pasado la noche pensando en el maldito menú y dando vueltas en la cama. Pero ya lo tenía claro y estaba deseando que llegase el momento de comenzar a cocinar todos aquellos manjares de Navidad, a ver qué tal se me daba.

Junté los dedos de mis manitas como el Señor Burns, ese hombrecillo escuálido y endiabladamente rico de Los Simpsons.

—Estás loca.

—Dime algo que no sepa —le dije alejándome de él al tiempo que me llevaba un barreño lleno de ropa a la zona de la colada.

Preparamos la habitación en la que mi madre durmió la vez anterior con sábanas limpias y además una manta gruesa para el frío.

No obstante, no fue fácil para mí acondicionar mi despacho con una cama supletoria para Hannah a escondidas, aunque finalmente lo conseguí.

Cuando el timbre de casa sonó, mi corazón dio un vuelco, había llegado el momento. No miento si digo que me empezaron incluso a sudar las manos.

Emily salió corriendo de su habitación, contenta porque la abuela acababa de llegar.

—La abuela, la abuela... —canturreó bajando las escaleras de forma graciosa.

—¡Abro yo, abro yo, abro yo! —exclamé adelantándome—. ¡Billy, baja!

—Pero ¿qué pasa? Estás muy rara, tía Lottie.

—Yo tengo muchas ganas de ver a la abuela. —Emily se encogió de hombros.

—He dicho que abro yo —dije asiendo el pomo de la puerta y apretándolo con fuerza, controlando así los nervios.

Inhalé aire para tranquilizarme y lo exhalé ante sus sorprendidos rostros justo antes de abrir la puerta.

Accioné el pomo y la abrí, dejándoles ver la imagen de Hannah ante ellos.

Observé sus caras cambiar por la sorpresa y me llevé una mano a la boca, conteniendo las lagrimillas que amenazaban con salir de mis ojos.

—¿Mamá? —preguntó Emily un tanto pálida.

Miré a Hannah, quien tenía un rostro radiante y había engordado un par de kilos que le sentaban de maravilla. Yo también quise abrazarla, pero los niños iban primero.

Ella asintió y entonces Emily fue consciente de la realidad.

—¡Mamá! —exclamó y corrió hacia ella, acabando en brazos de su madre tras haber cogido impulso.

Las lágrimas mojaron mi rostro y mi madre también se emocionó.

—¿Sabes que tengo gallinas, mamá? ¡Y una tortuga! Y, ¿sabes que tía Lottie y yo nos bañamos juntas desde que tuvimos que bañarnos en zumo de tomate?

—¿En zumo de tomate? —preguntó Hannah sorprendida, todavía con Emily en brazos.

—Es que una mofeta nos tiró su peste —dijo con la boquita pequeña.

Hannah se rio y entonces centró la mirada en Billy, quien no había vuelto a hablar con ella desde que se había marchado y que observaba aquella escena con los ojos aguados y las manos entrelazadas a la espalda.

—Billy, hijo...

Dejó a Emily en el suelo y se acercó unos cuantos pasos a él.

—¿No vas a decirme nada ahora tampoco?

Para sorpresa de mi madre, mi hermana y Emily, Billy se lanzó a los brazos de su madre, para fundirse ambos en un abrazo lleno de nostalgia y remordimientos, pero he de decir que a mí no me sorprendió, pues había aprendido a apreciar la sensibilidad de Billy a pesar de parecer una piedra sin sentimientos desde fuera.

—Te quiero mucho, hijo.

—Tengo que decirte algo importante —le dijo Billy mirándola a los ojos, después me miró a mí y yo asentí, emocionada, con la cabeza.

—¿Algo importante? De acuerdo, hablaremos más tarde.

Billy asintió y Hannah se separó de él, dejando a mi madre saludar a sus nietos. Fue entonces cuando se acercó a mí y la emoción por verla de nuevo ganó a aquellos sentimientos encontrados y pensamientos tóxicos de los últimos tiempos.

—Lo has hecho bien, pequeña —me dijo al oído cuando me abrazó.

Asentí, acongojada, intentando controlar el llanto. Un llanto que no solo existía por la emoción del encuentro, sino también por aquellas palabras, por aquel visto bueno después de todo el esfuerzo, después de aquella carrera de fondo que a ratos me había dejado sin respiración y me había hecho perder el aliento sin que yo pudiera hacer nada.

—¡Qué bien lo vamos a pasar! —exclamó entonces mi madre.

Sonreí, lo hicimos todos.

—Espero que haya pavo de sobra para todos, los Carter también vienen —dijo ella toda contenta.

Los niños me miraron, pues eran los únicos que sabían la realidad de mi relación con Rick.

—¿Cómo? —pregunté a mi madre, el tic del ojo amenazando con volver.

—Ay, nena, se me olvidó decirte que invité a Earl a cenar. Y, claro, ¿cómo no iba a venir Rick?

—Pero, vamos a ver, ¿desde cuándo tienes relación con mi casero? —le pregunté indignada.

Ella me desvió la mirada.

—No puedo creerlo, mamá.

—Ay, hija, él es viudo y yo también y...

—¡Basta! No quiero saber ese tipo de detalles —le dije haciendo un gesto con la mano para que guardase silencio.

—Ay, nena, ¿qué más te da? Así pasas las Navidades con Rick.
—Mamá, lo mío con Rick está roto.
—¿Cómo dices? —preguntó ella sorprendida.
—¿Quién es Rick? —preguntó Hannah, la pobre no se enteraba de absolutamente nada.
—Su exnovio —dijo Billy, ganándose una mirada reprobatoria por mi parte.
—Su amor —añadió Emily.
—Ahí va —dijo Hannah.
—Es leñador —dijo Billy.
—Y está cañón —añadió Emily con una risita.
«Señor, llévame pronto».

Aquel día lo pasamos poniéndonos al día entre humeantes tazas de chocolate caliente, nubes quemadas al atardecer en el jardín y cantando villancicos cuando Billy tocaba la guitarra para nosotras.

Incluso horneamos para el día siguiente galletitas de jengibre en forma de muñecos de nieve, árboles de Navidad, copos de nieve...

Hannah quedó maravillada por cómo habíamos dejado la casa de bonita y nos felicitó por nuestra decoración navideña. Además, trajo calcetines para que los colgásemos en la chimenea.

Billy y ella tuvieron una conversación en privado y todo pareció ir bien o, al menos, esa fue mi sensación. Lo cierto es que tampoco estuve demasiado pendiente de eso, ya que tenía otras cosas de las que preocuparme, como, por ejemplo, que al día siguiente tuviese que compartir mesa con mi casero y con el idiota de Rick Carter, su sobrino.

Dios de mi vida, no te imaginas cuántas veces maldije a mi madre aquel día.

Primero, por estar liada con mi casero y no contarme nada y, segundo, por haberlos invitado y ser la última en enterarme.

Pero ¿por qué tenía que aguantar yo la presencia de ese tío?

Todavía más después de haberme encontrado con él y haberlo visto con otra mujer.

Otra que no era yo.

Pero, claro, tampoco iba a dar un espectáculo de ex novia o lo que fuera, histérica y llorona, y mucho menos en Navidad, por lo que hice de tripas corazón y me mentalicé de que aquello era lo que tenía que vivir.

Cuando los niños se acostaron, Hannah y yo fuimos a comprar los regalos de Navidad, algo que ya tenía planeado hacer, y lo cierto es que lo pasamos realmente bien dándonos unos momentos para nosotras.

Hannah era especial para mí y, aunque estuviera trastocando mi vida con sus planes personales, la quería mucho, muchísimo.

No obstante, todavía tendría que soportar un giro más en mi vida, al de lo que me enteraría al día siguiente.

Capítulo 28

—Deja de mirar tanto el pavo, Lottie, no se va a quemar —me dijo mi madre por tercera vez aquella mañana.

—Más me vale que no se queme...

No lo entendía, mi madre no entendía que todo tenía que quedar perfecto, no iba a darle yo el gusto a esos dos y a Earl de demostrar una vez más lo desastre que era.

Las galletitas de jengibre las habíamos cocinado el día anterior, por lo que era trabajo que tenía adelantado para el día de Navidad.

De los pasteles salados se encargó Hannah y del puré de patatas con salsa se encargó mamá, por lo que en mis manos quedaba el ponche de huevo y el plato estrella: EL PAVO.

—Todo saldrá genial —me aseguró mi madre.

Y seguramente sí, al menos en lo que concernía al pavo, pero con nuestra visita yo no las tenía todas conmigo.

Decidimos darnos los regalos de Navidad antes de que llegaran, ya que Santa Klaus los había traído aquella noche.

Así, nos pusimos muy contentos con los abrigos nuevos para Hannah y para mí, como también un par de vestidos preciosos, un par de jerséis de lana para la abuela y unas botas para la nieve, videojuegos y una púa nueva con la que tocar la guitarra para Billy y una casita de muñecas para Emily.

Estrenamos los vestidos una vez estuvo el pavo en su punto y nos arreglamos como la ocasión se merecía. Y, por mi parte, también para que Rick se diera cuenta de que, al menos, debía haberme dado la oportunidad de explicarme aquel día.

Parecía todo demasiado lejano o, al menos, así es como lo veía yo.

No obstante, mi corazón todavía no había dejado de sentir amor por él, por mucho que quisiera negarlo en aquellos momentos, y cuando mi madre abrió la puerta para recibirlos y nos encontramos de nuevo, sentí un nudo en la garganta para el que no encontré explicación.

—Feliz Navidad, Lottie —me dijo después de saludarnos con dos besos y haber presentado a Hannah a los tres invitados.

Inhalé el aroma de su cuerpo de forma disimulada, sin embargo, los ojos de su acompañante morena, de nombre Sarah, se posaron sobre los míos.

—Feliz Navidad —le contesté yo de forma comedida.

—Estás muy guapa —me dijo sin apartar su mirada de la mía.

Intensa, penetrante. Jopelines, demasiado para mí en aquellos momentos.

—Es cierto —añadió la chica.

—Gracias, vosotros también estáis... —cavilé un momento mis palabras... perfectos para la ocasión. —Sonreí de forma falsa, aunque fuesen ciertas mis palabras.

«Ya sé que eres preciosa, querida, pero no pienso regalarte los oídos».

Mi madre los hizo pasar al salón, donde los niños ya estaban sentados a la mesa y cada comensal ocupó un lugar en ella.

Menudo festín nos íbamos a pegar, aunque he de admitir que al principio de la velada tenía el estómago completamente cerrado, pues estaba nerviosa y asqueada a partes iguales de tener que compartir mesa con aquellos dos y encima tener que poner buena cara.

—El pavo estaba exquisito —dijo Sarah tras dar un par de golpecitos en la comisura de sus labios—. ¿De quién es obra?

—Mía, por supuesto —dije yo toda digna y orgullosa de mis manitas de oro.

—¿De veras? Pues enhorabuena, Lottie, ha sido maravilloso. —Me sonrió.

Parecía sincera, así que yo le devolví la sonrisa. Ante todo, educación.

—Vaya, parece que eres menos desastre, ¿no? —dijo Rick divertido, mirándome con un ápice de malicia en sus ojos.

—Eso parece, sí. Una, que es como el vino, cuanto más pasa el tiempo, mejor está —le contesté un tanto seca.

—¡Querida! —exclamó Sarah sonriente.

Ya te digo yo, que esa chica no había soltado en toda la comida su copa de vino por mucho que alabase mi pavo.

—No le hagas caso a mi primo, a veces le gusta picar.

«¿Qué ha dicho la morenaza guapa? Repito, ¿qué ha dicho?».

—¿Tu quién?

—Ah, ¿no lo sabías? ¡Pues claro! Eres un patán, Rick. Me has presentado como Sarah, Sarah a secas.

Era cierto, era totalmente cierto lo que decía la muchacha.

¿Lo habría hecho a posta? ¿Habría querido molestarme con la presencia de Sarah porque sabía que yo pensaría que era su nueva novia? Novia, amante, amiga especial... lo que sea, ya sabes.

¡Será puto! Aquel leñador, desde luego, quería volverme majareta. A mí y a mi papo, que todavía seguía sin poder controlarse en su presencia, todo él saltando con chiribitas alrededor, desde que lo habíamos recibido en la puerta.

Rick se rio.

—Es cierto, te he presentado como Sarah, sin especificar nuestra relación.

—¿Y eso se debe a...? —pregunté, un poco molesta. Sin embargo, no podía negar que aquella confesión por parte de Sarah me había relajado sobremanera y, de algún modo, hacía que le tuviese un poco menos de rencor al leñador.

Ahora, solo podía echarle en cara mi despecho por no querer estar conmigo, no por no querer estar conmigo y encima estar con otra y traerla a la velada de Navidad.

Rick no dijo nada, simplemente se rio e hizo un gesto antes de beber de su copa de vino, como si aquel trago lo bebiera a mi salud.

Suspiré, no tenía remedio.

Seguimos comiendo con normalidad después de aquella conversación y me pareció que los platos habían sido todo un éxito, pues nuestros invitados parecían encantados y con los estómagos a rebosar por el festín.

Hannah carraspeó y golpeó con su cucharita de postre su copa, y tanto mi madre como Earl, que eran los únicos que estaban hablando en aquel momento, contando una anécdota muy divertida, guardaron silencio para escucharla.

La miré, interesada.

—Me gustaría hacer un brindis —dijo con voz dulce y una sonrisa encantadora.

—¡Eso, un brindis! —exclamó Emily—. ¡Por mamá!

La pequeña levantó su copa de refresco de limón en el aire y todos la imitamos, soltando una carcajada.

—Por Lottie, nuestra tía preferida —añadió Billy tras guiñarme un ojo, levantando su copa al tiempo.

Me reí, avergonzada, moviendo la cabeza de lado a lado.

—¡Solo tienen una! —exclamé, y todos estallaron en carcajadas—. Adelante, escuchemos a Hannah.

Mi hermana volvió a carraspear y levantó su copa en lo alto, poniéndose en pie.

—Me gustaría brindar por mi bienestar y por mi vuelta a casa.

No lo pude evitar, la sonrisa se borró de mi rostro y para Rick aquello no pasó desapercibido, pues lo tenía en frente.

—¿De verdad? ¡Mamá vuelve! —exclamó Emily y la vi correr hacia ella para abrazarla.

Todos sonreían y se alegraban por Hannah, pero algo en mi interior hizo click.

La copa resbaló de mis manos y cayó sobre la mesa, haciéndose añicos y manchando mi vestido nuevo de vino tinto.

—Dios mío... qué desastre, santo cielo... —susurré para mí, intentando contener mis emociones en aquel momento.

¿Hannah volvía? Pero... ¿Los niños?

Mi cabeza iba a mil por hora en aquel instante y cuando la levanté para mirar de nuevo al frente, encontré a todos los invitados, incluidos mi madre, Hannah y los niños, con los ojos puestos en mí, observando con atención.

No podía mirar a todo el mundo a la vez, así que centré mi mirada en la de Rick, quien exhaló el aire por la boca con disimulo, al tiempo que me miraba a los ojos, instándome a que hiciera lo mismo para tranquilizarme.

Él sabía lo que estaba sintiendo en aquel momento, lo sabía porque le había hablado con anterioridad de que, quisiera reconocerlo o no, temía de alguna manera que llegara el momento de mi separación con los niños, de que ellos volvieran a su rutina y a su vida habitual y yo a la mía, triste y solitaria comparada con la que había emprendido junto a ellos.

—Lottie, querida... —Mi madre se acercó a mí con una servilleta para ayudarme con las manchas de mi vestido provocadas por el vino.

—Me he puesto nerviosa... —susurré.

Sentí, mientras mi madre frotaba las manchas, que ese nuevo mundo que había creado junto a mis sobrinos en aquella casa de ensueño que habíamos convertido de una sucia y destartalada casa de campo, se venía abajo.

—Lottie, por Dios... —me suplicó mi madre.

Me conocía, era mi madre, sabía de sobra que me había afectado de algún modo y que no estaba pudiendo controlar mis emociones.

Vaya, ya sabíamos a quién se parecía Billy.

Mis ojos amenazaron con llenarse de lágrimas, sin embargo, me excusé y me zafé de mi madre, deseando abandonar la estancia, y así lo hice.

Me marché de allí todo lo rápido que pude sin apenas darme cuenta de que Rick me siguió, preocupado.

Capítulo 29

—No puedes ponerte así—me pidió Rick al tiempo que cerraba la puerta del baño tras de sí.

—No sé de qué me hablas —le dije frotando las manchas con papel higiénico empapado en agua, mirando mi mano moverse en el reflejo del espejo.

Estaba disimulando, por supuesto. El muy idiota me conocía lo suficiente para saber el remolino que tenía en aquellos momentos en mi estómago.

—Sí lo sabes, claro que lo sabes —me dijo y levanté mi vista hacia su rostro reflejado en el espejo. Sus ojos brillaban de convicción.

—¿Qué se supone que haces aquí? —le pregunté de malos modos para cambiar de tema de conversación, bastante tenía yo con lo que tenía.

Él arqueó una cejita.

—¿Comer pavo? —me dijo, vacilón.

Puse los ojos en blanco.

«Cretino».

—No me vaciles, Rick Carter... no estoy para eso.

—Uy, Rick Carter, qué formal eres de repente, ¿no? —dijo divertido.

Me giré hacia él, con el ceño fruncido.

—¿De qué vas? —le increpé poniendo mis puñitos sobre su fuerte pecho.

—¿Yo?

—¿Por qué no has dicho que Sarah es tu prima? ¡Ni siquiera lo hiciste en el súper! —le recriminé.

Soltó una carcajada.

—¿Estás celosa, Charlotte?

Solté una risa más falsa que una moneda de cuero.

—¿Yo? —le pregunté señalándome el pecho con mis dedos con manicura perfecta, toda indignada—. Por favor, Rick, no me hagas reír.

—Ya... —dijo acercándose un poco a mí—. Pues entonces ahora estoy arrepentido.

—¿Arrepentido de qué?

—De no haber traído a mi chica.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, no estaba muy seguro, ya sabes, por cómo podría tomártelo, pero ahora ya sé que no te pondrías celosa.

La cara me cambió. Tuvo que cambiarme porque a él también le cambió la suya al ver mi expresión.

—¡Eres un canalla! —le increpé subiendo el tono de voz—. ¿Cómo te atreves? ¡Eh! ¡Dime!

Entonces se rio y la rabia me envenenó las entrañas hasta el punto de tener ganas de llorar por solo tener que observar su cara ante mí.

—¿De qué te ríes, maleducado?

Agarró mi cintura con su fuerte brazo y me atrajo hacia él, tan cerca que su aliento endulzado

por el vino inundaba mis fosas nasales de una forma demasiado placentera.

—De lo mal que mientes, cariño. No existe ninguna novia.

—No me llames cariño —le susurré.

Estaba cerca, muy cerca, tanto que creía que escucharía los latidos de mi desbocado corazón.

Por un momento me olvidé de todo y de todos y solo pude sentir aquella maldita atracción magnética que el leñador ejercía sobre mí.

Era impresionante y mi corazoncito todavía latía su nombre una y otra y otra vez.

No lo pude evitar, atrapé sus labios entre los míos y le besé de forma apasionada, él correspondiéndome con el mismo ímpetu.

Cuando menos lo esperé, sentí sus dedos dentro de mis braguitas, adentrándose en mi sexo, mojado y caliente por el roce de sus manos.

Jadeé un tanto.

—Shhh. ¿Querrás que nos pillen?

El muy maldito sabía jugar y aquello me excitó todavía más.

Me dio entonces la vuelta de forma rápida y besó mi cuello al tiempo que amasaba mis pechos con sus grandes manos, pellizcando unos de mis pezones, mientras nos observaba en el espejo del baño.

Después levantó la falda de mi vestido y metió sus dedos dentro de mí una vez más, en esta ocasión de forma más agresiva. Me mordí el labio. Soltó un gruñido y no tardó en colarse dentro de mí de una embestida que nos hizo gemir a los dos.

—No te imaginas cuánto te echaba de menos... —susurró entre gemidos al tiempo que entraba y salía de mí.

—No te acostumbres, me has pillado perjudicada por el vino y con las defensas bajas.

Aquel polvo clandestino fue muy rápido, pero también terriblemente placentero.

Me retoqué el pintalabios después de limpiarnos rápidamente y volvimos a la mesa por separado.

Primero él, después yo, poniendo de excusa que había tenido que ir a cambiarme de vestido, cosa que, en realidad, fue cierta, ya que subí rápidamente a mi habitación a cambiarme el *outfit*.

Carraspeé cuando volví a sentarme a la mesa y sonreí, incómoda, porque en aquel instante volví a mi realidad.

A una realidad en la que Hannah volvía a cambiar el rumbo de la vida de todos.

—Que continúe la fiesta, por favor —dije levantando una copa de vino que me había preparado Rick en lo alto.

Pero la fiesta no continuó de la misma forma, Hannah no tenía ni un pelo de tonta y sabía de sobra que su comentario me había afectado para bien o para mal.

Capítulo 30

—Sinceramente, sigo pensando que no te alegras, Lottie —volvió a repetirme Hannah al día siguiente.

Estábamos discutiendo, según ella di el espectáculo y no le pareció apropiado que precisamente fuera el día de Navidad.

Me reí ante eso. ¿Cómo se atrevía? ¡Había sido ella quien había soltado el bombazo! Además, delante de Earl, Rick y Sarah.

¡Estaba siendo una caradura!

—Deja de hacerte la víctima, por favor te lo pido —le dije haciendo un aspaviento con la mano—. No puedes hacer esto, Hannah, no así.

—Vaya, pues que me perdone la señora por volver a estar bien y querer hacer mi vida a mi manera.

Abrí los ojos por la sorpresa ante aquellas palabras.

—¿Tu vida? ¿Tu vida, Hannah? Discúlpame, pero desde que te liaste la manta a la cabeza y me dejaste con tus hijos no es solo tu vida, es también la mía y la de mamá. Por no hablar de los niños.

Apretó los labios tanto, que formó una fina línea blanquecina con ellos.

—¿No dices nada? —le pregunté tras unos instantes en los que permaneció callada.

—Sabía que me lo acabarías echando en cara —dijo cruzándose de brazos, muy seria.

—¿Cómo?

—Eres una egoísta, Lottie. Vives por y para ti, y no te importa nada más.

Ahora la que se puso seria fui yo, no tenía ningún derecho a decirme aquello, no después de lo que había hecho por ella y por esos niños. No después de haber renunciado a Rick cuando me había enamorado por primera vez en mi vida. No.

—Cállate, Hannah, no sabes lo que estás diciendo. Precisamente porque no soy egoísta pienso que no estás haciendo las cosas de la mejor manera. ¿Volver, ahora? ¿Qué pasa con los niños?

—¿No me digas que ahora no puedes vivir sin ellos? —me preguntó con acidez.

Apreté los labios.

—Ay, Lottie... —suspiró acercándose a mí, esta vez sin acritud en sus palabras—. No quiero que discutamos, ¿vale? Siento... siento haber trastocado tu vida, tu rutina... Siento haber sido mala madre en ese aspecto con los niños, pero lo necesitaba y ahora tengo las fuerzas necesarias para coger las riendas de nuevo. Entiendo tu desazón, pero al igual que yo tomo decisiones en mi vida, tú también has de tomar las tuyas, ubicarte, no sentirte tan perdida.

Me dio un apretón en el hombro y aquello me hizo reaccionar.

—¿Cómo sabes que estoy perdida? —le pregunté en un susurro.

—Porque eres mi hermana pequeña y te conozco.

Quizá sí lo estaba, quizá los últimos meses me habían hecho plantearme cosas que, seguramente, de no haber tenido que cuidar de mis sobrinos, jamás se me habrían pasado por la cabeza.

Me arrepentí, me arrepentí en aquellos momentos de no haberme dejado llevar, ni siquiera esa vez, por mis sentimientos hacia Rick y una congoja se apoderó de mi pecho.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas, en voz bajita, mirándola a la cara.

Hannah se encogió de hombros.

—Porque a mí ahora mismo, después de esta conversación, me apetece estar sola.

Si en algo había tenido Hannah la razón, era en que estaba perdida.

Pensé en ese instante en la posibilidad de que me quedara sola en aquella casa tan grande. Con las gallinas, la tortuga, el gallo que cantaba todas las mañanas...

Emily, estaba segura, no quería separarse de aquellos animalillos por los que se desvivía.

Billy, suponía, estaba a gusto, había encontrado su sitio en el nuevo centro de estudios.

Y yo... bueno, supuse que debía volver a mi vida de chica solitaria, aunque me gustase más todo lo que había vivido en aquellos meses.

—Recogeré mis cosas —dije en un suspiro.

—¿Qué dices, Lottie?

—Los niños están a gusto aquí, Hannah. Tú no lo sabes, no has vivido con ellos este proceso, pero yo sí. Los niños no consentirán otro cambio más, esta es su casa, viven felices aquí.

—Pero ¿qué pasa contigo? —preguntó angustiada—. Has dedicado mucho tiempo y trabajo en este lugar.

Sonreí con amargura.

—Lo sé, pero todo ha sido por ellos, por ti. Yo soy una hoja movida por el viento, ¿recuerdas?

No hubo más comentarios reseñables de aquella conversación. Tenía que centrarme y yo era muy así, desconectar para volver a conectar conmigo.

Sentía en ese momento que no podía estar allí con Hannah también, que era su vida y, aunque aquellos niños también formasen parte de la mía, tenía que ser de un modo diferente.

Me marcharía, volvería a la ciudad y en un tiempo todo volvería a la normalidad.

Todo, menos mi corazón, que ya conocía lo que era latir por amor y dudaba de que volviese a ser el mismo en algún momento.

Capítulo 31

Un rato después, cuando Rick vino a visitarme, estaba en pleno apogeo de llantina, intentando procesar las decisiones que había tomado junto a Hannah después de nuestra discusión.

Les había pedido tanto a ella como a mi madre que no dejaran subir a los niños, no todavía, que alegaran que estaba ocupada trabajando y que bajaría más tarde.

No obstante, él sí se atrevió a subir.

—¿Qué haces aquí? —le dije atusando mi moño, que parecía un nido de pájaros de los despeluchado que estaba, en lo alto de mi cabeza.

Corrí el pestillo de la puerta de mi habitación, no me apetecía que nadie más estuviese allí, después de haber visto que a Rick sí lo recibía, aunque dudaba que nos molestasen.

—Venía a hablar contigo, pero creo que no es un buen momento —dijo para después hacer una mueca, algo incómodo.

—Pues la verdad, no —le contesté volviendo a sentarme en la cama con las piernas cruzadas.

—Lottie, no puedes ponerte así...

—Sí puedo —le dije llorando a moco tendido, estirándome en la cama bocabajo y manchando la almohada de lágrimas cual niña pequeña.

No sabía lo que me pasaba, solo sabía que me sentía rota y muy triste por aquel giro que estaba a punto de tomar mi vida.

Lo escuché suspirar.

—Sí, sí puedes, pero no debes, porque mira cómo estás —me dijo acariciándome la pantorrilla.

Me di la vuelta y me incorporé, con mi máscara de pestañas en forma de churretes por mi cara y frotándome la nariz, que seguramente tendría roja.

—Tú no lo entiendes —le dije entre hipidos—, todo mi mundo se viene abajo, todo lo que tanto trabajo me había costado. Nuestras vidas han estado girando alrededor de Hannah desde que decidió marcharse y ahora que todo marchaba a la perfección, decide volver y que haya otro cambio.

Rick asintió.

—Y me siento débil, dudo de que pueda soportarlo.

—Les has cogido mucho cariño, ¿eh?

Le miré y asentí.

—Lo siento, seguro que te estoy pareciendo una exagerada.

—No, te entiendo. Entiendo que... —titubeó—... la situación te frustre. De veras, te entiendo. Me sorbí los mocos sin dejar de mirarle. Mis ojos rojos, penetrantes y sinceros los suyos.

—¿Por qué?

—Porque fue exactamente eso lo que sentí cuando me di cuenta de que la última vez que nos besamos fue eso, la última vez.

Apreté los labios, porque no me esperaba para nada aquella respuesta.

—No me digas eso, Rick, por favor.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda que renuncié a ti, a un nosotros, por una vida que dentro de poco van a arrebatarme.

Le observé tragar saliva y cómo a su vez su nuez subió y bajó en su garganta.

—No pienses eso ahora —susurró colocando un fino mechón de mi pelo rubio detrás de mi oreja.

—Me duele, me duele mucho haberme enamorado y haber renunciado a ese amor por... nada. Porque volveré a ser yo, a ser yo sola en mi vida, en mi rutina. —Me humedecí los labios con la lengua para seguir hablando—. Y solo me quedará el recuerdo de esto. —Me reí con amargura—. Tranquilo, se me pasará.

—No soporto verte así, me jode mucho, porque sé todo lo que te has esforzado por esta casa, por esos niños, por tu hermana...

—Por lo menos te he conocido —le dije sonriendo con tristeza.

Supongo que aquello tenía que pasar, estaría escrito en mi desastroso destino o algo así.

Rick se acercó a mí y me besó suavemente en los labios, mezcla de saliva y lágrimas, mezcla de deseo y añoranza, amor y pasión.

Le correspondí, por supuesto, porque en ese instante me sentí más llena, menos rota, más segura, más yo de nuevo.

Acaricié mi cuello y después mis hombros.

No tardó en despojarme de mi ropa y dejar un reguero de besos por mi barriga y, segundos más tarde, desde mi ombligo hacia abajo.

Su boca caliente en mi sexo me hizo estremecer de placer y jadear, sedienta de su experta lengua en tales menesteres.

Introdujo uno de sus dedos dentro de mí y poco después tuve que pedirle que parase si no quería que termináramos aquel encuentro sexual tan pronto.

Hizo caso de mi súplica y se despojó de su jersey de lana roja, el cual parecía estar hecho a su medida por lo bien que le quedaba.

Marcaba sus fornidos brazos y sus pectorales y me había vuelto loquita desde que lo había visto.

También se quitó los pantalones, los zapatos y los calcetines.

Su potente erección no tardó en estar a mi vista, fuera de los calzoncillos y sentirla dentro de mí. Dura caliente. Húmeda.

Perfección pura, oye.

Gemí cuando la introdujo por primera vez, acomodando mi sexo a su tamaño y grosor.

Y él soltó un gruñido que me puso de lo más cachonda.

No obstante, aquel día no *frungimos*; aquel día, más que nunca, hicimos el amor.

Rick me hizo el amor como nunca nadie me lo había hecho.

Con dulzura y deseo a la vez.

Demostrándome en cada embestida que estaba por y para mí y que, seguramente, siempre lo había estado, estando yo demasiado ciega para dejarme llevar por aquellos sentimientos que hacía florecer en mi pecho.

Tonta, más que tonta, eso es lo que había sido.

Por querer evitar el desastre, lo había conseguido dentro de mí.

Sin quererlo, había sido como Hannah, había olvidado lo que yo sentía por las apariencias, el deber...

«Que Dios me perdone, que yo no puedo».

Capítulo 32

Dos semanas después, casi a mediados de enero, tenía la camioneta de papá lista para realizar mi viaje a la inversa y muy distinto al primero que había hecho, pues en este me marchaba sola.

Los niños no se habían tomado nada bien que tuviera que irme, sobretodo Billy, se daba más cuenta de aquellos cambios repentinos de referente. No obstante, la despedida no fue dramática como yo me esperaba, más que nada, porque la primera histórica, seguramente, podía ser yo.

—¿Me prometes que vas a venir a dormir cada fin de semana? —me preguntó Emily con la boquita pequeña cuando me acuclillé ante ella para estar a su altura.

Sonreí, con tristeza.

—Nada me gustaría más, espero que me hagas un sitio en tu cama con dosel.

—Pues eso no va a poder ser, tía Lottie.

Arrugué un poco el ceño.

—¿Cómo es eso? —le pregunté, interesada.

—Pues... —se hizo la remolona—he estado hablando con mamá, y tu habitación la vamos a dejar intacta para ti.

—Vaya. ¿Dónde dormirá mamá?

—En tu despacho, lo vamos a acondicionar para ella.

Me reí.

—¡Qué bien! Entonces seré yo quien te haga un hueco en mi cama. —Le hice cosquillas y su risa me reconfortó.

—*Pinkiepromesa.*

Enlazamos nuestros dedos meñiques y después nos dimos un abrazo.

Fase uno completada.

Cuando me puse de nuevo en pie, Billy me esperaba con el ceño fruncido y la cabeza baja.

—Ey...

Con dos de mis dedos, acaricié su barbilla y alcé su cabeza para encontrar nuestras miradas.

—Me debes una salida cada sábado. Conmigo y con Brush. Hamburguesas con patatas, invitas tú.

Me reí y Hannah se llevó una mano a la boca, emocionada.

—Eso está hecho, colega.

Posicioné mi mano cerrada en un puño para chocarla con la suya, a modo de saludo *mega guay* o eso creía yo.

—Tía Lottie, no te pases —me contestó.

—Es verdad.

—Esto mejor —añadió estrechándome entre sus brazos.

Acaricié su nuca con mi mano y besé su cuello.

—Cuida de ellas, ¿sí?

Sentí cómo asentía con la cabeza, todavía abrazados.

—Te quiero —me susurró al oído.

—Y yo a ti.

Me separé de él, luchando por contenerme.

La fase dos me estaba dando problemas para completarla.

Hannah me esperaba a las puertas de la camioneta de papá.

—Os llamaré —le dije tragando saliva.

—Si no lo haces tú lo harán ellos —dijo mostrando una tímida sonrisa.

Asentí, porque tampoco sabía qué decir ni quería hablar demasiado para no romper a llorar.

Fase tres comple...

—¿Pensabas irte sin despedirte? Suerte que pasaba por aquí. —El ceño fruncido de Rick me sorprendió sobremanera.

Tragué saliva.

—Niños, vayamos dentro.

A regañadientes, Hannah consiguió llevárselos dentro de la casa para que me quedara a solas con Rick.

—¿Tampoco me contestas? —insistió el muchacho.

Pude ver dolor en su rostro.

—¿Qué podría decirte si me has pillado con las manos en la masa? —le pregunté. Sentí que nunca había sido tan sincera como en aquel momento.

Quise devolverle sus besos, sus caricias... para no recordarlas y torturarme cuando estuviera de nuevo en la ciudad.

Pero aquello era algo que siempre permanecería en mi recuerdo.

—No tuve ocasión de hablar contigo de lo que pasó entre nosotros —me dijo de forma calmada.

Negué con la cabeza, intentando luchar contra mi tristeza.

—No puedo pedirte que vuelvas ahora que ya no tengo responsabilidades. Sería muy egoísta por mi parte.

Asintió.

—Lo entiendo, pero ¿qué hago con los recuerdos que tengo contigo? ¿Qué hago con lo que siento por ti, Lottie?

Hice un puchero que no pude reprimir. Sin pensarlo, lo abracé, despidiéndome así de su cuerpo, sus brazos, su olor y su esencia.

—Dame un tiempo, por favor. Necesito procesar esto.

—¿Por qué haces esto? Sabes de sobra lo que hay entre nosotros, sabes de sobra que estoy enamorado de ti, que...

Tapé su boca suavemente con mis manos.

—Necesito estar sola.

Fue todo lo que dije, después subí a la camioneta de papá, arranqué, le miré una vez más y susurré un te quiero que entendió a la perfección.

La carretera parecía perseguirme a mis espaldas, susurrándome que no estaba haciendo lo correcto, tentándome como a Eva la manzana para que echara marcha atrás y volviese a sus brazos.

Sin embargo, no lo hice.

Por una vez, hice lo que mi corazón me estaba pidiendo.

Demasiadas emociones en tan poco tiempo, demasiado para alguien que estaba acostumbrada a la soledad.

Lo mío con Rick había cogido demasiada altura y, aunque sabía que él volaba a la perfección,

mis alas todavía tenían miedo de no ser tan fuertes y propiciar la caída.

Capítulo 33

Una semana, usé los siete días siguientes para ponerme en situación.

Entiéndase por ponerme en situación ir llorando por las cuatro esquinas de mi minúsculo y nuevo estudio. Literalmente, cuatro esquinitas.

Iba de mal en peor, eso desde luego, pero, al menos, tenía una ventana amplia que daba al centro de la ciudad.

Fue lo más barato que encontré en aquellas últimas dos semanas que pasé en mi casa.

Sí, la seguía llamando mi casa, porque era mi casa.

¡Maldita sea! Era mi puñetera casa. Me la había ganado por mucho que estuviera a nombre de Earl Carter.

¡Joder! ¡Sí, joder! Ya podía decir todos los tacos que quisiera porque, claro, ya no tenía que cuidar de Emily ni tampoco de Billy.

Lloré, lloré en esas cuatro esquinas, lloré mucho. Y fumé pitillos con *Back de Black*, de mi diosa Amy de fondo en bucle, sentada en el alféizar de la ventana de aquel maldito estudio que no me gustaba una mierda.

Estaba vacío, carecía de encanto, solitario, silencioso. Eso sí, tenía una decoración exquisita, todo muy minimalista, pero bonito de la hostia.

Joder...

Pero ¿de qué me servía a mí todo eso?

Comprendí entonces que las cosas materiales no valen realmente nada a pesar de los muchos billetes que hay que echarles.

¿De qué me servía esa preciosa decoración si no tenía a nadie con quién comentarla?

Me di cuenta entonces de que todos aquellos años locos que había vivido sola, centrada en mis manuscritos traducidos a cualquier idioma que dominara, comiendo cualquier cosa que pudiese calentarse en el microondas, bebiendo alguna copilla que otra, pitillo encendido en mano mientras veía alguna serie divertida y trayendo algún que otro amante a casa habían estado muy bien.

Efectivamente, aquellos momentos habían molado muchísimo, los había disfrutado.

Pero algo en mi interior me hacía pensar de otra manera, quizá estaba madurando por fin.

Tener responsabilidades no estaba tan mal, incluso había aprendido a cocinar decentemente gracias a “San Google”, que todo lo sabe.

Había querido y me había dejado querer.

Había cuidado y me había dejado cuidar.

En más de un sentido, además.

Con mi madre, incluso, había mejorado la relación y había hablado con ella por teléfono más que nunca.

Con Hannah también, a pesar de las últimas conversaciones.

Mi relación con los niños había dado un paso agigantado, un cambio brutal.

Y, por primera vez, me había enamorado.

Dios, Rick...

Ese Rick Carter me había puesto la cabeza y el corazón del revés. Completamente del revés.

Leñador de pacotilla...

Tan guapo y amable.

Tan buena persona...

Porque Rick era un buenazo además de ser un bombón.

Siempre fornido, con su leña a cuestras, con sus brazos en tensión, dispuesto a ayudar en cualquier cosa.

La leña...

¡Eso también lo echaba de menos!

Porque estos calefactores modernos están muy bien y todo eso, pero nada como una chimenea en casa con buenos tocones de madera con los que calentar el hogar.

Y ahora, ahora no tenía leña...

¡Ni leña ni leches!

Ni a Rick, tampoco a Rick, y juro por la Diosa que el corazón me dolía por extrañarle.

Le tenía metido en las entrañas, en el corazón. Qué manera de querer. Qué manera.

Y qué delito tenía yo por darme cuenta después de haberme marchado de allí.

Supongo que necesitaba chocarme para darme cuenta de que quería estar con él el resto de mi vida. Así era de cabezona.

Durante aquella semana me había estado llamando y mandándome mensajes y, a pesar de que día sí y día también le maldije pensando que no entendía que necesitaba estar sola para procesar todo lo que había sucedido, una parte de mí se sentía de algún modo halagada y agradecida, pues significaba que le importaba.

Una vez más, porque creía que era lo mejor para los dos, más que nada porque yo necesitaba esos días para “volver a empezar”, le ignoré.

Sin embargo, Rick Carter parecía no rendirse nunca y algunos días después, apareció en mi casa.

Allí que fui yo, con un pitillo en la mano, un moño feísimo en lo alto de la cabeza y con unas pintas terribles a abrirle la puerta.

—Dios mío... —fue lo único que salió de mi boca.

Rick estaba apoyado en el marco de la puerta con una expresión entre triste y, supongo, hasta los cojones de tener que buscarme.

—¿Puedo pasar?

Llevaba puesta una chaqueta de cuero marrón que todavía hacía que su espalda pareciera más ancha, unos tejanos claritos y unas botas.

Sus ojos azules suplicaron por un sí y a mí se me vino el mundo encima.

—Claro, pero ¿cómo sabes mi dirección?

Él arqueó una ceja.

—Déjame adivinar... ¿Hannah?

Asintió con la cabeza y me aparté a un lado.

—Siento el desorden, sabes que cuando tengo que entregar un proyecto soy un desastre —me disculpé cerrando la puerta tras de mí y acompañándole al sofá.

Sonrió.

—¿Cuándo no lo eres? —preguntó al tiempo que se sentaba.

Di una calada al cigarrillo y lo apagué en el cenicero.

—He mejorado mucho —contesté sentándome a su lado.

Él sonrió y me cogió de una mano.

—No respondes mis llamadas ni tampoco mis mensajes. ¿No pretenderás que me conforme?

Sonreí y agaché la cabeza con tristeza.

—Ya te dije que necesitaba estar sola.

—Y lo estás, pero, al menos, déjame saber que te encuentras bien. Sé que ha sido difícil.

Asentí con la cabeza.

—Es cierto.

—¿Y bien? —insistió.

—Pues...

No terminé la frase, me daba un miedo atroz romperme delante de él, así que me limité a bajar la cabeza.

Él suspiró.

—Lottie, ¿por qué no te vienes conmigo?

—¿Qué? —Parpadeé varias veces.

—Deja esto, esta casa, vente conmigo.

Sus ojos me miraban sinceros y observé cómo se humedecía los labios con la lengua, nervioso por haberme formulado aquella pregunta.

—Pero, yo... ¿Tú quieres estar conmigo después de todo?

Tragué saliva.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Yo estoy enamorado de ti, Lottie.

—Pero dijiste que te estaba utilizando. Yo, de verdad, no pretendía eso, no lo pretendía.

Cerró los ojos durante un instante, parecía dolido.

—Sí, claro que lo dije, pero porque me estaba matando que no estuvieras conmigo cuando realmente lo deseabas, cuando estábamos bien. No te imaginas lo mucho que quería abrazarte, tocarte, besarte... y no podía hacerlo. Sin embargo, te veía prácticamente todos los días. Siento mucho haberme inmiscuido en la educación que le estabas dando a Billy, siento todo lo que haya podido estropear lo nuestro.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Eres tan... —intenté decir conteniendo un sollozo—. Te quiero, Rick, te quiero muchísimo. Esto que me acabas de pedir es... joder, es muy fuerte.

Tragué saliva otra vez y controlé mi respiración.

—Piénsalo, ¿vale? —dijo poniéndose en pie—. Y dime algo, por favor.

Me miró a los ojos fijamente cuando dijo eso último. Después bajó la vista a mi boca.

«Bésame, por favor».

Pero no lo hizo y mi gozo se fue a un pozo.

«¡Reacciona, zopenca! Ha ido a buscarte y te ha propuesto que viváis juntos. ¡Bésale!».

—Rick, espera —le pedí cogiéndole de la mano. —No te vayas, por favor, no todavía.

Él se giró y nos miramos de nuevo.

Sin pensarlo dos veces me abalancé a sus labios y le besé con ternura, sintiendo cómo cada poro de mi piel se estremecía con la sensación, grabando en mi memoria cada movimiento.

Segundos después me separé de su rostro.

—Lo pensaré. —Le sonreí y él hizo lo mismo.

Capítulo 34

Supongo que en aquel instante supimos que volveríamos a vernos muy pronto, que solo necesitaba hacerme a la idea de volver a verlo cargar leña, de volver a levantarme con el canto del gallo y decir junto a Emily en el gallinero “pitas, pitas” a sus lindas gallinitas.

Sabía que no viviría allí, precisamente en esa casa, pero Rick vivía muy cerca de allí, tanto que podría ir caminando.

Castle on the hill sonaba en la radio de la camioneta de papá, repleta con mis cosas de nuevo.

Vieja y fiel carroza... lo que estaba aguantando.

Sonreí porque aquella canción me recordó a Billy y me trasladó a aquella noche en la que le escuchamos cantar y tocar la guitarra mientras comíamos nubes quemadas, las favoritas de Emily.

Apreté las manos sobre el volante, excitada y nerviosa a partes iguales por el nuevo rumbo que tomaba en mi vida, esta vez por decisión propia.

Y probé el dulce perfume de la hierba de la montaña.

Solo esperaba que me saliera bien y que Rick siguiera manteniendo en pie su oferta de vivir juntos, aunque tampoco había pasado demasiado tiempo, tan solo unos días.

Llévame de vuelta a cuando encontré mi corazón y lo rompieron.

Llevaba un poco abierta la ventanilla del coche y ya se notaba el cambio de aires. Hay que ver la mucha contaminación que hay en las ciudades.

Y no he visto los campos rugientes en mucho tiempo.

Pero no puedo esperar para volver a casa.

Voy en camino, conduciendo a 90k/h por esos caminos rurales cantando “Tiny Dancer” y extraño la forma de cómo me hacía sentir cuando veíamos el atardecer sobre el castillo en la colina.

Me sentía muy orgullosa, porque por una vez en la vida me estaba sintiendo valiente.

Con 15 años y fumando cigarrillos hechos a mano, huyendo de la ley por los campos de atrás y emborrachándome con mis amigos.

Tuve mi primer beso un viernes por la noche, no creo que lo haya hecho bien, pero era más joven entonces.

Por primera vez tenía las riendas de mi vida, sin improvisación, ejecutando una decisión que había tomado por mí misma.

Tenía unas ganas terribles de estar frente a él y gritar, si era necesario, a los cuatro vientos, que me moría por estar con él para siempre o, al menos, todo el tiempo que fuera posible.

Bajé de la camioneta con piernas temblorosas. La casa de Rick Carter era tan impresionante como en la que estuve viviendo con Emily y Billy, solo que de color rojo y con diferente distribución.

Tragué saliva, nerviosita perdida, carraspeé y esperé a que me abriese la puerta después de tocar en la fuerte madera con mis nudillos.

—Lottie —susurró nada más verme—. ¿Qué haces aquí? ¿Has...?

Se calló entonces, pues observó mis maletas y la camioneta aparcada frente a su casa.

—¿Sigues en pie lo de compartir vida con alguien tan desastre como yo? —le pedí haciendo un gracioso mohín.

Abrió sus ojos por la sorpresa y yo reprimí una carcajada.

Claro, para nada se esperaba que apareciera allí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó emocionado.

—Por supuesto —le contesté, contenta—. ¿Estás dispuesto?

—¡Claro! Dios mío, Lottie...

Se acercó a mí y me besó en los labios y me sentí agradecida. Agradecida y en paz, por fin, porque nada sabe mejor en la vida que los besos de la persona que amas.

—Te quiero, Rick Carter.

Quizá solo tenía que pensar menos y hacer más, arriesgarme, jugármelo todo por un amor.

Y eso hice.

Lo que nos deparara el futuro, solo lo sabía nuestro destino.

Epílogo

3 años después

—No me lo puedo creer... —dije sorprendido cuando abrí la puerta del baño y me encontré a Lottie y a Amy con semillas de tomate en la cara.

Amy estaba de lo más contenta, chapoteando en el agua bañada de zumo de tomate.

Lottie hizo una mueca.

—Ha sido un bicho *apeztozo*, papá —dijo Amy.

Pobrecilla, a sus tres añitos no sabía lo que significaba quitar el olor de una mofeta de la piel y, si no, que se lo preguntara a Lottie.

—Emily me va a quitar la vida con esos animalejos. ¿Acaso le había molestado la pobre mofeta? ¡No! Pero, claro, ella tiene que echarlas y encima enseñar a Amy. ¡Pues ya es mayorcita para eso! —se quejó poniendo los ojos en blanco.

En efecto, Lottie se había venido a vivir conmigo. Lo que no supimos en aquel instante, cuando nos reconciliamos, es que ya éramos tres, pues nuestros últimos encuentros sexuales navideños, habían dado su fruto y, ahí la teníamos, rociada de zumo de tomate.

Los sobrinos de Lottie se quedaron a vivir, tal y como ella predijo, en la casa de mi tío Earl, ya que a Hannah también le había enamorado el gran trabajo que hizo mi chica y no le importó en absoluto conducir una hora hasta la ciudad cuando volvió a reincorporarse al trabajo en el supermercado.

No obstante, estábamos intentando que le dieran un puesto en el del pueblo, que le pillaba mucho más cerca.

Billy estaba hecho todo un hombre y Emily había decidido ser veterinaria, aunque a sus tempranos once años, seguramente podía cambiar de opinión en cualquier momento.

Mi tío Earl seguía quedando con la madre de Lottie, mi suegra, pero sin nada sexual de por medio, simplemente se hacían compañía.

Yo, por supuesto, seguía cortando árboles y apilando leña para calentar al pueblo incluso en los días más fríos, en los que Lottie me echaba en cara que no me quedase resguardado en casa con una mantita y un chocolate caliente.

—Pero, la leña... —replicaba yo.

—¡Ni leña ni leches, Rick Carter! —me reñía ella.

Supimos vencer a nuestras inseguridades para que triunfaran nuestros sentimientos.

Lottie era feliz porque las personas importantes para ella, su hermana, su madre y sus sobrinos también lo eran.

Y a mí, ver a aquella mujer, a la que besaba cada noche, feliz, era lo que me daba la vida, pues desde el primer momento en que la vi, supe que era especial.

No me importaba que tiñese la ropa blanca sin querer en la lavadora por meterla con mi chaleco sin mangas de cuadros rojos.

Tampoco que echase demasiada sal a las comidas, alegando que solo se esforzaba en cocinar a la perfección cuando era Navidad.

Podía ser muy patosa en algunas cosas, pero no en hacerme el hombre más dichoso del planeta y eso no lo cambiaba por nada en el mundo.

Al fin y al cabo, ni ella era tan desastre, ni yo tan perfecto.

FIN